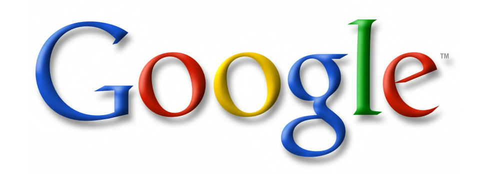
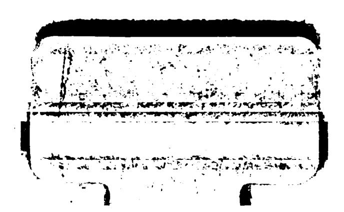



UC-NRLF
$B 65 903



BIBLIOTECA DE **EL SALDUBENSE.**

VIRIATO.

NOVELA ORIGINAL E HISTORICA,

ESCRITA POR LUCAS.

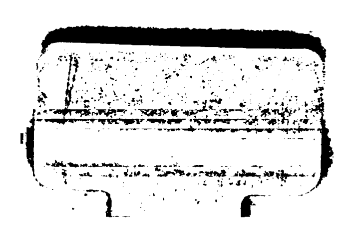
A...

EN MEMORIA DE MI BUENA AMISTAD.

ZARAGOZA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE VICENTE ANDRES, CUCHILLERIA, NUMERO 42.

1858.



rales, y al foro sus mas entendidos letrados. Agudos gritos se oian á la otra parte de la selva; y el galopar de los caballos, los alaridos de los hombres, el ruido del acero, todo esto persuadia que en aquel sitio se daba horroroso combate. Poco despues se veia un campo cubierto de cadáveres, un charco de sangre y treinta banderas hechas pedazos. La noche, iluminada entonces por la blanca luna, deja ver el ejército vencedor que se alejaba á la desfilada por el camino de la Lusitania (1).

Mas tarde, deslizándose por entre las espesas jaras, apareció un hombre cubierto con una piel de lobo: sus pasos eran tardíos y vacilantes, y su mal seguro pié se apoyaba en una nudosa lanza. Para arribar á una llanura cuyo piso era mas suave, habia necesidad de trepar una pequeña cuesta. El hombre se paró, tomó aliento y levantó los ojos al cielo. Aquel hombre era un pastor; pero su cara, pálida entonces, tenia la nobleza de un Dios. Dos ojos como dos estrellas fijas y relucientes; una larga cabellera rubia; una frente espaciosa y serena; una boca fresca y pura como la primera flor de la creacion, hacian ver en aquel hombre otra cosa mas que un pastor; pero con toda su hermosura, con sus veinte años, con sus vigorosas y atléticas formas, no era mas que un pastor... ¡ay! solo un pastor!... Avanzó: la cuesta era penosa y su respiracion estaba contenida, porque en ella estaba su existencia, por que cada latido de su corazon hacia brotar un caño de sangre de una honda herida que él apretaba con su mano. Cuando llegó á la cima, la sangre saltaba á borbollones, su mano no podia contenerla, se huia por entre sus dedos, y tan prodigiosa pérdida iba señoreándose de aquel hombre que parecia desafiar á la muerte y quererla contener

(1) Lusitania.—Hoy Portugal.

con su diestra. Sin embargo, sus ojos se deslumbraron, sucedió el desmayo, lanzó un suspiro y cayó rodando desde la eminencia hasta el cesped de la llanura. Entonces una nube negra, destacada del fondo de un valle, se alzó magestuosa al firmamento y se interpuso entre la tierra y el planeta dejando el campo en una oscuridad inmensa. El hombre arrojó un gemido que era sin duda el estertor de la agonia.....; á ese lúgubre grito respondió otro grito, pero dulce como el sonido del arpa de Osian, plácido como el cántico de los ángeles, y en medio de las tinieblas, un indiscreto rayo de la luna dejó ver la cabeza del moribundo apoyada en el seno de una muger...!

Retrocedamos. Los romanos queriendo hacer dominio suyo el mundo entero, sostenian en el año 83 antes de la venida de Jesucristo un ejército consular (1) en España. Recios combates y sangrientas batallas habian agotado las fuerzas de la soberbia república, pero no habian podido dar el último golpe al valor español, que cada dia encontraba menos recursos en sí mismo para hacerse temer de sus conquistadores. La república, acostumbrada á gozar de las inmensas riquezas que anualmente le llegaban de España: aquella república en donde se han perdido las virtudes de Mário, la pureza de Caton, la probidad de Metelio, no queria soltar la presa, ni que sus lábaros, triunfantes en el Asia y en la Macedonia, se abatiesen ante los desgarrados pendones de un puñado de bárbaros. Empero, derrotados treinta pretores con treinta ejércitos, tenia necesidad de hacer la guerra, no solo con las armas, sino tambien con el engaño, con la falsía, con la traicion. Eran los españoles tan sencillos, como dobles y malvados los romanos, y por consiguiente no era difícil que cayeran en

(1) Consular.—Mandado por un cónsul.

las redes que les tendian los que pasaban por los primeros hombres del mundo. La república, pues, decidida á domar á los españoles sin reparar en los medios, nombró al cónsul Lúculo y al pretor Sulpicio Galva, para que puestos á la cabeza de dos poderosos ejércitos, emprendieran la espedicion. Lúculo y Galva eran los dos malvados mas insignes de Roma, y así es, que de ellos todo se podia esperar ménos la lealtad y la nobleza. Los españoles, apercibidos de su venida, no hicieron alarde, como sus enemigos, de gran poder y de superiores conocimientos militares; pero comenzaron á molestarlos con esa guerra de montaña, en la que los españoles de todas las edades han sido siempre maestros. Lúculo con todo su poderoso ejército puso sitio á Palantia (1), capital de los vacceos (2), y hubo de retirarse vencido y derrotado, acogiéndose á Andalucía cubierto de ignominia. Galva, habiendo dejado á Itálica, fué deshecho por los lusitanos en los confines de Estremadura, cerca de la ciudad de Cármelis (3) en donde se refugió. Rotos los dos ejércitos romanos, los españoles guardaban su libertad y su independencia, buscando en todas partes al enemigo, y en todas partes cercenando las poderosas legiones de la soberbia república. Sin embargo, lo que no consiguieron las armas ni la pericia, lo consiguió el engaño y la maldad.

Los lusitanos ó portugueses eran entonces una provincia española, porque ni los montes, ni los mares, ni la ambicion de los hombres la habian separado de la península. La Lusitania tenia hijos aguerridos y valientes, y á la sazon todas sus ciudades estaban con las armas en la mano sosteniendo una guerra sangrienta. El pretor Galva co-

(1) Palantia.—Palencia, en Castilla la Vieja.
(2) Vacceos.—Como si hoy digéramos castellanos viejos.
(3) Carmelis.—Hoy Carmona, cerca de Sevilla.

nocia la superioridad de sus enemigos, y aunque vencido en veinte combates, perseguido en sus retiradas, arrollado en sus campamentos, no podia acomodarse á la ignominia de ver pacificados á sus enemigos por medio de una capitulacion decorosa. Él los queria vencidos, humillados: él queria llevar á Roma riquezas que deslumbráran á aquel pueblo tan avaro como intolerante: él queria arrastrar veinte mil españoles encadenados á su carro de triunfo; él queria, en fin, que los Padres Conscriptos (1) holláran cien banderas hechas pedazos en el templo de Júpiter Capitolino. Los españoles no pensaban ni en el oro ni en las coronas triunfales; su guerra era leal y franca; se batian con bravura por su libertad, y á la pericia de aquellos invictos legionarios que habian cruzado el Tígris y el Rhin y trepado los Alpes y el Pirene cubiertos de laureles, oponian una constancia indomable, una fé pura y santa en su noble causa, y un valor que ha llegado hasta nuestros dias escrito en lápidas de eterno mármol. No era ciertamente el pretor Sulpicio Galva quien debia domar el valor de nuestros padres... no! Escrito estaba en el libro de los destinos de la patria que esa guerra de doscientos años habia de aniquilar á Roma, oscurecer á Pompeyo, humillar á César y pulverizar las mejores cohortes, los mas bravos Quirites (2) de la señora del mundo. La gloria del triunfo y con ella la de haber pacificado al orbe entero, estaba reservada á Cayo Octaviano Augusto, primer emperador de Roma, y el primero de los soberanos de la tierra!... (3)

(1) Patræs conscripti.—Padres conscriptos ó senadores.
(2) Quirites.—Caballeros, órden de nobleza militar; se distinguian por un anillo de hierro que llevaban en el dedo anular.
(3) Octavio terminó todas las guerras de Roma. El mundo se pacificó tan completamente, que de ahí nace llamar paz Octaviana á la paz generál y completa. Durante su imperio nació en Belen Jesucristo.

Galva, que veia terminar el año de su Pretura sin poder contar otra cosa que desastres; no atreviéndose á presentarse en la ciudad-reina, ni á comparecer ante el soberbio senado (1) con un ejército roto, con una caja exhausta y con un nombre manchado, pensó la maldad mas insigne que cabe en un corazon humano. Conoció que los lusitanos, al paso que valientes eran sencillos y confiados, y que siempre que pudieran conservar su libertad y sus tierras no tomarian las armas contra Roma. Acababa entonces el cónsul Lúculo de retirarse de la Andalucía en donde habia derrotado dos veces á los españoles; y como el cónsul encaminase sus legiones hácia la parte de Cataluña, Galva fué á ocupar velozmente las mismas posiciones que el cónsul acababa de abandonar. Fijó sus reales en Itálica y trató de llevar cuanto antes á cabo su malvada empresa. Ya hemos dicho que era Itálica una insigne ciudad. Sus circos y anfiteatros rivalizaban con los de Roma: sus nobles y sus señores eran los mas bravos caballeros del mundo y sus campiñas las mas ricas de Andalucía. Cerca de la ciudad habia una selva consagrada á Diana y en medio del bosque un templo en el que diariamente se quemaban aromas en honor de la casta diosa. Galva supo que los lusitanos querian reparar sus derrotas; que hacian levas y que recogian los dispersos, disciplinando un ejército poderoso. Lleno de maldad, envióles una embajada con algunos presentes, haciéndoles creer que él solo deseaba que fueran en paz amigos del pueblo romano, y que estaba pronto á restituirles las tierras de que habian sido despojados en tiempo de Cayo Metelio. Los lusitanos recibieron

(1) Senado.—El supremo magistrado en Roma. Era un cuerpo de Patricios ancianos y de letras. Al principio eran cien y además de la toga senatoria, llevaban un C de plata en los zapatos. Despues se aumentó su número.

á los mensageros sin desconfianza y deputaron á dos de sus gefes para que acompañasen á los romanos embajadores hasta su campo, y manifestáran al pretor el placer con que habia recibido su mensage, y lo dispuestos que estaban á dejar las hostilidades y á sostener una paz inalterable con la república. Efectivamente, Galva obsequió á los lusitanos, y para sentar el tratado de un modo sólido é invariable, los citó al bosque de Diana, á seis millas de Itálica, para un dia convenido.

Partieron los mensageros lusitanos y arribaron á su campamento inspirando á todos los suyos la misma confianza que ellos tenian en su corazon.

Mientras llegaba el dia de la solemne entrevista, Tantamon, anciano venerable cuya vida ejemplar y religiosa y cuyo valor y prudencia le habia merecido el supremo lugar entre los lusitanos, compareció en medio de ellos ordenando fiestas y juegos en honor de los dioses propicios. Los hombres de armas arrojaron entonces la javalina y se entregaron al baile y al placer. Corria el vino á raudales; las bellas lusitanas entonaban cántigas de gozo elogiando las virtudes del viejo Tantamon, y parodiando ligeramente los combates de los romanos, se mezclaban, hollando el cesped sin ajarlo, entre los grupos de jóvenes guerreros que, cubiertos con sus pieles de lobo, danzaban sacudiendo sus largas cabelleras y luciendo sus botas de campaña hechas de piel de cabra y sujetas con cintas amarillas.

Sin tomar mucha parte en el bullicio, venia entre las jóvenes, Emelina, la bella Emelina, que apenas contaba diez y ocho años; que era esbelta y flecsible, pura como las rosas de sus prados, inocente como la cordera de sus rebaños.

Emelina era una muger en quien el hombre comun no habria hallado una hermosura, y en quien el poeta hubiera encontrado una divinidad. Sin aquella belleza ideal

que pinta el capricho, Emelina poseia un don de agradar que ella ignoraba. La vírgen lusitana no tenia ni buenos ojos, ni larga cabellera, ni ricos carmines, y, sin embargo, el medio color de sus megillas y una ligera arruga en su frente, retrataban un talento precoz y un corazon sufrido y resignado. Sus cabellos jugaban caprichosamente sobre una espalda purísima; sus ojos, que no tenian un color conocido, eran la imágen de su alma. Su mirada ardiente, lánguida ó apasionada, decia mas que su boca, porque en aquella mirada fascinadora habia un resto de inteligencia poderosa que era capaz de arrebatar y conmover á un corazon de estuco.

Emelina era ménos bella que otras; pero mas que todas hermosa.

Sentada al pié de un árbol veia á los jóvenes pelear por doblar un pino que contaba veinte años de ecsistencia. Este juego, de poderosa fuerza y agilidad, era uno de aquellos que acreditaban el valor y la destreza: y en aquellos tiempos en que estaban confundidas las clases y las gerarquías, en que los hombres sabian serlo, los jóvenes se fatigaban pronto del baile y buscaban su solaz en mentidos combates que les valian la mirada de una hermosa, ó un ramo de flores que habia estado un minuto sobre el pecho de su amante. Brincaban los competidores; asian el árbol por su cima con robusta mano, pero al descender, el árbol volvia á recobrar su libertad, sacudiendo el aire que lanzaba un gemido, y largo rato la delgada punta azotaba el espacio estremecida.

Inútiles eran los esfuerzos de todos, y ya cansados de su vana porfía, dejábanse caer sobre la yerba, cuando un jóven, alto y robusto, que apenas contaba veinte años, apareció entre el bullicioso grupo.

—¡Viriato!... ¡Viriato!... esclamaron todos.

Emelina fijó los ojos y ahogó un suspiro.

—¡Siempre él!... dijo.

Entre tanto el jóven saltó al pino, asió la punta con ambas manos, y, veloz como el rayo, se precipitó al suelo; pero antes de llegar, el pino perdió su flexibilidad, y el jóven quedó suspendido en el aire. Emelina palideció, y el jóven la miró por una de aquellas cosas que se comprenden mejor que se esplican. Entonces probó el último esfuerzo, enlazó sus piernas al fuerte tronco, dióle un rápido movimiento, y la alta copa tocó el suelo en medio de la aclamacion universal. El jóven sujetó con poderósa mano el árbol que describia un arco perfectamente; rompió su punta delgada y coronada de verdes piñas y la arrojó á los piés de Emelina, que la vió caer temblando; y entre tanto que la muchedumbre admiraba el silvido del aire rasgado por el árbol que volvia á recobrar su libertad, la dijo:

—¿Me amas?

Emelina no contestó, y, sin embargo, su mirada dijo mas que lo que podia haber dicho su boca.

Todos buscaron con los ojos á Viriato, pero ya habia desaparecido; el jóven era pastor de los rebaños del rico Aboncio, y este era el padre de Emelina....

Aboncio era un poderoso lusitano que se decia descendiente del príncipe Masinisa, que vino de Africa á ausiliar á los romanos en tiempo de los primeros Scipiones. Cayo Frigio Numo, baron consular y procurador de la república, habia estado en casa de Aboncio en los primeros dias del año.

El lusitano habíale dado blanca mesa y blando lecho, y mandado que su hija ungiese con nardo los cabellos del romano. Este vió á Emelina y dijo á Aboncio:

—Cuando se unan los lábaros de Roma á los pendones lusitanos, la mano de Cayo Frigio Numo se unirá, si tu quieres, á la de la hermosa Emelina.

Emelina bajó los ojos, y bañados en lágrimas los clavó

furtivamente en el pastor que en un rincon del aposento guardaba en la mano la javalina de su amo, pero la habia dejado caer con estrépito al suelo: el pastor lanzó un gemido, y desapareció precipitadamente. Desde aquel momento Aboncio respiraba el placer del orgullo satisfecho; Emelina lloraba, y Viriato buscaba la soledad y apetecia la muerte.

Sin embargo, los tres sabian ocultar respectivamente sus sentimientos, porque en todos habia un interés bastante poderoso para ocultarlos. Emelina no hábia visto á Viriato y deseaba verlo: ignoraba que lo amaba; y creia que no podia inspirarle ese afecto un pastor de su padre; pero aquel pastor era el rey de los montes. Si el lobo acometia á los rebaños, la javalina de Viriato lo dejaba traspasado: su honda sabia matar al oso de una pedrada, y su cuchillo de caza habia roto cien veces las entrañas del javalí. Viriato era el mas gallardo de los pastores de la Lusitania: era fuerte, sufrido, emprendedor: tenia un entendimiento claro, una fé viva, y un entusiasmo ardiente; Viriato, en fin, era superior á todos los demas jóvenes, y si su oficio lo separaba de ese círculo aristocrático que el amor propio y la vanidad forman aun entre los mas famosos demócratas, ese retiro, esa soledad, esa misma abnegacion valian mucho á los ojos de Emelina; porque sabia una verdad; sabia que la naturaleza nos dá el cuerpo porque nosotros nos formamos el alma; sabia que Viriato no tenia igual entre las personas que la rodeaban; que habia sabido formarse una alma de rey en el cuerpo de un pastor. Y ciertamente no ecsageraba: el amor es el mejor profeta.

La jóven lusitana era una de aquellas flores que levantan su erguida cabeza sobre un lodazal inmundo; porqué Emelina vivia entre el vicio y la depravacion; porque en su redor no veia mas que el espíritu de un siglo guerrero:

las armas y la licencia de los campamentos habían sonado en sus oidos virginales... ¡Ay! la flor habíase estremecido al impulso de las impuras brisas, pero su misma belleza la habia guardado de toda profanacion.

Es bien cierto que para el corazon no puede haber leyes, que nada puede contener sus deseos, cuando esos mismos son impelidos por una causa solo buena para él, solo conocida por él.

Emelina no queria amar á Viriato, y le amaba: Viriato procuraba detestarla, aborrecerla, y, sin embargo, la idolatraba. Viriato sabia que jamás podia aquella muger pertenecerle, y aun cuando el jóven empleaba hasta la filosofía del amor propio, invocando su orgullo en su ausilio, Viriato no comprendia cómo la imágen de Emelina estaba grabada en su alma: era un boton de fuego sobre una úlcera siempre abierta y que nunca cedia al horroroso cauterio. Habia en Viriato una nueva ecsistencia cada vez que en la jóven pensaba.

Pero á su ecsaltada fantasía, ocurrióle que aquella muger podia amar á otro, que podia ser de otro: entonces buscaba en su imaginacion recursos para combatir esa desgracia, esa desgracia, que era superior á los recursos de su imaginacion. Cedió al fin, y horrorizado con la idea de Cayo Frigio Numo, cayó en un estado de perpétuo delirio, en el que veia reir siempre á Emelina en los brazos del romano, burlándose al mismo tiempo del dolor de Viriato.

Empero, Emelina, no pensaba así: su amor era mas tranquilo; habíalo combatido sin fruto, y por lo mismo era fuerte é indestructible.

Desde la declaracion del romano hasta el dia de la fiesta de Tantamon, Viriato no se habia dejado ver. Emelina devoraba en silencio la amargura de su impaciencia, y aunque tal vez no sabia darse razon de lo mismo que sentia,

no obstante, cuando Viriato se presentó entre los competidores, en su alma, fuerte y sufrida, hubo una espansion deliciosa; un tormento indecible, cuando lo vió suspendido en el aire asido al rebelde tronco; en fin, un júbilo completo é inefable cuando lo vió vencedor.

CAPITULO II.

La traicion.

LLEGÓ por fin el dia de la solemne ceremonia que habia de dar á los lusitanos la paz eterna con el pueblo romano: era el momento de unirse los lábaros de la república á los pendones de la Lusitania; era el anunciado por Cayo Frigio á Aboncio; anuncio que habia herido de muerte á Viriato; hecho derramar lágrimas amargas á la vírgen lusitana...!

Tantamon, el anciano gefe de los portugueses, volvió á aparecer entre los suyos. Traia el viejo una larga túnica de lana negra, guarnecida con franjas de seda de un vivo color encarnado; la blanca cabellera caia sobre su espalda, y la sujetaba á las sienes una corona de verde oliva. Apoyábase en un largo báculo; á su lado venian sus hijos, y Aboncio entre ellos, puesto que sus riquezas y su categoría hacíanlo, sino digno, cuando menos merecedor del primer lugar.

El anciano mandó disponer un altar; en él colocó respetuosamente la estátua de oro del dios Envélico, y los

aromas quemados en una ancha zafa de pardo barro, subieron al cielo formando espirales mas ó menos caprichosos, que los augures (1) contemplaban en sus diferentes círculos hasta que el aire los disipaba.

Tantamon, mas inspirado todavía que los mismos sacerdotes del Dios, alzaba algunas veces sus cansados ojos al humo que se mecia magestuosamente en el espacio, y que se disipaba, esparciéndose por un horizonte puro como las primeras brisas de la mañana, y perfumado como las primeras emanaciones de las flores de los bosques. El anciano volvia á bajar apesarado sus ojos bañados en lágrimas.

Dos esforzados jóvenes trajeron arrastrando á un rebelde toro hasta las gradas del altar. Tantamon con unas tigeras de plata cortó los pelos del cerviguillo del animal y los arrojó en el fuego sagrado. El agüero era funesto: en vez de quemarse momentáneamente los pelos convirtiéndose en una nube de humo, se retorcieron, se encresparon y revolviéronse unos con otros, quedando sobre las ascuas que se apagaron súbitamente.

—¡Misericordia! dios Envélico! esclamó el anciano consternado.

Los sacerdotes purificaron el altar con el agua recogida del rocío. La multitud se atemorizó, y hubo un momento de solemne silencio. Tantamon tomó el cuchillo del sacrificio y los sacerdotes previnieron la vasija que habia de recibir las entrañas de la víctima. El anciano alzó la diestra, y el cuchillo penetró hasta el testuz del rebel-

(1) Antes de comenzar una accion de importancia, se sacrificaba á los dioses una víctima, y en sus entrañas, en el humo de los aromas, ó en el vuelo de las aves, buscaban aquellos idólatras las señales adversas ó propicias. Esto se llamaba agüeros, y los augures ó agoreros eran los que tenian la obligacion de hacer el ecsámen.

de animal, pero en vez de caer el toro á los piés del sacrificador, mugió siniestramente, irguió su frente poderosa, arrolló á sus guardianes y huyó con el arma en la herida atropellando y acometiendo á la multitud consternada. Y el pueblo entonces esclamó:

—¡Guerra! ¡guerra!... No quiere el Dios la paz con el pueblo romano.

Pero Aboncio, presintiendo ya los efectos de aquel repentino furor, saltó resuelto sobre el altar, y válido de su autoridad arengó al pueblo y atribuyó á la débil mano de Tantamon el funesto vaticinio.

A su órden trajeron otro toro, y Aboncio, veloz como el rayo, sacó su mismo cuchillo de caza, é hirió con tanto acierto al animal, que al instante cayó en tierra, tan sin vida, como si hubiera sido abrasado por el rayo de Júpiter.

El pueblo aclamó; respiró Aboncio, y Emelina lloró... ¡pobre Emelina!...

Era un dia claro y sereno: tocaba el sol en la mitad de su carrera, y los altos pinos, los robles seculares y las añosas encinas del bosque de Diana brillaban con aquel verde purísimo que solo puede dar la mano de Dios.

Era el bosque el último esfuerzo de la naturaleza; en cada paso habia que admirar un milagro. El suelo, cubierto de un césped menudo, guarnecido por largos festones de flores, exhalaba deliciosa fragancia.

Sin mas órden que el capricho de una vegetacion fuerte y vigorosa, se veian espesos grupos de árboles robustos y pomposos que tachonaban las sendas cubiertas de perenne verdura. Los altos tilos, los flexibles pinos, los copudos abetos, las viejas encinas, el silvestre olivo y el mirto consagrado á Juno, crecian mezclados y confundidos; sus ramas se enlazaban dibujando variados matices y caprichosas formas, que fabricaban al acaso espaciosos y rústicos comedores, en donde no penetraban jamás los

rayos de la abrasada canícula ni las nieves del riguroso enero. Aquellos árboles eran jóvenes en su decrepitud, porque nunca habia llegado á sus ramas la segur de los hombres ni el rayo de los dioses.

Las aves criaban sus polluelos con entera libertad: la que allí depositaba su nido se decia protegida por la Diosa. Los ciervos, tan queridos de Diana, vagaban por las fuentes y los valles, sin haber oido jamás la trompa de la caza, el alarido del perro ni el silvido de la flecha.

Millares de fuentes, cuyos caños cuajaban de perlas la cristalina superficie de un lago, donde jugueteaban pintados peces, parian innumerables arroyos que serpeaban susurrando y arrastraban las pequeñas guijas y las marchitas flores que el céfiro travieso, de su tallo arrancaba. Un rio atravesaba el bosque gimiendo mansamente, y en sus orillas el pardo rosal, el sagrado laurel, el morado lirio y la blanca azucena se mecian al son de un favonio blando y regalado, jugando con la pintada mariposa, que, columpiándose agitadamente sobre ellas, les mostraba belleza por belleza, colores por colores.

En medio del bosque habia una dilatada llanura, y en su centro se alzaba una alta y bien labrada cúpula guardando la estatua de Diana.

Cuentan (1) que un varon jóven, llamado Publio, marido de la honesta Cecilia, hija de Bruto, se enamoró perdidamente de una lindísima jóven. Publio y su querida Estianacte no podian unirse, pero eran mas capaces de amar que de pecar. Un dia la jóven llamó á Publio y le dijo:

—Me separo de ti para siempre; pero te juro no amar á nadie sino á tí y no pertenecer á ningun mortal.

Publio cayó en tierra como herido por un rayo, y largo

(1) Enteramente histórico lo perteneciente al orígen de la fundacion de este templo, cuyas ruinas se conservan cerca de Sevilla

rato estubo sin sentido. Cuando se levantó, restablecido, vióse dentro de una capilla de mármol, á los piés de un altar de plata, sobre el que habia una estatua de pórfido. Era esta su amante revestida con los atributos de Diana.

Un hombre venerable tomó al jóven por la mano, y le dijo mostrándole la imágen:

—Varon protegido de los dioses: Los hados supremos han llamado á tu amante al empíreo, porque sabe, oh varon, que tu amante era la diva Diana; la que ha labrado en diez minutos esta capilla para tí y un bosque, que será la admiracion de las gentes.

El jóven suspiró, besó la mano de la imágen, y dijo:

—Bien debia haber presumido que una muger semejante era una diosa!

Pues bien: en ese bosque donde brillaba tanta hermosura, veíanse el dia de nuestra historia las poderosas legiones romanas tendidas en batalla.

Los vélites (1) coronaban las alturas, y los centuriones (2) y tribunos (3), lucian sus ricos trages de malla acerada, llevando con desenfado el pequeño *gladium* (4) romano. Los escutarios (5) apoyaban su mano izquierda en el ancho escudo de siete dobles de piel de búfalo, que desde el suelo les tocaba la orla de la gorguera. Brillaban los pequeños almetes y las aceradas cotas de la caballería, y el sol reflejaba esplendente en las ligeras parmas (6) que

---

(1) Vélites.—Tropas ligeras, equivalentes á nuestros cazadores.
(2) Centuriones.—Capitanes.
(3) Tribunos.—Especie de gefes militares, que tenian además un carácter civil.
(4) Gladium.—Espada corta y ancha, semejante á la de los zapadores.
(5) Escutarios.—Infantería de línea, cuyos escudos eran tan altos, que en caso de defensa, reunidos y alineados, formaban una muralla con solo bajar el soldado la cabeza.
(6) Parma.—Escudo muy pequeño y ligero. Servia para los qui-

de su espalda colgaban. Un bosque erizado de picos de tres puntas rielaba fieramente, arrojando resplandores de muerte que chocaban con los rayos de un sol abrasador. Al otro lado del bosque, y sin salir de la espesura de los árboles, se veian cincuenta mil lusitanos vestidos en trage de paz, aunque armados de sus temibles chuzos; con ellos venian sus mugeres é hijos, puesto que aquello era una fiesta, y era además una disculpable curiosidad ver así el brillante ejército de la soberana república.

Tantamon, desconfiado por los funestos augurios, habia mandado que sus gentes no abandonáran la espesura hasta concluida la ceremonia. Pronto vióse adelantar al pretor Sulpicio Galva y hacer alto en mitad de la llanura, frente á sus legiones.

Venia el pretor cubierto de oro: su toga, que se plegaba coquetamente sobre su armadura, estaba cuajada de perlas que hubieran bastado á saciar la ambicion de un príncipe. Montaba un caballo, hijo del Betis, blanco como la nieve. Ni el doble freno ni la acerada cadena bastaban á sujetar al fogoso bruto, que pisaba engalanando y sacudiéndose sus revueltas crines. Su ancho pecho y poderosa espalda manifestaban su poderosa fuerza, y sus limpias cañas manifestaban mas ligereza que el gamo de los bosques. Sacudia las riendas y tascaba el freno, y sus piés, agitándolos apresuradamente, sepultaban las flores que su larga y espesa cola habia arrastrado.

Galva prevenia los saltos del caballo y se sostenia gallardamente en la silla, haciendo alarde de su apostura y gentileza.

Apenas Tantamon lo divisó, descendió de su palanquin (1) y se encaminó á pié hasta donde estaba el pretor.

---

tes de la espada ó para los botes de la lanza. Tenia en su centro un pezon afilado.

(1) Palanquin.—Silla de manos, especie de litera.

Aboncio le seguia de cerca. Galva, cuando vió al anciano, saltó de la silla y fué á recibirlo en sus brazos.

Aquella demostracion de paz y amistad hizo condescender al anciano con la súplica del pretor, y dió á Aboncio la órden de que sus gentes bajasen á la llanura. Partió este, y al momento los lusitanos comenzaron á descender; pero aun no bien habian salido del espeso bosque, cuando un pastor, agitando frenético una nudosa lanza, se arrojó delante de los primeros lusitanos.

—Retiraos, les dijo; ó defendeos como yo. No son los romanos los únicos traidores, hay tambien un traidor entre vosotros.

No bien el intrépido Viriato hubo concluido estas palabras, cuando la espada de Aboncio cayó repentinamente sobre su cabeza, pero con tal furor, que la hubiera hendido á no haber el jóven prevenido el golpe. Empero, Viriato, pronto como el relámpago, se desvió, y asiendo el brazo de Aboncio, lo sacudió tan fuertemente, que la espada saltóle de la mano y los dedos se le crisparon de dolor. Entonces el jóven blandió su terrible lanza, y retirándola del pecho de Aboncio, le dijo:

—Gran fortuna tienes en ser el padre de Emelina.

En este momento se escuchó un grito de muerte.

Habíase completado la perfidia.

Rodeados los inermes lusitanos, fueron degollados (1) sin piedad por aquel ejército de hienas, y el pretor Galva hizo con esto un mérito para alcanzar un año despues el consulado (2).

(1) Los historiadores de aquella época hacen subir el número de muertos y prisioneros á treinta mil.

(2) Efectivamente, el pretor pintó su maldad como una victoria alcanzada en una batalla campal, y se le concedió el honor del triunfo, y nombrósele cónsul. Posteriormente se le juzgó sobre esto, y como la república tenia necesidad en sostener su vanidad ya

Tantamon, se precipitó á la pelea, y un gladiador á quien se lo rogó encarecidamente, lo mató. Viriato hizo prodigios de valor, dando á muchos la muerte, en cambio de una honda herida que recibió en el pecho.

La noche puso fin á este cuadro sangriento, borron eterno del nombre romano, y perpétua ignominia del pretor Sulpicio Galva.........

Tres horas despues, un jóven moribundo reposaba en los brazos de una muger que mezclaba sus lágrimas con la sangre de la herida...........

Un rayo de la luna alumbró un momento á la tierna y amorosa pareja.......

¡¡Viriato y Emelina!!!.........

que no podia su crédito, Galva quedó impune. Se cree que con solo leer su historia, basta para saberla; por eso hay quien, dándose la importancia de literato, ha dicho que Servio Sulpicio Galva, pretor, fué despues el emperador Servio Sulpicio Galva; pero sobre que Galva, pretor, fué un malvado, y Galva, soberano, fué un buen rey, era preciso que Galva, pretor, segun nuestro cálculo, hubiera vivido 180 años, y aun así no podia haber obtenido el imperio. En fin, tenemos en nuestro apoyo á los mejores cronistas, y el creer á ambos Galvas una misma persona, es un error que hace poco honor literario á los que lo han cometido.

CAPITULO III.

El subterráneo del templo de Diana.

La noche replegaba su capa tachonada de estrellas, y la aurora descogia su manto de púrpura cuajado de puntos iluminados que semejaban otros tantos ópalos y rubíes. Las cimas de las altas montañas tomaban un magnífico color de esmeralda, y el prado comenzaba á alumbrarse, dibujando en sus medias tintas una riquísima alfombra de topacios.

Las flores abrian su cáliz perfumado á la fresca brisa de la mañana, que dejaba en sus hojas las cristalinas gotas de un rocío bienhechor, y cuyas gotas sacudia el céfiro, que hacia mecer mansamente la planta. El ruiseñor, que habia cantado en la tempestad, buscaba en el nido las caricias de su amada: la alondra sacudia entre los surcos su pardo plumage y daba al aire sus primeros gorgeos: susurraban las hojas de los árboles agitadas por el ledo favonio, y graznaba la corneja en los altos peñascos, contestando al monótono canto del chorlito, que bañaba su blanda pluma en las aguas del lago.

La creacion resucitaba de esa muerte aparente que da la noche, y mas bella, mas gallarda, mas jóven, mas vírgen todavía, parece que se animaba para bendecir al Creador, porque el primer aliento del Creador es la mañana!...

A esta hora, pues, nos hallamos en el mismo sitio en que abandonamos á la hermosa Emelina y al moribundo Viriato. No están, empero, solos: un anciano venerable los contempla, y dos robustos jóvenes, dirigidos por él, se ocupan en fabricar una cómoda litera con las ramas de un pardo acebuche: el silencio preside esta caritativa ocupacion, y en tanto que el anciano, en pié grave é imperturbable, parece la estatua de un Dios protector y benéfico, la jòven Emelina llora tal vez sobre un cadáver, y este ignora que reposa en los brazos de una muger que ha sido siempre su constante pensamiento, su perenne meditacion. El anciano nada decia, pero de vez en cuando una lágrima furtiva corria á lo largo de sus megillas lívidas y descarnadas, y revelaba bien que en aquella alma santa é inmaculada habia penetrado tambien el desconsuelo.

El recogia esa lágrima con rubor, no porque creyese mengua el lloro de un hombre, sino porque temia abandonarse al dolor de un cobarde.

Cuando la operacion se hubo concluido, los jóvenes, á una señal del anciano, colocaron al infortunado pastor sobre el improvisado vehículo, y tomándolo sobre sus robustos hombros, siguieron detras del venerable anciano que, sin hablar palabra, se dirigió hácia lo mas espeso del sagrado bosque.

Emelina iba al lado de la camilla, llevando entre sus manos una de las del moribundo. No fué largo el camino. El anciano llegó á un sitio desde el que se veia á pocos pasos la elegante cúpula del templo de Diana; aquí se paró. El sitio estaba vestido de malezas impenetrables, los altos pinos, los enormes abedules, y los nogales sombríos

formaban un techo oscurísimo que vedaba la luz de los cielos.

En el momento que la pequeña comitiva hizo alto, un hombre que estaba oculto y que traia una luz debajo de una espesa capa, se aproximó al anciano. Este le hizo una señal que el hombre comprendió perfectamente porque desde luego se dirigió al punto que se le designaba.

Colocado verticalmente entre dos grandes árboles se veia un peñasco cubierto de musgo: parecia que el acaso y nada mas habia abandonado allí aquel peñon, á quien habian rodeado verdes gaviones de amorosa yedra, revueltas raices de menudo césped. El hombre de la capa fijó su espalda en la peña, y dándola un violento impulso, hízola rodar sobre su base, dejando abierta una entrada bastantemente espaciosa.

—Entrad, dijo el anciano.

Y los hombres con el herido comenzaron á descender por una escalera practicada en la tierra, y alumbrados por el hombre de la capa. Seguíanlos el viejo y Emelina: y la antorcha, que oscilaba en la inmensa oscuridad, guiaba sus pasos á un aposento en donde siempre, como ahora, habia reinado una eterna y callada noche... Era el subterráneo del templo de Diana...!

En este aposento, olvidado de todos los mortales, habia un lecho preparado de antemano. Los hombres colocaron al herido en él, el de la antorcha la clavó en el suelo y todos desaparecieron: quedaron solos el anciano y Emelina.

Hay momentos graves, solemnes en la vida, en los que el corazon sufre una presion violenta y desgarradora: momentos en los que el mortal dudaria elegir entre la vida y la muerte, porque el dolor es mas poderoso que la naturaleza, que, frágil y miserable, se acobarda ante la imágen del infortunio: porque entonces falta la fé, falta la es-

peranza, quedan los funestos recuerdos del pasado, el padecimiento del presente y... la nada en el porvenir.

El sitio que ocupamos era una bóveda cavada en la tierra, sin otra luz que algunas ligeras grietas que se perdian entre el ramage de la superficie que la cubriera. A un lado habia un sepulcro en el que se leia este epitafio.

Hic jac. Pub. Rom.
Mort.
Cuasi Deam, et
Dea.....
Cuas. Mortal.
Amar.
Cup. (1)
S. S. T. L.

Sobre el sepulcro se veia un ramo de siemprevivas á las que habian respetado los años y los insectos. El anciano tomó aquel ramo y depositó sobre él una lágrima y un beso: Emelina en el rincon opuesto respetaba religiosamente aquel dolor que no comprendia. El viejo enjugó sus lágrimas y fué á apoyarse con los codos sobre el lecho del herido, y escondiendo su cara entre sus manos.

Aquel hombre meditaba profundamente; sus ojos, llenos de una espresion inefable y cuasi divina, no se apartaban de aquel cadáver, pareciendo que con una mirada queria devolverle la vida. Abrió el pecho del jóven, contempló largo rato la herida, contó los latidos del corazon, entreabrió con las puntas de sus dedos los párpados del herido, y volvió á caer en una meditacion mas profunda todavía.

Emelina lo observaba sin atreverse á respirar: su cora-

---

(1) Yace aquí Publio romano: supo amar á una mortal como si fuera una diosa, y á una diosa como si fuera una mortal. Séale la tierra ligera.

zon latia tan precipitadamente, que hubo de apretarse el pecho con ambas manos para contener sus gemidos. El anciano, inmoble, guardaba el mismo silencio y continuaba en su grave contemplacion, y nada decia. Aquella escena de ansiedad y congoja no era soportable para la vírgen lusitana, que sufria horrorosamente.

En un momento de dolor dejó su rincon, y vacilando se acercó al lecho. El anciano no levantó siquiera los ojos, y ambos permanecieron en silencio. Un minuto despues, el viejo dejó escapar de sus labios estas dos palabras sacramentales:

—No morirá!...

Emelina cayó de rodillas junto al lecho, y el anciano se retiró á reclinar su cabeza fatigada sobre el sepulcro de Publio. A poco rato se levantó, y tomando magestuosa y tiernamente la mano de la vírgen, la llevó hasta la tumba del romano y le dijo:

—«Doncella: el que haya pensado que el mundo está »sembrado de flores; el que haya creido que los mortales »han de contar solo venturas.... se ha engañado, doncella. El dolor es el patrimonio del hombre, y el hombre »mismo cultiva con sus manos su patrimonio de dolor.

»Juguete el mortal de sus pasiones, solo las vence con »el valor, con el sufrimiento, pero con la resistencia, jamás. Tu amas... ¡ay! qué duro es amar lo que no se pue»de poseer! ¡Qué duro es apetecer toda la vida sin obte»ner nunca! Escucha: yo tambien he sufrido mucho, yo »tambien he apetecido mucho... pero he llorado mucho, »doncella...! Yo he contado, minuto por minuto, mis no»ches de insomnio; yo me he agitado en horrorosas pesa»dillas... yo... sacerdote de Júpiter Ammon, he tenido un »momento de delirio, y ese momento de delirio me ha cos»tado llorar la muerte de una muger amada, y acariciar »la dicha de poseer un hijo... si... un hijo que era toda

»mi felicidad! Pero ese hijo amó tambien como su padre,
»pero fué; mas que su padre, virtuoso y honrado... Amó
»y murió porque amó mucho, doncella; amó... pero su
»juventud, su honra y sus amores se encerraron en esa
»negra lápida que puso aquí, para que ningun mortal la
»pisára, la mano amorosa de un padre...

»Si... si... yo me estremecí entonces como me estre-
»mezco ahora, porque ví en el hijo castigado el delito del
»padre... Déjame que llore, muger, porque ese sepulcro
»me pertenece... Publio era mi hijo!!!...»

El anciano hizo un momento de pausa, en el que devo-
ró indecibles tormentos, y luego continuó.

«Hija de Aboncio, ese jóven vivirá para la gloria, para
»la inmortal fama, pero jamás para tí!»

La vírgen palideció... el anciano se acercó solemnemen-
te al herido, y despues de un rato de meditacion, añadió:

«Yo soy en el concepto de todos un mortal que ha reci-
»bido de los dioses una ciencia divina. Se engañan: los dio-
»ses no dan la ciencia, dan únicamente los medios de po-
»seerla. El estudio contínuo de los hombres y de las co-
»sas ha hecho de mí un filósofo, y mira, sin embargo,
»qué débil es el hombre aun en el apogeo de su saber: yo
»he curado las úlceras de mis semejantes, y nunca he po-
»dido aliviar mis propios males.

»Hija de Aboncio, la lealtad y la traicion son dos afectos
»que se repelen. Yo he visto algunas veces una pluma
»mecida en el espacio y combatida por dos vientos con-
»trarios. La pluma sube y baja, vuela ó se para segun el
»poder del viento que la impele, hasta que una ráfaga
»mas violenta la precipita en un torrente que la sepulta
»entre sus olas bramadoras. La pluma serás tú, doncella;
»los dioses te han guardado el infortunio!...»

Calló despues de esto el anciano, y volvió á aproximar-
se al herido: sacó de su pecho un pomo de plata, y dán-
doselo á Emelina, la dijo:

—«Dentro de dos horas ese jóven se estremecerá ligeramente, sus párpados se contraerán, su frente se surcará de ligeras arrugas; entonces es el momento de la lucha, entonces pelean la vida y la muerte. El elixir contenido en ese pomo puede darle una existencia nueva y feliz ó la muerte sin dolor y sin sufrimiento. Tú se lo darás; ó que te deba la vida ó que te sea deudor de una muerte dulce y tranquila.»

El anciano desapareció...!

Emelina habia recibido el pomo, pero en esa duda horrorosa padecia insufrible agónía. Dos horas tal vez para verlo morir...! Y ¿qué? si jamás me ha de pertenecer, decia, qué muera para la fama y para la inmortalidad...!

Pero el amor de Emelina éra profundo y mas profundo desde que el misterio y el imposible lo rodeaban. Impaciente agitábase dando largos pasos por el aposento; se acercaba á contemplar el sepulcro de Publio y allí no veia mas que una tumba helada y de todos escondida: volvia entonces al lado de Viriato y casi pegada á sus cárdenos labios parece que buscaba con su aliento un minuto de existencia en su amante. Trascurria el tiempo y, como contado por una imaginacion exaltada, se hacia eterno como una noche de agonía.

Emelina ya no andaba, ya no sabia ni podia abandonar el lado del hombre de su amor: siempre le parecia que sentia un estremecimiento, siempre creia ver dilatados sus párpados.... ¡ay! ¡ilusion! Pasó tiempo y mas tiempo, y mas de las dos horas: el sol estaba en medio de su carrera, y Viriato no daba ni el mas ligero señal de vivir. Emelina desconfió; faltóle la fé y cayó en un delirio espantoso.

—Ha muerto, decia; ha muerto para siempre y sin saber que yo le amaba...! Pues bien: yo le seguiré, ¡oh! si le seguiré....

La jóven no pudo decir mas. Sus labios estaban junto á

los del jóven.... el dolor los aproximó, y en aquel momento de inefable delicia la vírgen hizo sonar su primer beso de amor. Ruborizóse y quiso huir... pero el lecho se estremeció... los párpados del herido temblaron precipitadamente... algunas arrugas surcaron su frente á la que acudió un sudor frio y copioso... ¡Oh! Viriato comenzaba á vivir... Emelina lo habia vuelto á la vida desde el fondo de su tumba con el primer beso de su boca...

La hermosa lusitana observó que aquel estremecimiento habia sido pasagero... tembló creyendo el momento fatal, y derramó en la boca del jóven el elixir contenido en el pomo.

El jóven dió un gemido y abrió los ojos. Recorrió la estancia iluminada por la luz de la antorcha: fijó su mirada en Emelina y volvió la cabeza con trabajo como si huyera de una vision: tornó despues á mirar nuevamente á la jóven, y con indecible fatiga alzó la mano para tocarla: creia que su entendimiento se engañaba por su corazon. Emelina tomó suavemente la mano de Viriato, y entonces desapareció en este la duda.

—¿Eres tú? la dijo.

—Sí, contestó la vírgen ruborizada; necesitabas un ser que te compadeciera, y...

—¿Y te he merecido compasion? replicó el jóven; pues no la necesito... déjame morir...

Viriato sufrió un ataque de ira y de dolor que hizo contraer sus facciones de un modo horroroso; su pecho se levantó, su respiracion era fatigosa... comenzaba su agonía. Emelina no tenia virtud para esa prueba, y asió con delirio la cabeza del moribundo.

—Viriato, le decia; ¿arriesga una muger su vida, su decoro solo por compasion? Ingrato, ¿querias agregar al martirio de verte sufrir el de hacerme avergonzar...? ¡Oh! te amo... te amo mas que á mi vida... vive para mi amor!

La jóven cayó exánime en el pecho de su amante. Viriato volvió en sí mismo porque su corazon se habia abierto á la esperanza y á la fé. Irguió el jóven orgulloso su cabeza pálida pero animada, y ciñendo con su brazo la cintura de aquella muger adorada, la dijo:

—Emelina, yo veo abierto mi sepulcro; yo estoy contando mis últimas horas. No ha mucho la idea de morir me desesperaba porque no te veia, ahora te veo, te oigo, sé que me amas y la muerte es un bien, porque la muerte es un bien cuando sale envuelta la vida entre sueños de ventura, entre pensamientos de felicidad. En ese camino de horror que los dioses me labraron en el mundo, solo he encontrado un bien y ese bien eres tú. El dia corria para mí como un sueño pensando en tí y los sueños de la noche no eran tinieblas para mí porque tu imágen brillaba en ellos como la imágen esplendente del sol. Habian corrido los meses y los años..... siempre que á mi lado sonaba una cítara..... siempre que rujia sobre mi cabeza el trueno de Júpiter me estremecia, porque al sonido de tu cítara y al estampido del trueno concebí mi primera esperanza... tuve fé en tu amor la primera vez... ¡oh! déjame que lo recuerde la vez postrera... Eran las fiestas florales de los romanos. Una tempestad rodaba sobre nosotros... al son del trueno, al brillo del relámpago tu voz subia á la esfera, tu canto de amor llegaba á mi corazon y en mi corazon bramaba la tormenta que tu voz conjuraba en el horizonte... Emelina, tu amor es mi vida, mi felicidad... mi salvacion!

El jóven no pudo decir mas y cayó exánime sobre su lecho de muerte. Emelina se arrojó sobre él desesperada creyendo verlo morir... Pero en aquel momento de angustia el brillo de muchas antorchas, el ruido de muchas personas hizo volver en sí á la jóven delirante. Una mano de hierro sujetaba su brazo... volvió los ojos... Era su pa-

dre, era Aboncio que la buscaba creyéndola muerta en la batalla y la encontraba en un subterráneo y á lado de un hombre.

La indignacion vino al corazon del lusitano, y arrojó á su hija entre sus parciales para examinar por sí mismo á aquel hombre, pero Emelina habia caido en el suelo y lanzado un grito de dolor. Viriato habia vuelto en sí á esé grito de agonía, y al ver un hombre maltratar á su amante, pronto, vigoroso, con los ojos inflamados de cólera... saltó de su lecho, gritando:

—¡Traidor!.

Aboncio lo reconoció entonces, y despechado, sin consideracion á su estado ni á su impotencia, alzó su puñal al mismo tiempo que el jóven dejaba caer su brazo sin fuerza sobre su lecho. El puñal del padre venía derecho sobre el corazon del pastor, cuando una mano robusta lo contuvo y una voz venerable le dijo:

—Aboncio, la hija pertenece á su padre, el enfermo á su médico... parte.

Aboncio no habló, hizo conducir fuera á su hija y dejó solos al médico y al enfermo. El lecho volvió á recibir á un moribundo, y despues de un momento se veia entre los pálidos rayos de la antorcha que se apagaba, un jóven agonizando y un viejo que oraba sobre la losa de un sepulcro...!

CAPITULO IV.

Del pastor á general.

ERA un dia de fiesta solemne en Roma. Hervia por dó quiera un pueblo bullicioso y ansioso de espectáculos. Desde el monte Janículo al Aventino y desde este al templo de Júpiter, habíanse alzado magníficos altares en honor de Marte y de la victoria. Habíanse cerrado por aquel dia, las puertas del templo de Jano (1); todo era placer, todo alegría. Corrian borbollando fuentes de vino y de leche: las calles estaban sembradas de flores, y desde el palacio del Senado al circo mácsimo flotaban soberbias colgaduras y caprichosos festones de verdura. Allí, al circo se dirigia entonces el pueblo, porque el pueblo de Roma era

(1) Jano tenia un templo en Roma cuyas puertas estaban abiertas en tiempo de guerra únicamente.

un pueblo de mugeres cuando se trataba de fiestas. El circo máximo abrió sus inmensas puertas y sus anchas gradas se vieron cubiertas de una multitud curiosa y alegre.

En su alta plataforma hallábanse ya los cónsules con sus lictores, mostrando el afrentoso haz, insignia de su poder (1). Los senadores con sus respetables togas asistian al lado de los cónsules. En tablados, mas ó menos aristocráticamente engalanados, se veian los patricios y las matronas romanas luciendo en sus trages una riqueza que se compadecia mal seguramente de los harapos de un pueblo pobre y hambriento.

La fiesta comenzó por los acostumbrados combates entre los gladiadores. Al cesto y al pugilato sucedió la espada y el puñal, y la sangre humana regó la arena del circo, y el pueblo aclamó con fé ardiente la agonía del vencido.

Pero no era esto lo que el pueblo romano esperaba aquel dia. Estaba hastiado de esos combates, de esos espectáculos comunes en que los hombres se mataban luchando por complacerlo.

Querian ver al fuertísimo gladiador, Porfirio, morir en la arena ó vencer al tigre mas bravo que jamás habia entrado en Roma. Los gladiadores luchaban con las fieras, si; pero eran fieras criadas en las jaulas y en la servidumbre, y á quienes se apaleaba antes de salir al combate para inutilizar en cierto modo sus fuerzas. Pero aquel tigre habia sido traido de Africa tan feroz, tan bravo, tan hambriento como habia de presentarse en la arena.

El pueblo clamaba de impaciencia y volvia sus ávidas

(1) Los cónsules eran dos. Cada uno llevaba delante doce lictores. Los lictores eran los ejecutores de la justicia y cada lictor llevaba un haz de varas y una segur atado todo con una cuerda.

miradas al Edil (1) que dirigia el espectáculo. Por fin, este, desde su silla de marfil, hizo la señal. Abrióse una puerta y el gladiador se presentó en medio del circo. No se le recibió con una aclamacion: el silencio era profundo; todos los espectadóres participaron de una misma idea, de un mismo sentimiento. Aquella era una víctima hermosa, encantadora.

Mas de una matrona dejó caer una lágrima debajo del amigo cendal. Y realmente, Porfirio era digno de aquellos tiernos conceptos. Jóven, hermoso, robusto, parecia un Dios en medio del ancho palenque. Venia desnudo, y sus atléticas formas tenian la fuerza de un Hércules y la redondez y pureza de una vírgen. Cubríale, hasta la mitad del muslo, un ligero delantal, del cual pendia un puñal encerrado en una vaina de cuero.

Sus cabellos rizados y perfumados cuidadosamente, caian sobre su espalda sujetos con una cinta encarnada. En su brazo izquierdo traia un pequeño escudo de piel de búfalo, y en la derecha un agudísimo puñal. Porfirio dió una vuelta por el circo, tanteó con su pié desnudo la arena buscando el punto mas firme, y alzó orgullosamente la cabeza, sacudiendo con gracia su rizada cabellera y señalando con la mano la puerta de hierro que encerraba á la fiera.

Entonces varios criados le presentaron la copa colmada de vino para que libara en sacrificio espiatorio á los dioses. Porfirio la tomó, elevó sus ojos al cielo, y en vez de apurar el licor, lo vertió sobre la arena. Los criados se retiraron y sonaron las trompetas. La puerta de hierro se abrió y un enorme tigre saltó en medio del circo.

De todas partes salió un grito de terror: todos tembla-

---

(1) Edil Curul.—Magistrado civil que dirigia la policia. Su distintivo era sentarse en una silla de marfil.

ron menos Porfirio. Al grito contestó la fiera con un rugido, y girando sus pequeños y brilladores ojos, miró despacio al inmenso concurso. Quieta estuvo un rato y frente de ella quieto tambien Porfirio. La fiera al fin divisó al jóven, y arrastrando su vientre por el suelo y replegando sus músculos, dió un salto tan atrevido, que hizo temer al gladiador: pero conociendo este que no podia burlar la pujanza de aquella embestida repeliendo la fuerza con la fuerza, cuando vió caer á la fiera sobre él, la sorteó tan hábilmente, que el tigre pasó sobre su cabeza sin tocarlo. Pronta como el rayo se rehizo la fiera y saltó nuevamente. Su adversario habia prevenido esta nueva acometida y habíase aproximado al animal, así es que esta partió con menos violencia, cuanto que su presa estaba mas cerca. Hincó sus uñas en el escudo que el sereno gladiador le presentó, y cuando iba á clavar sus garras en el pecho de su enemigo, este se afirmó sobre sus talones, lanzó un grito y la fiera rugiendo cayó exánime sobre la arena.

Habia recibido dos puñaladas en las entrañas. Porfirio arrojó el puñal y el escudo y se puso á contemplar la agonia de su víctima. El pueblo aclamó furiosamente, y agarrando al vencedor sobre sus hombros, lleváronlo en triunfo cantando su victoria.

Mientras el pueblo corria en distintas direcciones preparando las orgías de la noche, nos trasladaremos al palacio del cónsul, que en honor de Marte daba de su propio bolsillo tan brillante y costosa fiesta.

Este hombre tenia un palacio magnífico; el oro y la plata, el marfil y el ébano se confundian con los ópalos, los rubíes y las margaritas. La tierra habia abierto para el sus tesoros; todos los paises habíanle dado sus mas raras producciones. Allí las púrpuras de Atenas brillaban entre las suavísimas pieles de los armiños. Las copas de Italia

arrojaban brilladores destellos de rubí y topacio. Esté dia el palacio estaba suntuoso. Un aparador de plata contenia flores y manjares esquisitos. Quinientas mesas (1) esperaban á los convidados. El cónsul ostentaba todo su poder, todo su orgullo.

Pues bien: este hombre que habia ahogado á fuerza de oro la terrible y justa indignacion del senado; este hombre que habia cubierto su infamia con un manto de púrpura; este hombre que habia conseguido ser nombrado cónsul; este hombre, en fin, era Servio Sulpicio Galva, el asesino traidor de los lusitanos!...

Los convidados fueron ocupando sus sitios, y aunque todos ellos eran senadores, patricios, caballeros, matronas y doncellas de la mas completa belleza, nosotros no conocemos mas que dos personas: entre los hombres á Aboncio, entre las mugeres á Emelina.

Una ligera mirada retrospectiva nos hará conocer cómo se encontraban en este lugar reunidas todas estas personas que ya conocemos. Aboncio, amigo de los romanos, influyó grandemente para que Sulpicio Galva, pretor entonces de la Lusitania, convocára traidoramente á los lusitanos en el bosque de Diana, só pretesto de hacer honrosas paces y los asesinára cruelmente. Entre las víctimas de aquel dia funesto estaba Viriato qué fué socorrido por Emelina á quien Aboncio buscaba. Encontróla en el subterráneo de Diana y la llevó consigo á Itálica, la primera ciudad de los romanos en la Bética.

Aboncio no estaba bien allí: su nombre llevaba el signo de la traicion, y en toda España no podia haber un ricon que lo albergase. Los españoles que, por su comercio ó por sus negocios llegaban á Itálica, cubríanse el ros-

---

(1) Quinientas.

tro con las manos por no verle. Hasta los mismos romanos odiaban al traidor.

En este estado llegó el término de la pretura de Galva, y partió Aboncio á Roma con el pretor y con su hija, deseando ocultar allí para siempre la mancha que sobre su honra habia caido. Cuando Galva llegó á Roma habíase fulminado contra él una severísima acusacion, pero el senado, blando á ciertas insinuaciones, no solo absolvió á Galva, sino que un año despues le nombró cónsul.

Hé aquí como Aboncio y Galva se reunieron y como Emelina lloraba en las orillas del Tiber los mismos recuerdos que habia perdido en las márgenes del Genil.

Continuenos.

Los convidados comian y bebian con la mas franca alegría: las copas colmadas de oloroso vino de Chipre corrian de mano en mano. Algunos bohemios cantaban con su cítara de tres cuerdas alabanzas á los dioses, y entonaban de vez en cuando las hazañas guerreras del cónsul. Estos cánticos hacian ruborizar á Aboncio y suspirar á Emelina: algun convidado se sonreia maliciosamente, y algun otro mas atrevido dejaba escapar alguna picante burla que el cónsul ó no entendia ó no queria comprender.

La comida llegaba á su fin, y los esclavos habian ya colocado las luces para continuar el festin, cuando rompiendo por entre la turba de familiares, se presentó un caballero cubierto de polvo:

—«Cónsul, le dijo á Galva; nuestros ejércitos han sido »destrozados en España. La historia no cuenta desastres »mas espantosos. Nuestras legiones han sido muertas ó »prisioneras, nuestros lábaros hechos pedazos: nuestros »generales degollados. Treinta mil lusitanos rabiosos de »venganza han querido lavar en nuestra sangre la afrenta »que tú... tú que hoy celebras el aniversario de tu infa»mia, arrojaste sobre su buena fé y su candor.

»Cónsul, un general ardiente y animoso te reta á tí y á »tus legiones : ese general hará temblar á Galva, porque »Galva no busca á sus enemigos en el campo.»

El cónsul se levantó indignado.

—¿Quién es ese hombre que así desafía el romano poder? ¿De dónde vino? ¿Cómo se llama?...

El magistrado hacia todas estas preguntas con la mas viva agitacion.

—¿Quién es ese hombre que ha destrozado nuestras mejores legiones?

—Un hombre, contestó el caballero; nada mas que un hombre. Ni tiene oro como tú, ni como tú un apellido ilustre... pero cónsul, Roma y su senado, el ejército y sus cónsules temblarán un dia delante de Viriato...

—¡Viriato...! esclamó Aboncio.

Viriato! volvió á repetir y miró á su hija... pero su hija estaba desmayada.

El caballero entregó al cónsul un pliego : este pliego contenia estas palabras :

—«Nombrado general de los ejércitos de mi patria, he »aniquilado tus legiones. Tú me has proporcionado cam»biar la piel de pastor por la púrpura de general, pero »sabe que me has arrancado el alma. Voy á Itálica; la to»maré á sangre y fuego, y ahorcaré tu estátua de las al»menas.

»Viriato.»

CAPITULO V.

¡A ROMA!... ¡A ROMA!!!... TANGEL, ¿SABES LO QUE ES AMAR?

Un dia dejamos en el subterráneo del templo de Diana á un jóven moribundo y á un anciano que agotaba todos los recursos de la ciencia para robárselo á la muerte. Pues bien, tres meses despues, en ese mismo subterráneo, en ese mismo lecho se repetia esa misma escena, pero los personages habian cambiado de papel.

Ocultando un rostro pálido entre dos cascadas de rizos rubios y sedosos, y escondiendo dos ojos cubiertos de lágrimas sobre la descarnada mano de un viejo; el jóven que otro dia luchaba con la agonía, hoy lloraba la muerte próxima de aquel mismo viejo cuya mano ahora acariciaba y cuya mano entonces habia cicatricado la honda herida que lo precipitaba en el sepulcro.

Todo el dia habian pasado estos dos hombres en el mis-

mo estado: Viriato oraba y lloraba; el anciano permanecia inmóvil como una estátua esperando sobre el lecho el momento de morir con la misma impasibilidad que el viagero que deja pasar las abrasadoras siestas del estío para continuar su camino.

El sol iba á esconderse en el ocaso; venia la noche tranquila y pacífica, pero con esas tinieblas, con ese silencio que esparce el terror y que obliga sin quererlo al retiro y á la soledad.

El anciano entonces hizo un ligero movimiento convulsivo, Viriato se estremeció: el viejo entonces atrajo penosamente la frente del jóven y estampó en ella con avidez sus labios abrasados por la fiebre. Haciendo un esfuerzo, tragó una gota de elixir contenido en un pomo de plata, y fijando despues sus ojos inciertos é inseguros sobre el desconsolado jóven, le habló así:

—«Hijo mio, he vivido un siglo sobre la tierra; esta »noche cuando la luna, cuando la hermosa imágen de la »honesta Diana comience á rielar en el ancho cielo, yo ha»bré concluido mi larga carrera.

»Yo he estudiado en el libro del mundo y he aprendi»do á no creer: esa es la ciencia encantadora y sublime »de la verdadera filosofía: he despreciado lo que los hom»bres llaman realidad y verdad... no lo he creido, hijo »mio, porque la realidad y la verdad están solo en la fan»tasía.

»Yo he hollado los montes, he surcado los mares, he »pisado los palacios, he visitado las cabañas, he buscado »afanoso esa verdad y no la he encontrado. He visto al »hijo ingrato, al padre desnaturalizado; al amigo infiel, al »hermano ambicioso; he visto al amor disfrazado con una »capa de púrpura; he visto, en fin, que todo es farsa gro»sera, impostura ridícula, porque los hombres, hijo mio, »han encadenado su corazon con unas leyes que han lla-

»mado buenas, pero que en realidad no han hecho mas »que enseñarle á ocultar lo bueno, lo grande, lo noble, »lo inspirado por el cielo á su razon; así es que esas leyes »han convertido al mundo en una sociedad de embusteros.

»Yo te ví herido, hijo mio, y te acudí: luché brazo á »brazo con la muerte que te queria, y te salvé: curé tu »herida, y una nueva y mas vigorosa existencia debia her»mosear tu juventud. Yo te he dado la vida, yo te he »mantenido como un padre amoroso, yo he buscado para »tí los secretos de los montes, el aroma de las flores, y no »he hecho mas que hacérteme una carga pesada, una...»

—Padre mio, esclamó el jóven; ¿por qué dices eso? Si eres carga, que te me conserven los dioses eternamente...

El viejo se rió bondadosamente y continuó:

—«Hé ahí mi filosofía: no lo creo, hijo mio; si ahora »hubieras de emanciparte de esas leyes que los hombres »llaman de decoro y en las que fundan toda la virtud; si »ahora me abrieras tu corazon, me dirias: Tienes razon; »tú y cuanto me rodea, hasta esa vida que me has dado »me incomoda, todo es ya para mí una carga pesada, por»que en el templo y en la caza, en la soledad y en el bu»llicio, yo solo veo deslizarse delante de mis ojos un fan»tasma que me fascina, que me atrae, que me hace olvi»dar que existo; porque solo pienso en ella, solo veo á »ella, y si por ella pudiese aniquilar el mundo de un gol»pe, mi mano lo descargaria sin temblar; sin temblar ve»ria rodar entre los escombros al género humano, porque »el mundo, los hombres y mi viejo salvador son nada pa»ra mí, nada, porque entre todo lo que existe yo no veo »mas que una muger, yo no siento mas que un beso, yo »no acaricio mas que una esperanza, yo no comprendo »mas que un nombre... Emelina!...»

El jóven se levantó como si hubiera sentido la picadura de un aguijon.

—Padre mio, dijo; yo no te he hablado jamás de eso...

—«Ni yo á tí, hijo mio, prosiguió el anciano; ni ahora »lo haria si no viera acercarse mi hora suprema; pero los »dioses han querido que fuese tu salvador, y lo seré.

»Escucha: tú callabas tu amor porque la sociedad te de»cia: esa muger es la hija de un traidor que ha vendido á »su patria y ha comerciado con la sangre de sus herma»nos; no la ames. Esa muger es noble, rica opulenta, tú »eres pobre, humilde y desconocido; no la ames. Entre »esa muger y tú hay un imposible que os separa y que os »separará eternamente, no la ames.

»Pero tu corazon decia..... esa muger es mi delicia, mi »simpatía, yo no puedo rechazar su amor porque no está »en mí; cuanto mas peleo mejor me vence, cuando pro»curo olvidarla es cuando la amo mejor...

»La sociedad y tu corazon luchaban, tú no tenias otra »arma para la lid que la que tiene el hombre que lucha »contra el convencimiento de todos; la mentira, la simu»lacion, la hipocresía. Hijo mio, esa muger no está aquí, »está muy léjos, y si has de buscarla es menester que te »aproximes: el ócio y ese estado miserable de abyeccion »solo conducen al ridículo.

»Hijo mio, alza con orgullo la frente: busca á esa mu»ger: dile á tu corazon que té encamine y él te encamina»rá: dile á tu brazo que hiera y tu brazo herirá: arroja el »cayado del pastor y empuña la lanza del guerrero... hijo »... hijo mio... los dioses te han guardado para salvador »de tu patria...!»

—¡Padre mio! esclamó el jóven; deliras!

—«Nó, continuó el anciano; mi hora se acerca: toma mi »báculo, parte á los montes de Ebora, muestra esta arma »inofensiva á sus habitantes, y díles: Yo soy Viriato y el »anciano me envia, hé aquí su báculo. Te creerán; con»dúcelos á la lid, acomete á los romanos en donde los

»encuentres... no temas, Viriato, tu nombre subirá mas »alto que las estrellas del firmamento... Yo velaré por tí.

»Apártate, hijo mio, déjame ver el sepulcro de mi hijo »Publio... él y tú sois mi último recuerdo... Viriato... pon »la mano sobre mi corazon... late como si fuera á comen»zar su sueño... Viriato, el mundo es la nada... el mundo »es la nada... el mundo es una mentira... Hé aquí lo que »he aprendido en un siglo de existencia...!» . . . .

Oyéronse un ligero gemido y un grito de desesperacion. El viejo habia acabado de existir y Viriato habia quedado desmayado sobre el cadáver del viejo...! . .

A Galva habia sucedido en la pretura de la España Bética Lucio Sempromio. La traicion de Galva produjo sus resultados, porque desbandados y sin gefe los lusitanos, cargados de impuestos y contribuciones, tiranizados por los romanos, solos, inermes y hambrientos, los montes eran su guarida, la fuga y la ocultacion su única defensa. Ardía en el corazon de aquellos hombres el deseo de venganza, pero era un fuego fátuo que los consumia á ellos mismos sin dañar á nadie.

Mas de cuatrocientos pastores habian sido despojados de sus ganados y se ocultaban en los montes de Ebora. Gente jóven, animosa y robusta veian pasivos que el romano era señor de sus villas y ciudades, de sus casas y de sus campos. El vencedor no tenía mas trabajo que el de imponer tributos y cobrarlos: entreteníase en fiestas licenciosas y en groseras bacanales.

Un dia, al rayar la aurora, los pastores vieron venir hácia ellos un jóven, este jóven les dijo:

—Compatricios, yo soy Viriato, el anciano me ha enviado; hé aquí su báculo.

Los lusitanos cayeron de rodillas.

—Hé aquí, digeron, al salvador que el gran Envélico nos habia prometido: todos somos tuyos, Viriato, ¿qué nos quieres?

—Os quiero soldados: yo os conduciré á la lid.

—Armas! armas! gritaron.

—Haced como yo, y pronto las cambiaremos por lanzas y espadas.

Viriato desgarró una encina, y en pocos minutos cuatrocientos hombres armados de terribles palos estaban en disposicion de combatir.

Este fué el orígen de Viriato como guerrero; y cierto que su posicion no era la mas ventajosa. Cuatrocientos hombres armados de palos contra un ejército glorioso y aguerrido de cuarenta mil hombres, debian ser destrozados en el primer encuentro. Pero Viriato era de aquellos hombres que solo necesitan que se les ponga en el camino.

Hay ciertamente en el mundo unos seres privilegiados á quienes Dios ha dotado de unas facultades superiores, pero que, ó contentos con cierto egoismo, ó desconfiados por demas de sí mismos, son unas plantas parásitas que siempre dan la misma flor, siempre el mismo aroma, hasta que mueren consumidas en su maceta.

Estos hombres, sin embargo, puestos en el camino dejan pronto su habitual inaccion y lo emprenden todo y lo consiguen todo porque tienen el don, sino de la profecía, por lo menos de la prevision.

Así Viriato.

Cuando se vió capitaneando cuatrocientos hombres, no quiso aventurarse á una derrota. Dividió sus fuerzas, y sin separarse de los montes, acometia á las pequeñas partidas que los romanos enviaban á recoger sus contribuciones: su victoria era siempre segura. Sorprendido el enemigo en su marcha por dobles fuerzas que le acometian bruscamente, tenia que ceder.

Viriato al quinto dia de su salida mandaba seiscientos hombres armados de lanzas y espadas, tenia dinero y comestibles y una tropa entusiasmada y dispuesta. No con-

tento con estas victorias, pequeñas para su ambicion, asaltó las villas y lugares animando á sus habitadores á quebrar el yugo de los romanos y á alistarse bajo sus banderas. Pero en estas incursiones Viriato llevaba tambien otro objeto.

Desde la muerte del anciano habia procurado dedicarse esclusivamente á la salvacion de su patria y se habia prohibido pensar en Emelina. Pero cuando de léjos divisaba las pardas torres de alguna villa solitaria, detenia á su caballo, y despues de un rato de inaccion, esclamaba:

—Tal vez esté allí...!

La órden de acometer seguia á este pensamiento; pero en entrando en la poblacion no quedaba ni casa ni templo por mirar. Tenia el capitan una fiebre que contagiaba á sus soldados: no habia mas diferencia sino que él buscaba á una muger y ellos el oro de los vencidos.

Así es que estos asaltos continuados que siempre llevaba consigo el desórden, le ganaron á Viriato el nombre de Bandolero (1). Pero si sus hechos en esta época dan una apariencia de realidad á esta opinion, sus posteriores hazañas, su conducta noble y generosa laban esa mancha que el amor y solo el amor habia arrojado sobre su nombre...

En el pequeño ejército de Viriato militaba un africano de noble estirpe que, ofendido gravemente de los romanos, buscaba su venganza y la de sus padres. Era jóven, bravo y, contra la natural índole de su pais, fiel y buen amigo. Viriato lo distinguia entre todos y él amaba á Vi-

---

(1) El mismo P. Isla, comentador de Duchesne, dice así:
«Viriato guerrero
»Pasando de pastor á bandolero
»Y de aquí á capitan el mas famoso,» etc.

. . . .

Creemos, sin embargo, que lo desmentiremos como lo han desmentido los escritores mas modernos.

riato con idolatría. Un dia Viriato reposaba sobre una piel en un desierto monte, y Tángel, el africano, dormia profundamente á su lado. Viriato revolvia en su mente una idea que lo traia pesaroso: Emelina. Él habria dado su gloria, su vida por verla; él soñaba en Itálica, porque en su concepto Emelina y su padre debian estar allí. Llamó á Tángel y le dijo:

—Amigo mio, no puedo dormir. Hay en mi alma una pena que me mata!

—Dímela, contestó Tángel despertando con la viveza propia de su raza; dímela, Viriato.

—No puedo, contestó este; quisiera ocultarla hasta de mí mismo.

Entonces el africano se levantó, y volviendo su rostro al Oriente y alzando sus inspirados ojos, cantó dulcemente esta balada.

«¿Ves la luna que se mece en la esfera como una vírgen blanca y sonrosada entre los pliegues de un lecho azul?

»¿Ves el tulipan, adorado de los hijos del Oriente, crecer solitario y misterioso para adornar un dia con sus purpurinos colores la cabeza de la querida del Soldán?

»¡Oh! mil veces mas bella la muger que adoro!

»Pero esa muger anda perdida como la tórtola de los bosques de Macá, como la paloma de los cerros de Corbion, y cuando yo quiero encaminarme para su arrullo, suena en mis oidos el rujir de la tempestad.

»Ven aquí, vírgen de mis ensueños, flor de mi esperanza! El ángel de las sombras te ha velado con su manto mas negro que las alas del pájaro de Corfú.

»Ven aquí: la vida sin tu amor es una flor sin aroma, como el Oriente sin sol, como el cielo sin dioses.

»Y tú eres mi aroma, tú eres mi sol, tú eres mi cielo.

»Yo te busco como busca el árabe la desdeñosa almáciga, para curar las heridas de su padre: como la nube bus-

ca la colina : como el querube á Dios : como Dios la inmensidad.

»Yo no puedo dormir porque tu eres mi sueño: el cuerpo no reposa si el alma le falta y mi alma eres tú.

»Dioses, decidme en donde está y yo la buscaré... tomad, dioses, mi vida á cuenta de un beso de su boca. Haced que suene otra vez en mi alma su primer beso de amor.»

—Deja de cantar, Tángel, ó mátame con tu puñal, esclamó Viriato levantándose.

El sudor bañaba su frente, la agonía levantaba su pecho. Acercóse á Tángel, é inclinando la cabeza en su hombro,

—Amigo... lloro.., porque no es vergonzoso llorar por una muger amada.

Despues de un momento Viriato alzó su cabeza irradiante y esclamó :

—Tángel, tú has sorprendido mi secreto; pero ¿en dónde encontraré á esa muger?

Tángel, entonces, meneando tristemente la cabeza, contestó:

—En una ciudad impenetrable, en casa de Galva, y casi en los brazos de Cayo Frigio Numo.

Viriato cruzó los brazos sobre el pecho, sacudió violentamente su cabeza, crispó sus dedos, y agitando dolorosamente la mano de su amigo, devorando lágrimas de amargura y oprimiendo fuertemente su pecho, esclamó con acento terrible :

—¡A Roma...! ¡A Roma...! Tángel, ¿sabes lo que es amar?...

Un momento despues se escuchaba á lo léjos el galope de dos caballos.

CAPITULO VI.

—

EL PADRE Y LA HIJA.

La balada del árabe habia despertado en el alma de Viriato una necesidad imperiosa. Sin saber por qué, aquella dulce poesía habia dado á su ser toda la energía que habia menester.

Despues de aquel arranque de furor, ocupó Viriato de un salto la silla de su caballo, y se lanzó á toda rienda hácia el camino que conduce á Lisisipo. Tángel lo siguió, y ambos ginetes batian el polvo de la llanura protegidos por una noche clara, y alumbrados por la argentada luna.

—A Roma! á Roma!... decia Viriato hincando rabioso el acicate en el ensangrentado hijar de su soberbio corcel.

Tángel montaba, sin mas arreos, que una piel de tigre, una ligera yegua africana, y al monótono compás de su galope repetia las últimas estancias de una cancion de su pais...

«Mírala, mírala mas hermosa que la adelfa de las montañas de Budá; mas pura que el suspiro de Azrail; mas cándida que la paloma de Colini... Mírala! mírala!

»Su boca es como el rojo cáliz de la tuberosa; sus mejillas como las pomas de los jardines de Moka; sus dientes como las perlas del Sur ... ¡Ay! ella es mas hermosa.... ¡oh! mas hermosa que la creacion... mírala, mírala!

Y veloces avanzaban los animales jadeando de sudor y cubiertos los frenos de blanca espuma. Habian pasado la llanura y entraban apenas en la carretera, cuando veinte ancianos, montados en negras mulas y trayendo luengos vestidos de ceremonia, detuvieron á los ginetes:

—«Mancebo, dijo el que venia delante; nosotros somos »los deputados de las ciudades de la Lusitania. A tí te »buscábamos. Los romanos han llevado hasta el estremo »su tiranía. Resentidos por tus victorias han exigido á »tu patria, por derechos de anona, el cuarto de sus ri»quezas ¡El pobre tiene que darles la cuarta parte del pan »de sus hijos!

»Violan los derechos mas santos, no está segura ni la »honestidad de nuestras esposas ni la pureza de nuestras »vírgenes. La Lusitania ha dado el primer grito de liber»tad; y veinte mil jóvenes han empuñado sus olvidadas »lanzas, y han recobrado su esclavizado valor. Sus, sus, »mancebo! Que tu nombre suba á los cielos coronado del »laurel de una gloria eterna é inmarcesible!

»La Lusitania ha reunido sus hombres y te ha dado el »manto de púrpura de sus generales. ¡Qué seas el digno »sucesor del nobilísimo Tantamon!»

Viriato vió desplegar á sus ojos la insignia del supremo poder, y dejando la silla, se arrodilló en medio de la carretera.

Lágrimas de emocion caian de sus ojos, y al recibir sobre sus hombros aquella insignia noble y honrosa, se ar-

rancó un gemido de su pecho que llevó al cielo el juramento de vengar á su patria.

Alzóse el jóven, y levantando la mano izquierda y colocando la derecha sobre el corazon, puso por testigo á los dioses supremos de la pureza de su juramento. La luna brilló entonces desenvolviéndose de una nube que la circundaba, y la frente del jóven estaba irradiante de gloria y de felicidad.

En el campo habíase echado de ver la falta de su gefe. Sus capitanes aguardaban su regreso con impaciencia y pensaban que su celo le habia llevado á esplorar por sí mismo algun negocio importante.

Mientras así discurrian vieron á lo léjos un inmenso tropel que se acercaba. Los centinelas dieron el grito de alarma, y todos creyeron que el enemigo se aproximaba. Los que venian previnieron estos temores enviando un ginete que les enteró de que la Lusitania habia tomado las armas, y que Viriato habia sido nombrado su general. Las aclamaciones y los vítores resonaban en las vecinas montañas. Cuando Viriato llegó, vió veinte mil hombres que solo esperaban el momento del combate.

El general pasó el dia siguiente arreglando sus tropas, enterándose de su estado y dividiéndolas en cuerpos á los que dió diferentes denominaciones. Al acercarse la noche llamó á sus capitanes :

—«Amigos mios, les dijo; yo sabré mas bien escitaros »con el ejemplo que con la palabra. Mañana al rayar la au»rora buscaremos al enemigo y le venceremos. Le vence»remos., sí, porque los dioses protejerán nuestra causa y »ausiliarán nuestro valor. El primer triunfo es el que »conduce á los demas. No hayais temor de ese ejército de »veteranos, ellos vienen á usurpar nuestros derechos, y »nosotros defendemos nuestras libertades.

»¡Sus! partamos á la lid, resueltos á morir ó á vencer!»

Viriato calló, y los capitanes entusiasmados fueron á reposar y á prepararse para la mañana siguiente.

La tienda de Viriato era un regalo improvisado. Sus tropas habian fabricado aquella tienda con verdes ramas, y habian cubierto el piso de flores. Viriato se arrojó en un lecho de menudo césped, y Tángel, con su costumbre natural, se dejó caer á su lado.

En la fantasía del árabe era todo ensueños de felicidad; durmióse pensando en sus fantásticas hourís y en sus dorados harenes. Viriato pensaba en las últimas palabras de su viejo salvador, y aquella severa filosofía le aterraba.

—Es todo mentira...! Mentira las palabras de Emelina! Mentira su primer beso...! ¡Oh!... ¡Tal vez sí!!!...

Largas horas habian trascurrido y Viriato veia desde su lecho rielar los primeros crepúsculos de la mañana. Creyó oir cerca de sí un acento dulce y melodioso. Era el bardo africano que cantaba en sueños: pero su voz era triste; Viriato escuchó.

«El amor deleita á las almas fuertes como deleita el perfume de la flor de los altos cerros de Benin.

»El aborrecimiento las exaspera como la picadura de la culebra cuarké que se enrosca entre los peñascos del Senegal.

»Pero la indiferencia ó la incertidumbre las matan como mata la flecha envenenada del indio de Ceilan.»

El moro calló... Viriato continuaba escuchando, porque el árabe queria cantar mas. Dos minutos despues, Tángel, dando mayor espresion á su voz, cantó así:

»En la Nubia hay una sierpe mansa como la paloma de los bosques de Nicamur, brillante como las minas de Golconda, gallarda como el penacho del sultan Selin el magnífico.

»Pero esta culebra se deja coger como un pajarillo sin alas... pero... ¡ay!... huye de la mano que la acaricia, y

el momento de su posesion es el momento de su pérdida ...¡Ah!... Si mi amada será como la sierpe de Nubia...?»

Viriato se arrojó del lecho y recogió una lágrima que rodaba por su megilla.

—Por el ángel Reduan! esclamó Tángel despertando; que soñaba cosas por cierto tristes y melancólicas!

—¿Qué soñabas? preguntó Viriato.

—No recuerdo mis ensueños, pero, por Alá poderoso, te juro que no me conciernen y que ignoro de donde han venido á mi magin. Sin embargo, yo pronostico algo nada bueno.

—Lo esperaremos, contestó Viriato ahogando su curiosidad.

—Lo esperaremos, repitió el moro.

Y la conversacion fué interrumpida por el grito de los centinelas.

Ligero como una gacela, Tángel, dejó la tienda y montó á caballo. Con la primera luz de la mañana se vió aproximarse al poderoso ejército romano mostrando sus relucientes armas y sus águilas triunfadoras.

El pretor romano habia sabido el levantamiento de la Lusitania y la súbita elevacion del bandido. Rióse el baron consular con desden y lanzó á sus tropas á la lid, no con ánimo de batirse, sino con la confianza de castigar á los insurgentes.

En este concepto, su marcha no tenia nada de reservada, y así es que tampoco hizo mucho caso de prevenir al enemigo.

Viriato no se precipitó. Encargó á Tángel que avanzára con la caballería ligera, escaramuceando hasta que los romanos llegasen á la llanura, y él montó á caballo y condujo á sus huestes á la lid.

Los dos ejércitos se ordenaron en batalla y se trabó el combate. Los romanos lidiaban confiados; los lusitanos

con desesperacion. En lo récio de la pelea, cien trompetas del ejército español tocaron retirada: los romanos alzaron el grito de orgullo y de irrision, y los lusitanos volvieron las espaldas desvandados; pero cuando los romanos corrian detrás de ellos riendo de su cobardía; cuando Viriato vió al ejército enemigo en medio de la llanura, volvió la cara, arrancó la lanza á uno de sus soldados, é improvisando una bandera con su manto:

—A ellos! gritó, no dejeis uno con vida!

Volvió el ejército lusitano la cara al enemigo que venia fatigado, y cebando en él toda su venganza, alcanzó la mas completa victoria que cuentan los anales. Viriato vió seis mil romanos sin vida, mas de diez mil heridos, los restantes prisioneros, y el riquísimo botin se repartió entre los vencedores.

El general romano huyó vergonzosamente herido por la espalda, y Viriato envió desde el campo á Roma un caballero romano á quien concedió la libertad y á quien encomendó la carta que, como hemos visto en otra parte, el cónsul Galva recibió en la mesa y entre sus convidados. Cúmplenos ahora anudar aquel hilo que allí quisimos romper. Diremos, para terminar aquél cuadro, que el senado asustado de aquella inesperada derrota, ofreció seis mil escudos por la cabeza de Viriato, y determinó enviar á España un ejército consular de cincuenta mil hombres al mando de Cayo Frigio Numo Postumio, prometido esposo de Emelina.

La jóven lusitana habíase desmayado, y su padre habia sorprendido su desmayo y adivinado la causa. Aboncio era un traidor de cuenta, pero un padre amantísimo de su hija. Habíala sorprendido en el subterráneo del templo de Diana con Viriato, y conocido habia que no era la compasion únicamente la que llevaba á Emelina al lado del lecho de su pastor.

Ya en Roma, Cayo Frigio, quiso que se le cumpliera la oferta que se le habia hecho en Itálica, pero á pesar de que las leyes romanas hacian de mejor condicion á los padres que bajo de aquella legislacion vivian, que á todos los del mundo, él no quiso, sin embargo, violentar á su hija.

La mañana siguiente al dia de su desmayo, Emelina estaba sola... Pulsaba dulcemente su cítara, y repetía aquella misma cancion que Viriato habia sorprendido entre la tempestad y que habia evocado en su agonía. Su padre entró. La vírgen dejó su cítara y se humilló. Aboncio la dijo con gravedad:

—Vírgen, dos años he esperado y no esperaré mas. El romano pide su promesa. He mandado preparar vuestro lecho; arden ya las teas nupciales en el altar sagrado: quiero, sin embargo, dejar á tu eleccion el dia.

—Cúmplase tu voluntad, contestó Emelina; pero supuesto que yo he de elegir el dia, espera un mes.

—Imposible, replicó Aboncio; Postumio ha sido nombrado cónsul y va á mandar el ejército de España.

—¡Va á ser el azote de nuestros amigos y parientes! esclamó la jóven.

—Va á cumplir con su deber, contestó el padre. Esos amores que dos años de ausencia no han podido destruir, los harán olvidar tus deberes de esposa.

—Mal has creido, replicó la jóven; yo no creo en los amores que se marchitan como la flor sin el rocío, como la planta sin la fuente. ¡Dos años! ¿Acaso dos años son mas que horas, minutos para quien ama como yo? Ríese, padreo mío, de los afectos que se entibian sin mas causa que el tiempo que pasa: el amor es como el roble á quien robustecen los años y las tempestades.

—Me desagrada esa doctrina, dijo Aboncio; te casarás con Postumio de aquí á quince dias.

—Bien; pero ten en cuenta, padre mio, que esos dias me pertenecen.

—Son tuyos, contestó el padre.

—En quince dias, dijo la jóven entreviendo la esperanza en su fantasía; en quince dias mucho puede hacerse...

Y viendo que su padre habia desaparecido, añadió:

—¡Quince dias de plazo! son quince dias de felicidad; mientras duran se espera; esperando se goza; y al fin, si no se consigue, se muere. ¡Quince dias envuelven el pasado de dos años, el recuerdo de dos horas, la esperanza del porvenir.

Y la jóven se cubrió con aquel velo engañador que el mundo la presentaba. Con el corazon henchido de alegría y de esperanza, volvió á tomar su cítara y entonó aquella misma cancion que tantos recuerdos encerraba.

CAPITULO VII.

EL PUÑAL DE VIRIATO.

Despues de la batalla en que las armas romanas habian quedado derrotadas, los lusitanos volvieron á ocupar en paz sus ciudades. Su ejército retirado tenia pocos enemigos que vencer, porque los romanos se contentaron únicamente con guardar los puntos de mas importancia. Aunque preparados para la guerra, gozaban entonces de las comodidades de la paz. Los romanos esperaban de un momento á otro un ejército y un cónsul para volver á comenzar la campaña y reparar entre tanto su honor ofendido.

Doce dias habian trascurrido desde el en que Albencio prometió quince á su hija... ¡Pobre muger! Entonces veia quince dias como si fueran quince siglos; veia todos sus proyectos realizables, y... ¡tenia tantos proyectos!

Pasaron, sin embargo, doce dias sin hacer mas que suspirar, y así como cada noche le recordaba el dia pasado, una espina venenosa se hincaba en su corazon.

Los primeros dias modulaba tiernas canciones con su cítara encantadora, ahora las cuerdas estaban flojas y la cítara colgada: entonces los blancos pájaros de los montes trastiberinos, tan apreciados en Roma, la divertian todavía con sus gorgeos; ahora... ¡oh! ahora ni su lira ni sus pájaros ni sus flores la complacian un instante.

Buscaba la soledad; huia de todos y se ocultaba como si el recuerdo de un crímen persiguiera su fantasía.

Una noche, Emelina, lloraba en el alfeizar de una ventana que caia á su jardin. La noche estaba tenebrosa. Caprichosos grupos de nubes remolinados por el viento y dibujando mónstruos y fantasmas, corrian por la esfera. Cubrian la luna y las estrellas, siguiéndose unos á otros y todos pasando magestuosos como una sombra fatídica sobre las altas agujas de los templos, sobre los pardos techos de las casas.

Emelina contemplaba aquella marcha rápida y magestuosa, y sin pensar en lo que aquello valia, esclamó:

—¡Ay! esas nubes vienen de Lusitania, pocos minutos habrá que han pasado sobre su cabeza. ¡Si las contemplaria como yo? Yo les pregunto ¿habeis visto á Viriato? ¡Ay! No les habrá dicho él ¿vais á ver á Emelina?

La jóven calló, porque acababa de evocar un recuerdo que desgarraba su corazon.

Esta noche era nebulosa y triste como la noche en que encontró á Viriato herido y moribundo en la llanura del bosque sagrado. Dos gruesas lágrimas satisfacieron el recuerdo de la vírgen. Permaneció en silencio largo rato hasta que creyó oir una voz dulce y melancólica que cantaba. Era la voz vigorosa de un hombre, pero era la voz educada de un trovador.

Escuchó.

No léjos de ella, y entre el ramage de los tilos se percibia esta balada:

«¡Qué noche! Estas noches de sombras errantes como las almas del imperio del ángel Reduan, las busca el árabe del desierto para ir en pos de la gacela á los bosques de Egripó.

»Pusimos el pié en tus jardines y te bendecimos como el creyente que adora tras de larga peregrinacion la tumba del profeta.

»Eres gentil como la palma de la Palestina; bella como las flores de Sennar; dulce como la miel de Macára.

»¡Oh! ven, ven, amada mia; tu aliento es como el sándalo del Nilo... ¡Oh! ven, ven!

»Un guerrero perdido y errante viene por tí. Él busca como el árabe su Oriente, porque su Oriente eres tú.—

»¡Triste noche! Otra semejante ví yo; ¡ay! y en aquella noche el llanto de una muger y el grito de agonía de un hombre...

»Sultana, acuérdate de la llanura del bosque sagrado, acuérdate...»

La voz calló, y Emelina, apoyando su frente en ambas manos parece que queria no dejar salir de su mente aquella idea dulce y consoladora que el cantor habia reproducido en su alma.

—Pero ¿quién será? Ese es, decia la vírgen; algun esclavo español... ¡Tal vez un mensagero de Viriato!...

¡Oh!... Esta idea prendió en su imaginacion como un fuego eléctrico, y sacó toda la cabeza fuera de la ventana. Pero en aquel momento una flecha silvó sobre su cabeza, y quedó clavada y temblando en el mismo dintel. Entre sus plumas ondulaba un lazo de cinta; la jóven arrancó aquella saeta misteriosa y encontró una tablita en la que decia:

« Estoy à diez pasos de tí. Baja. Si no te veo, hago que »un miserable me denuncie. Acuérdate de que estoy en »Roma y que mi cabeza vale seis mil escudos.»

Emelina no necesitaba tanto. El amor comprimido es como las botellas fermentadas; un ligero movimiento hace saltar el tapon.

Emelina dudó si bajaria, pero dudaba bajando; temió aquel paso aventurado, pero temió abriendo la puertecilla de su jardin. En lugar de Viriato se encontró otro hombre, y la vírgen creyó una traicion.

—Venid, venid, la dijo Tángel; no malogremos estos momentos. Viriato está allí.

La jóven se dejó conducir, y Viriato la recibió en sus brazos!...

Esa es la pintura mas cierta de la bienaventuranza.

—¿Es verdad, decia Viriato, que me amas? ¿Qué has padecido por mí? ¿Qué has sufrido por mí?

—Sí, sí, contestaba la jóven; por tí todo, y para tí todo; porque no hay felicidad sin tí. Pero ¡ay! tú no sabes que el destino nos separa para siempre! Tú ignoras que mañana espira mi plazo terrible; que mañana alzarán un altar, á cuyo altar arrastrarán á una muger y cuya mano pondrán sobre la mano de un hombre... Sí, sí, Viriato esa mano será la mia, porque esa muger seré yo!...

La vírgen derramó un torrente de lágrimas, pero Viriato alzóse magestuoso como un Dios, como si con su poder hubiese sido capaz de aniquilar el mundo, así preguntó:

—¿Y quién es ese hombre que existiendo yo hoy piensa tener esa dicha mañana?

—Cayo Frigio Numo.

—¡Maldicion!... esclamó Viriato con frenesí.

Los celos, los deseos de una venganza pronta, como el rayo se poseyeron de su corazon: ni veia ni oia: saltó

la pared del jardin despues de haber dicho solemnemente:

—Mañana quedarás libre, pasado mañana me dirás tu voluntad.

Viriato estaba un momento despues tendido sobre una blanda piel de oso esperando la aurora; Tángel recitaba á su lado sus ensueños de ventura. Acababa de recibir de su amigo una confidencia, un encargo que era menester cumplir.

Cuando ya el sol habia comenzado su carrera y las anchas calles de Roma retrataban en abultadas sombras las altas torres y los caprichosos miradores, Tángel penetraba por las anchas puertas de un palacio, y trepaba, con su volubilidad natural, una magnífica escalinata de mármol de Paros.

Una antecámara, llena de esclavos, se abria en el último descanso, y en esta antecámara se paró el africano.

—Decid á vuestro amo, dijo, que un español tiene que revelarle un secreto de alta importancia para él y que no admite demora.

El esclavo penetró una larga hilera de salas y luego volvió.

—Entra, dijo.

Tángel entró. Miróle el cónsul de piés á cabeza y Tángel le devolvió la misma mirada y mas desdeñosa todavía.

—¿Qué quieres? dijo Cayo Frigio.

—Poca cosa, contestó el moro. En el bosque de Juno te espera un hombre que tiene que revelarte secretos de importancia. Estará solo porque acabamos de llegar de la Bética sin mas compañía. Diráte lo que necesite y retornaremos á nuestro pais. Cónsul, de ese secreto depende tu vida, tu nombre, tu fortuna. Ven.

—Y tú ¿quién eres? preguntó Cayo; ¿quién eres tú para que así me fie de tu palabra?

—¿Dudas? preguntó el africano con el mas frio desden.

Si un dia te hallas en algun peligro para tu crédito y tu fama; si tu ejército se revela, si los españoles se unen á los romanos para maldecirte, aquel dia acuérdate de que has temido á un hombre que te esperaba para hacerte una confianza.

El moro se preparó á salir; pero Cayo, cuya conciencia no podia estar muy tranquila respecto á su gobierno de Itálica, arrojando sobre el desconocido una mirada de duda todavía, le dijo:

—Parte; antes de poco estaré en el bosque de Juno.

Viriato acababa de recibir á Tangel y esperaba. Paseaba entre la espesura de los robles mordiéndose las manos para contener á fuerza de dolor el dolor de su alma. Cayo no se hizo esperar, porque no era cobarde y no soñaba peligros. Viriato salió á su encuentro.

—¿Me conoces? preguntó al consul.

—No, contestó este; pero si buscas á Frigio, yo soy.

—Sé que mañana el traidor Aboncio va á darte su hija. Emelina ha de ser tuya ó mia. Es preciso morir uno de los dos. Defiéndete.

Viriato, tan conciso en sus razones como en sus obras, tenia la espada en la mano.

Frigio Numo se sorprendió.

—No esperaba seguramente semejante encuentro. Pero antes de todo, esclamó: ¿con quién voy á batirme? ¿Qué hay de comun entre los dos? ¿Quién eres?

—El bandido, esclamó el jóven, defiéndete.

—¡Viriato! prorrumpió el romano.

—Si, Viriato, contestó este; Viriato que no ha esperado que lo buscáras con un ejército consular; Viriato que viene á robarte la muger amada; Viriato que va á ser tu asesino si no te defiendes.

El cónsul sacó su espada y comenzó un combate á muerte. Frigio tenia una destreza superior en las armas, por-

que así se habia educado. Viriato, empero, poseia una fuerza y una agilidad poderosas. Chispeaban los aceros abrasados sin ventaja por ninguna parte; los dos combatientes habíanse ya poseido de aquella fiebre de sangre que pronostica la muerte.

El golpe de las armas se interrumpia con el contínuo resuello de los pechos agitados; los ojos habíanse alumbrado de una luz roja como la que circunda la pupila del tigre; sus bocas estaban ligeramente cubiertas de espuma.

El combate se prolongaba y Viriato temblaba ser descubierto. Desesperado, alzó su espada con ambas manos y descargó un golpe furioso sobre la cabeza de su enemigo, pero este lo paró con su espada, y solo consiguió el español romper la de su contrario.

Viriato entonces arrojó la suya y desenvainó su puñal. Frigio hizo lo mismo. Antes de empezar este nuevo combate, Frigio, tomó aliento. Viriato le dijo :

—Cónsul, descansa para morir; los osos tiemblan á mi puñal. Entrégame á Emelina y vive para tu patria. Cien matronas romanas se postrarán á tus piés... ¡Ay!... Yo no tengo ni una madre, ni una hermana, ni un amigo... déjame mi amor, cónsul, mi amor que es mi única esperanza.

Frigio se lanzó á Viriato como un leon, pero Viriato le detuvo con su mano de hierro, y sujetando su brazo y su puñal, esclamó lleno de celosa ira :

—¿Tanto amas á esa muger?

—No la amo, contestó el romano; pero suéltame, y te diré que solo será del que viva, porque te detesto, bandido.

Viriato habia perdido el juicio, Viriato estaba en un momento de crisis terrible... Viriato... no supo, no pudo detenerse!... El cónsul estaba á sus piés. Una puñalada habia cortado su vida sin hacerlo exhalar un gemido.....

Al dia siguiente, los esclavos y los curiosos amigos de Cayo Frigio, habian encontrado un cadáver. Era su amo, era su amigo. En un roble cercano habia clavado un puñal, en cuyo pomo se leia:

—«Viriato.»

Ese puñal se llevó al senado, y este lo mandó conducir al templo de Júpiter como si fuera el recuerdo de un triunfo, lo que era una enseña de la debilidad de aquella vieja república que comenzaba á desmoronarse y que esperaba á Julio César para hundirse.

Muchos años despues se veia en una alta columna del templo un puñal con un rótulo latino:

«*Viriati gladium.*»

El puñal de Viriato.

CAPITULO VIII.

—

DE ROMA A ITALICA.

Los gobiernos débiles suelen ser los mas duros y fuertes en sus decisiones.

En el momento que el senado se enteró del acontecimiento y supo por los esclavos del muerto la presencia en su casa de un hombre desconocido que, por las consecuencias, se adivina que lo hizo salir, entró en vehementes sospechas de que dentro de los muros de la ciudad se fraguaba terrible conspiracion.

Surge de aquí la necesidad de buscar los gefes y los conjurados, y forzosamente tienen que buscarse los antecedentes.

La policía de Roma, á pesar de que la república mantenia un ejército de espías, no era, como ya hemos visto,

la mas previsora ; pero puesta en accion, no tardaron los tribunos en saber, ó por algun viejo desvelado, ó por algun amante celoso, que dos desconocidos habian penetrado en la casa de Aboncio á deshora de la noche.

El nombre del lusitano, revestido ya con la nota de traidor, impuso al senado sérias inquietudes y fuertes sospechas. Cercóse la casa de Aboncio, y él, su hija y sus familiares fueron conducidos á los calabozos del senado.

Entre tanto, Viriato, surcaba una mar sosegada y tranquila, y su barco se mecia sobre una superficie dulce y mansa como su corazon sobre mansas y dulces ilusiones. La muerte de su rival era toda la alegria de su alma: meditaba en ella, y acariciaba con complacencia aquel recuerdo que lo aproximaba mas y mas al objeto de su predileccion.

—Está bien muerto, decia; ¡oh! era terrible con la espada en la mano porque tenia un brazo ejercitado y una destreza consumada; pero con el puñal... ¡ah! ¡ah! ¡ah! con el puñal..... nada! ¿Quién resiste al puñal de Viriato...?

Tángel dormia en un banco de la proa, y durmiendo se reia, porque el árabe tenia la imaginacion de todos los de su raza: sus sueños eran los sueños de un niño.

Viriato lo despertó porque el barco habia tocado al término de su viaje. Al dia siguiente, Viriato, estaba en Ebora, en cuyo punto habia reunido á los representantes de las ciudades.

Informóles de los acontecimientos que ignoraban y llamó á su ejército á las armas con el objeto de prevenir la llegada del enemigo.

Aunque en Itálica habia poca guarnicion romana, las tropas de Viriato no podian emprender entonces un sitio que hubiera dejado descubiertos puntos de muchísima

importancia. Contentóse con dejar un cuerpo de tropas destinado precisamente á bloquear aquella ciudad para prevenir el sitio futuro.

No tardó en llegar el cónsul Pomponio Narval con un ejército poderoso. Era Pomponio un patricio que habia hecho la guerra en la Macedonia; que perdia la vista mirándose una rama de laurel que casualmente habia caido sobre su frente; enemigo, por cierto, que podia inspirar poquísimo temor á un hombre como Viriato: pero el romano, pretor, traia consigo dos tenientes suyos, Cayo Savinio y Cayo Silvio, hombres entendidos, militares valientes y pundonorosos, y además un ejército aguerrido, fuerte y disciplinado.

Viriato se puso en comunicacion con las ciudades, rodeó de espías el camino por donde debía llegar el enemigo, y dió órden de que en un dia se reuniesen en alarde todas sus tropas.

Traia Viriato el dia de la revista tan noble y gallarda apostura, que podia desmentir con orgullo su pobre orígen. Una bruñida y ligera coraza de acero cubria su pecho y su espalda, y sobre ella campeaba una elegante sobrevesta de púrpura. Su cabeza estaba cubierta con un ligero almete de acero y plata y en su cresta ondulaba un magnífico penacho rojo. Vestia su robusta y airosa pierna una ligera y menuda malla, y jugaban en su espalda largas madejas de rubios cabellos. Cabalgaba en un poderoso caballo jerezano, cuyas crines tocaban al suelo y cuya melena cubria unos ojos vivos y sanguinosos, dándole un aspecto feroz. Pero sus arneses hacian mas horrible á este bruto valiente y batallador. Sobre una ligera silla traia estendida una pintada piel de pantera. El cuello de la fiera y el cráneo con su arrugada faz y sus dos blancas y fuertes hileras de dientes, coronaban el cuello y el testuz del caballo; los piés delanteros con sus enormes uñas estaban

anudados por el pecho, y sobre las poderosas ancas caia luciendo sus caprichosas pintas la enorme piel de la terrible alimaña.

Viriato manejaba al bruto con mas destreza que elegancia, pero no sin aquella gracia que dan la energía y el valor.

El jóven general revistó sus tropas que, calladas, lo miraban con confianza y entusiasmo.

Despues que se hubo enterado de su estado y encargado á sus oficiales la subordinacion y disciplina del soldado, iba á mandar retirarse, cuando un montañés, cubierto de polvo y sudando, se acercó al general, díjole dos palabras, y al momento, Viriato, volvió á colocarse en el centro de su ejército.

—Soldados, les dijo; mañana se presentará la ocasion de vencer, no la desperdicieis. Una batalla decisiva es la paz para muchos años. Juro á los dioses que si vosotros me ayudais, mañana el nuevo ejército romano habrá dejado de existir.

Un grito de entusiasmo salió de aquellas poderosas masas; grito que hizo conocer al general que el cielo le tenia reservados nuevos triunfos.

La noche tendia sobre el campamento lusitano su manto, pero mas lúgubre, mas negro que nunca. Los centinelas, recostados en sus picas, se divisaban apenas en lo alto de las peñas tan pequeños en la oscuridad que semejaban á los pájaros de mal agüero. Dormian sobre sus armas los gefes y soldados, y en medio del campamento oscilaba amarillenta y menguada una luz recatada y vergonzosa.

Era la tienda de Viriato.

Este en pié, armado, y teniendo una nudosa lanza en la mano, miraba fijamente al Oriente como si su mirada impaciente y fija hubiera hecho adelantar el albor de la mañana.

Tángel, intrépido, fiado, y sin tener mas Dios que el presente, fumaba en su pipa de ámbar, acariciando negligente el negro y suavè bello de su naciente barba. Una túnica blanca abierta por el pecho y caida de hombros dejaba ver su morena espalda cubierta con los negros rizos de su árabe cabellera; un pantalon ancho sujeto á la cintura y plegado debajo de la rodilla, hacia en el moro el talle de una vírgen; sus piés estaban metidos en sus sandalias de seda. Viriato miraba la elegancia de su protegido y admiraba su indiferencia y su perenne alegria.

—Tángel, le dijo; ¿no piensas en el combate de mañana?

—¡Yo! esclamó Tángel con indiferencia. Ahora solo pienso en esa magnífica espiral de humo aromatizado que levanta mi pipa y que me recuerda las horas de delicia del harem de mi padre. Mañana, cuando Kinska espeluce sus revueltas crines y levante con sus herradas patas una nube de polvo en mi redor; cuando vea chorrear la sangre del hierro de mi lanza; cuando hiera con mi puñal de damasco al traidor que aseste su lanza contra tu pecho, entonces, entonces me acordaré del combate; pero... en este momento, ni hay un enemigo á quien combata ni un amigo á quien defienda.

—Sabes ser feliz, Tángel, le dijo Viriato. Dichoso tú que no tienes en tu corazon una llaga sangrienta! Dichoso tú que no amas...

—Por el ángel Reduan, esclamó el moro levantándose y arrojando la pipa; por el ángel Reduan juro, repitió, que es la única maldicion que no ha lanzado el cielo sobre mí. Pero si yo amára, amaria como el tigre y como el leon. Acostado en el pecho de mi hourí, acariciaria con mi boca su boca, oprimiria su corazon contra el mio, pero quedaríame libre el brazo derecho para esgrimir mi puñal y para hacerme un lecho de cadáveres, una fuente de sangre... Amar á lo español...! Dejar á la amada por

la patria, por la gloria, por una aclamacion... ¡ah! eso no es amar!

Viriato se estremeció. Tángel habia herido su alma en lo mas vivo. Hubo momentos de silencio, en los que el moro volvió á encender su pipa y á entonar por un tono bajo imperceptible, pero sonoro y dulce, una letra de su pàis. Viriato se acercó á él y le dijo:

—Tángel, el hombre tiene deberes que cumplir, y cuyos deberes le vedan dar á sus pasiones todo el impulso que querria darles. ¿Crees tú que es mas difícil asaltar, los obstáculos, buscar las dificultades con el puñal ó con la espada, que devorar en silencio las penas de la ausencia ó la amargura del desdén? Yo amo, Tángel, y amo como pudieras tú amar, como pudiera amar otro hombre que amára mucho. Yo no duermo, yo no descanso, porque mi fantasía me pinta males que tal vez no existen, y, demasiadamente cruel, me arranca el último consuelo... la esperanza. Desconfío... ¡ay!... Tú no sabes lo que es amar desconfiando...! Desconfío, porque esa muger está rodeada de imposibles para mí... ella no puede ser mia, y yo, en medio de mi educacion poco cultivada, alcanzo allá una verdad... esa muger tarde ó temprano ha de cansarse de un amor estéril.

Viriato calló... Habia dicho en dos palabras el tormento de su corazon. Tángel conoció que su amigo sufria mucho, pero el moro desconocia esas doctrinas fantásticas; era positivo como lo son todos esos seres que viven en el estado cuasi natural, y no comprendia que se pudiera amar y vivir sin el objeto amado. Viriato habíase reclinanado en un banco, y Tángel, á los dos minutos, chupaba su pipa con indiferencia, porque ya habia olvidado los sufrimientos de su amigo.

—Vive el cielo, esclamó el moro golpeando con su sandalia el suelo; que no cabe en mi corazon ni un momen-

to de ociosidad en punto á amores. ¡Matar á un rival! ¡Bah! Los rivales se reproducen como el Fénix. La muerte de un rival deja un puesto para otro, porque una muger linda tiene siempre una retaguardia de adoradores. Si en vez de dejar allí al cónsul muerto, nos hubiésemos traido aquí á Emelina viva, esta noche la luna veria envidiosa vuestros amores, y yo, en vez de acariciar tus penas fumando mi pipa, estaria á la entrada de la tienda con mi lanza en la mano guardando la ventura de mi amigo. Eso es ir derecho, lo demas es sufrir sin fruto y padecer por solo padecer; no es de la creencia de los árabes.

El moro se dió una carcajada con toda la indolencia del positivismo. Tángel comenzó á cantar y luego se durmió pacíficamente.

Antes que las primeras luces de la mañana coloreasen las cimas de los montes, púsose en marcha el ejército lusitano. Habia un pueblo antiguamente entre la Lusitania y la Bética llamada Cunistorgi, de que hoy no existe mas que la memoria.

Antes de llegar á el tenia que enderezarse un desfiladero que terminaba en una llanura bastante dilatada que conducia al pueblo. Por allí habia de pasar el ejército, y allí formó su línea de batalla el general español. Amaneció, y el sol al salir encontró al ejército lusitano firme en sus puntos esperando el momento: era mas del mediodía y aun no se habia dejado ver el enemigo

Ya comenzaban á impacientarse, cuando una ligera nube de polvo anunció la llegada del enemigo. El general dió sus disposiciones y esperó: Tángel se colocó á su lado y, con su vista de lince, comenzó á columbrar al ejército romano.

Formidable masa de legiones abrian la marcha y, poderosos escuadrones cavalgando valientes caballos númidas, cerraban la marcha. Los lusitanos temblaron firmes

en sus puestos; los gefes dudaron, y el mismo Viriato cambió de color.

—Tángel, le dijo al moro; ¿qué será hoy?

Tángel no contestó, porque Tángel solo pensaba en el combate cuando combatia. Distraido, con las manos cruzadas sobre el cuello de su Kinska y, con una voz flexible y dulce, entonaba canciones amorosas; y con una entonacion vigorosa, repetia las últimas estancias de una cancion española.

« Si amo, lo haré con tal fé
Y con amor tan profundo,
Que será para mí el mundo
Como un inmenso arenal.
»Y mi hourí será mi cielo,
Mi paraiso mi hourí,
Ella será para mí
Lo bello, lo celestial.
»Su ausencia será mi muerte
Y su mirada mi edén,
Y su amor será mi bien
Y su desamor mi mal.»

Un grito de guerra cortó la inspiracion del árabe. Los ejércitos habian llegado á las manos; las flechas, los dardos y aun las lanzas arrojadizas, cubrian el sol. Viriato no se movió; Tángel no era general y no podia contener su ardor. Cambió repentinamente su fecunda vena y, entonando una balada guerrera, se lanzó como el rayo entre los mas encarnizados combatientes.

Los romanos iban á salir del desfiladero, cuando Viriato, que no se habia movido, vió un hombre en la punta de la mas alta peña; entonces arrancó un grito de alegria, hincó los calcaños al bruto, y se arrojó al combate.

—Ni uno con vida, lusitanos; mirad los cerros que dominan ese camino.

Efectivamente, los romanos estaban envueltos; desde los cerros les despedian piedras y flechas, pero podian retroceder, y así lo hicieron; Viriato conoció su falta, pero, Tángel, haciendo trepar á su yegua por lo mas alto del monte, recogió á los emboscados y cerró la salida. El ejército consular, metido en un cajon, se rindió.

Caia el dia, y Viriato quiso asegurar la victoria. Hizo presentar al cónsul, que no se desdeñó de tratar con el bandido.

Un cónsul, dos generales y mas de cien centuriones romanos sin espadas, estaban delante de aquel hombre, á quien parece que conducia de la mano el dios de las batallas.

—General, dijo el cónsul; somos tus prisioneros, pero supongo que me otorgarás una gracia. Una familia pacífica, y en ella varias mugeres, va de Roma á Itálica; permítela que pase.

—Que pase, contestó el general.

Montadas en blancas hacaneas y cubiertas con largos velos, salieron del destrozado campo romano varias matronas y desfilaron delante de los generales; varios hombres con togas de paz las acompañaban. Viriato llevó á su tienda á los prisioneros, y mandó preparar una magnífica cena. Reiteró á los vencidos la seguridad de su estimacion, y se retiró á meditar los capítulos de la capitulacion.

No tardó en presentarse Tángel.

—Viriato, le dijo; hé aquí mi parte de botin.

El moro traia un pequeño ramo de jazmines marchito. Rióse el general, y

—Bien, Tángel, le dijo, ¿qué es esto?

—Eso, contestó el moro; es que yo me he empeñado en ver la cara de esas romanas y, una de ellas, sin alzarse el velo, me ha dado eso para tí.

Viriato miró el ramo y encontró una cinta. Tángel, curioso y listo, leyó:

— « Ese ramo es de mis cabellos. De Roma á Itálica. »

—¡ Maldicion... ! esclamó Viriato arrojándose á la puerta de la tienda; mi caballo! Mis guardias!

—Ola! A caballo, á caballo... !

...¡ Era Emelina!...

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

BIBLIOTECA DE **EL SALDUBENSE.**

VIRIATO.

NOVELA ORIGINAL,

ESCRITA POR LUCAS,

EL YA DIFUNTO.

A...

EN MEMORIA DE MI BUENA AMISTAD.

SEGUNDA PARTE.

ZARAGOZA.

IMP. Y LIB. DE VICENTE ANDRES, CUCHILLERIA, 42.

1858.

CAPITULO PRIMERO.

¡JUNTOS A UNA TIENDA Ó JUNTOS A UNA TUMBA!

El mes de diciembre habia comenzado estendiendo sobre la tierra una blanca capa de nieve. Los árboles, despojados de su follage, dejaban que sus ramas se agitáran al son del vendabal bravío que se quebraba en los peñascos, sacudia los techos y estremecia las encinas. El sol estaba cubierto de nubes; no de esas nubes blancas y carmesíes de un dia de mayo que, dibujando fantásticas formas, se columpian sobre un cielo azul y sereno, sino de esas pardas nubes que, semejantes á una ropa funeral, se estienden sobre un horizonte triste y sombrío.

La bruma pesada y fria de los mares habia dejado una brillante cubierta de escarcha, y el Betis, sonoro, estaba festonado de cristalinos carámbanos. Todo era silencio,

porque la naturaleza fria, impasible, inerte, ni convidaba con sus galas, ni alegraba con sus flores, ni halagaba con sus perfumes.

Itálica se alzaba magestuosa con sus cien columnas; su magnífico circo y su colosal anfiteatro; en medio de aquel páramo sin tener por entonces á quien contar sus dias de triunfos y de gloria. Dominada por los romanos desde la espulsion de los cartagineses, Itálica adoptára sus costumbres, sus ritos y sus leyes. Los pueblos se enervan en la esclavitud como se enerva el cuerpo en la desgracia.

En un largo salon del palacio de un magnate, un reló de arena, vertiéndola de grano en grano, señalaba las once de la noche.

Una muger, envuelta en una larga túnica de lana y medio vestida de suaves pieles, se reclinaba en un sitial, blanda y sosegadamente. Dos cascadas de negros cabellos caian sobre una megilla cubierta de mortal palidez, y sus mórvidas manos revolvian una cinta bordada con misteriosos caractéres. Lánguida y estenuada, el insomnio, la vigilia y la soledad habian aniquilado para siempre una alma vigorosa y ardiente. Sus ojos negros despedian ese fulgor vago y misterioso de un largo penar. Su boca entreabierta dejaba ver una dentadura mas blanca que el mármol de Paros: su túnica abierta mostraba un pecho lacio y descolorido, pero blanco y virginal.

Largo rato contempló la hermosa el reló; por fin alzó los ojos y los fijó en una ventana de forma ogival.

—No podrá llegar hasta mí, dijo, esa pendiente no la puede trepar planta humana; sólo el buitre y el águila pueden llegar á mi mansion. «¡*Iré y te salvaré!*» No, no, Viriato, tú no sabes esa terrible subida para la que se necesitaban muchas escalas y muchos dias. ¡Ay! habrás llegado á la falda de esa aspereza y las piedras habrán rodado bajo tu pié...! ¡Ah!...! detente... no des un paso...!

rodarás con el suelo y morirás derrumbado.....!

La muger calló, pero sufria una convulsion espantosa.

Dejamos en otra parte, como recordarán nuestros lectores, á Aboncio y su hija en la cárcel de Roma como sospechosos de conspiracion. El senado tomó con empeño la inquisicion de aquel delito, pero al fin se convenció de que el peligro no existia, y que, ni el lusitano ni su hija, eran reos de semejante crímen; pero como la nota de traidor en Aboncio era tan conocida; como el atentado de la muerte del cónsul habia enardecido los ánimos de sus numerosos amigos y parciales, por una razon de buen gobierno, el senado fulminó contra Aboncio un senado-consulto de destierro. Los esbirros pusieron al lusitano en las puertas de la ciudad, y el pobre, desterrado, con su hija y sus familiares, hubo de acogerse al ejército de Narval que iba á hacerse á la vela para España.

Así llegó Emelina al campo de Viriato y fué esceptuada con su padre y sus esclavos de ser prisioneros de guerra. Mientras el combate, colocados los desterrados entre el bagage á retaguardia de los combatientes, Emelina pensó que tal vez podria ver á Viriato vencedor ó vencido; y trazando sobre una cinta algunas palabras, atóla á un ramo de jazmin y lo ocultó en su pecho.

Concluida la sangrienta jornada, parecióla imposible hacerse entender ni darse á conocer, porque su padre quiso pasar cubierto por delante del general y que así lo hiciese su hija; pero, Tángel, sin saberlo, y por sola su natural curiosidad, llenó los deseos de la infeliz desterrada.

Como ya hemos dicho en el final de la parte primera; el ramo fué entregado á Viriato quien, en los primeros momentos, quiso montar á caballo en seguimiento de los fugitivos, pero Tángel se empeñó tenazmente en acompañarlo; pero sus diligencias fueron inútiles; volvieron ren-

didos á la tienda, porque los que huian habian desaparecido por sendas desconocidas protegidos por la oscuridad. Viriato estaba furioso; maldecia su suerte y golpeaba frenético cuanto hallaba al paso.

Tángel se despojaba de sus arneses y vestia su blanca túnica con la mas fria impasibilidad. Recostado sobre una blanda piel tunecina, aplicaba unas yerbas, que mascaba sosegadamente, sobre una ancha herida que tenia en la pierna.

—¡Bah! esclamó despues de haber liado la herida; el Ulema Iskán-Aben-Idja era un gran médico que curaba con las mismas yerbas al guerrero y á su caballo. Dormiremos y mañana mi pierna estará curada. ¡Un lanzazo que le ha costado la vida á un romano mas grande que la torre del templo de la Fortuna!

El árabe, murmurando sus canciones favoritas, se disponia á dormir, pero Viriato se lo impidió.

—Tángel, amigo mio, ¿no me ves padecer?

—Sí, contestó el árabe; pero ignoro por qué. Los españoles vivís la mitad de vuestra vida gimoteando como las mugeres; y ¿qué quieres que haga yo con un hombre que se convierte el bien en mal? Ayer Emelina para tí estaba en Roma y hoy está en Itálica, de manera que tú lamentas el que te se haya aproximado. Ayer ignorabas si Emelina te amaba ó no, hoy sabes que te ama, porque la muger que envia un ramo y un billete, si no ama demasiado ama lo bastante para ser amada. Sin embargo, lamentas hoy una torpeza que mañana puedes corregir. Pon en custodia á tus prisioneros, tus tropas en cuarteles y, voto al cielo, que si tienes corazon, ahorcaremos á Aboncio de un roble y nos traeremos á su hija á la grupa de nuestros caballos. Por el ángel Azrail, continuó Tángel levantándose entusiasmado; que, si esa muger fuera mi amada, treparia los montes, asaltaria los muros y mori-

ria á sus piés ó la arrancaria del tirano..... Y entonces, desmayada en mis brazos, la pondria delante de mí en mi Kinska y, raudo como el viento que arrojan los mares de Mármara, rodeado de una nube de polvo mas espeso que las brumas mortíferas del Senegal, la velocidad de mi carrera, la oscuridad de mi marcha, me impedirian ver otro mundo que mi caballo y mi querida... ¡Ay! entonces veria despierto lo que ahora solo veo soñando!

El árabe calló porque... el árabe se habia dormido.

Viriato habia ajustado con Roma unas treguas largas, habia acuartelado sus tropas y el invierno habia comenzado á ejercer su rigor. Aboncio, en Itálica, mas odiado que en Roma, vivia sin amigos, sin parientes y en una completa soledad, pero culpando á su hija de todos sus infortunios, se convirtió de amante padre en inclemente tirano.

Reducida Emelina á una habitacion aislada en uno de los costados de un edificio que descansaba sobre los muros de la ciudad, no veia á nadie mas que á una anciana esclava, macedona, cuya lengua no comprendia.

Su cuarto no tenia mas que una puerta, cuya llave guardaba su padre, y una ventana que daba sobre un áspero é inaccesible derrumbadero.

Emelina habia padecido horrorosamente: sola, sin un consuelo, sin una esperanza, maldiciendo su pasado, llorando su presente y horrorizándose de su porvenir, gemia dia y noche y acababa, como las flores, agostándose sobre su tallo. Emelina no se acercaba á la ventana; la vista de aquel precipicio la asustaba. Desde el oscuro fondo de un barranco se elevaba un altísimo peñon incrustado de cortantes piedras y de punzantes arbustos. Su altura, considerada desde el fondo, era prodigiosa; jamás ningun atrevido mortal habíalo hollado con su pié.

Una noche, tres antes de la que nos ocupa, Emelina

entreabrió la ventana dejando los postigos ligeramente cerrados, así es que el aire los desunió de modo que presentaban una pequeña grieta. Sentóse á respirar aquel aire en frente de la ventana, cuando observó que, por encima de un montecillo que se alzaba al opuesto lado del barranco, vagaban algunas sombras. Pensó que serian pastores y volvió á quedarse en inaccion apoyando su brazo en el espaldar de una silla; pero una flecha salvó el precipicio, silvó en el espacio, coló por la grieta de una ventana y fué á clavarse en donde Emelina tenia colocada su mano. La silla retrocedió al golpe y la flecha, que estaba despuntada, cayó en la falda de la vírgen. En misteriosos carácteres una carta decia:

—«Iré y te salvaré.»

Desde aquella noche, Emelina, esperaba... esperaba. ¡Es tan delicioso esperar...!!!

Habia corrido la mitad de la noche que describíamos al principio de este capítulo y Emelina habia perdido la esperanza. Acostada en el sitial, la vírgen cerró los ojos, y una especie de letargo ocupó toda su alma. El silencio reinaba en su habitacion, pero en lo esterior se oia un ligero ruido que desaparecia de vez en cuando. Los centinelas romanos digeron que las zorras, malditas de Diana, cazaban en la oscuridad los cadáveres de las batallas. Pero un momento despues la vírgen abrió los ojos asustada. Un jóven estaba á sus piés y besaba sus manos con delirio; pero su pecho, la falda y el suelo se habian cubierto de sangre... el jóven estaba lleno de heridas.

—¡Dioses! esclamó la vírgen; amor mio, ¿vienes á morir á mis piés?

Y su cabeza cayó sobre el ensangrentado pecho del jóven.

—¡Oh! prorrumpió Viriato delirante; no temas, hermosa mia, no. Nada valen estas heridas, son ligeros ras-

guños que me he hecho al trepar por ese maldito peñasco. Ya no es nada, tu vista las ha cicatrizado. Emelina, ¿me amas?

—Si te amo? Mas que á mi vida. ¿Ves cuánto he padecido? Esclavizada, sin verte, sin saber de tí has ocupado constantemente mi corazon. Te amo, Viriato, te amo: tuya para siempre.

Viriato se levantó; su corazon no cabia en su pecho; lloraba de placer, reia al mismo tiempo y, como un frenético, iba y venia por la habitacion repitiendo:

—¡Mia, mia para siempre!

Despues de un instante de silencio:

—Escucha, Emelina, dijo, yo te amo como no podrá amar ningun hombre. Yo no he vivido ni puedo vivir lejos de tí: mientras no te he visto he pensado morir. ¡Oh! he tenido celos...

—¡Celos! esclamó Emelina.

—Celos, sí, contestó el jóven; ¿sabes lo que son los celos? ¿Sabes, Emelina, que son el tormento del corazon, la angustia del alma? ¿Sabes que son el primero de los males y la primera de las penas del infierno? ¡Ay! No nos separemos jamás, no. Vente conmigo; tu padre te tiraniza... Emelina, ¿quieres venir?

—Sí, dijo la jóven, sí; mi vida se acabó y quiero morir en tus brazos: pero es imposible; tú mismo has trepado por ese peñon y no podrás descender... mira.

La jóven abrió una ventana, y un rayo de la luna hizo ver á Viriato que era la subida peligrosa pero el descenso imposible. Meditó un rato, miró á Emelina, y le dijo:

—Los dioses me han guardado este momento mas amargo que todos los de mi vida pasada. Tal vez allá, abajo, en el fondo de ese precipicio está mi sepulcro ignorado y escondido... Emelina, ¿querrias huir conmigo y ser eternamente mia?

—Sí, sí, contestó la jóven.

—Pues bien, continuó Viriato, esperemos. Cuando no haya otro medio, por allí...! gritó señalando la ventana.

—Por allí, dijo la jóven volviendo á sentarse.

En este momento solemne, en el que esos dos hermosos seres hacíanse el uno al otro el sacrificio de la vida; en ese momento de celestial é inefable delicia, en el que se juraban un amor que debia romper solo la muerte, el sonido de un clarin, el ruido de las armas, el rumor de voces cercanas hizo comprender á Viriato que habia sido sorprendido. Empuñó su puñal y se aproximó á la puerta, el hacha hizo caer las puertas anteriores... Viriato y Emelina estaban perdidos!

En esos terribles arranques que inspira la desesperacion, Viriato asió la alfombra que cubria el pavimento, rodeóla fuertemente al cuerpo de Emelina, que se dejaba hacer asustada y sin valor; en su capa envolvió la cabeza de la muger querida y, cargándola sobre sus hombros, cavalgó en el alfeizar de la ventana, esclamando:

—*¡Juntos á una tienda ó juntos á una tumba!*

Un momento despues, el fondo del barranco, repetia el eco triste de un golpe funesto; y en este mismo instante, Aboncio, pudo oir todavía:

—*¡Juntos á una tienda ó juntos á una tumba!*

CAPITULO II.

—

INVESTIGACIONES.

Era el mes de julio y los romanos tenian preparado un fuerte ejército al mando de Cayo Metelio que deseaba vindicar el honor de la República. Habíanse terminado las treguas ajustadas y los lusitanos volvian á tomar las armas ; pero Viriato no habia respondido á su grito de guerra : preguntábanse unos á otros y todos ignoraban el destino de su general. Tángel habia conocido los misterios de aquella noche fatal y , solo y envuelto en su misma tristeza , vagaba por los montes , y sus baladas eran canciones de muerte y agonía ; pues habia oido el golpe , habia visto las hachas que miraban el fondo del barranco , y se habia retirado temiendo por su vida.

Nada mas sabia Tángel y ni aun esto sabian los demas.

La envidia grosera, enseñando sus hipócritas armas, aprovechó la ausencia de Viriato. Viriato, á quien jamás habian dejado de guardar respeto presente ó ausente, víctima de sus escondidos enemigos. Roidos estos por una envídia desmedida, no podian ver con calma que aquel hombre, nacido en un oscuro rincon, hubiese llegado al supremo poder.

Necesariamente la guerra tenia que comenzar, y necesariamente los pueblos y el ejército habian de nombrar un general. Los que ambicionaban este puesto supremo desacreditaban á Viriato para que su ineptitud no fuera tan vista comparándola con la aptitud del ausente; y despues el objeto era disculparlo para que, en caso de volver, la mala fama fuese un obstáculo que se opusiera á sus deseos de mando, si un dia los manifestaba. Los mismos pretendientes inventaron una historia en la que, si bien habia un fondo de verdad, no por eso se dejaba ver menos la malicia.

Viriato habia sido buen general y buen soldado, mientras el serlo favorecia sus amores; pero en el momento en que habia conocido que ese mismo cargo era un obstáculo, todo lo habia abandonado posponiéndolo á su ruin pasion. Este razonar tenia, por otra parte, visos de verdad, aunque, en el fondo, sea una mentira. Tángel huia estas conversaciones que no podia desmentir, y se desesperaba de la posicion de su amigo y de la suya propia.

Entimio, sobrino del viejo Tantamon, tenia mas prestigio que todos los otros pretendientes en el ejército: las ciudades habíanle ofrecido su voto, y el voto de las ciudades era precisamente el que habia de dar el mando supremo. Era, Entimio, un jóven de veinte y cuatro años, intrépido y valiente, pero grosero y sin talento: podia ser un buen soldado, pero jamás un habil capitan. Endurecido en la vida salvage, no comprendia que el hom-

bre pudiera serlo de otro modo que asemejándose á los animales; así es que sus arranques de fuerza é intrepidez le hacian valer mas, en su concepto, que todos sus compañeros. Los lusitanos, como gente grosera y sin cultura, no dejaban de participar de esta opinion; porque es bien seguro que, cuanto menos civilizado es un pueblo, tanto mas en aprecio tiene esos dones naturales de fuerza, agilidad y valentía. Entimio, pues, fué nombrado para mandar las fuerzas; y si bien las ciudades no hicieron mas que autorizarlo á este fin, él se apropió el título de general.

Ya no podia quedar duda de la proximidad del enemigo, porque sus legiones habian tomado tierra y, como una inundacion funesta, iban arrasando el terreno que pisaban. Cayo Metelio, hábil general y orgulloso con cien triunfos, habia formado su plan de campaña, que se reducia á huir de los montes y de las selvas y presentar batalla al enemigo en donde pudiera evitar toda sorpresa y jugar con todas sus armas.

Entimio era valiente y creia que el valor del soldado y el del general consistia precisamente en acometer, herir y matar: así es que, reuniendo todas sus fuerzas, no titubeó en buscar al enemigo, y habiéndolo hallado cerca de Lisisipo (hoy Lisboa), presentó la batalla. No dejó el romano de sorprenderse de la serenidad y valor con que el enemigo se ordenaba. Envió un cuerpo de vélites ó tropas ligeras para que, con una escaramuza, tentasen al enemigo; pero Tángel, que conoció la intencion del romano, flanqueó con su caballería á esa vanguardia romana que tuvo que retirarse acuchillada.

Entonces Metelio dió la señal que fué contestada por las tropas españolas. Los romanos entraron á la lid como veteranos, no gastando todas sus fuerzas. Los lusitanos al contrario, acometieron de tal modo que pasaron la línea

de batalla del enemigo; pero Metelio, que vió desde una colina que los españoles habian malgastado todo su ardor en esta primera acometida, envió á sus tenientes por ambos lados, y acometiendo entonces á la vez, obligaron al español, primero á retirarse y despues á herir cobardemente.

Tángel, haciendo prodigios de valor, pudo contener el ímpetu del romano que seguia la retirada, pero viéndose rodeado de enemigos, hubo de emprender la marcha, bien á despecho suyo. Los lusitanos creíanse salvos con la fuga pero, el hábil romano, habíales cortado todos los pasos; así es que, viéndose envueltos y sacrificados, comenzaban á arrojar las armas y rendirse á discrecion, cuando, de lo alto de un monte, se vió descender á un hombre flaco y andrajoso. Este hombre, vibrando una lanza, se arrojó en medio de los lusitanos y, arrancando á Entimio de la silla de su caballo, cabalgó en él y gritó con voz de trueno:

—¡A mí, valientes, á mí!

Los dispersos vuelven la cara y reconocen á su verdadero general.

—¡Viva Viriato! esclaman.

Y á porfía le rodean; pero Viriato llama á Tángel y á sus principales capitanes, háblales un momento y se lanza al enemigo. Este, viéndose detenido, acomete con mas pujanza, pero los lusitanos vuelven otra vez la espalda y huyen despavoridos. Los romanos, envalentonados con este nuevo triunfo, marchan rápidamente; pero, de repente, suena una trompeta, los españoles se dividen, ganan las alturas, y el enemigo, que no habia observado que en la segunda huida el español cambiaba de direccion, se encuentra en un estrecho desfiladero y un barranco que le cerraba el paso. De repente, Tángel, con su caballería arrastrada por las bridas, salva los cerros, des-

ciende al llano y comienza á picar la retaguardia del enemigo. Desde las alturas llovian flechas, chuzos y peñascos: el enemigo se desvanda y, no hallando medio de salvacion, se entrega sin pelear.

Metelio, aquel general cuyo nombre habia sido tan respetado en Asia, se vé ahora engañado y vencido, y prepefiriendo la muerte á la esclavitud y no pudiendo fiarse en sus propios piés por su edad, hizo brincar á su caballo de tal modo, que salvó el barranco dejando á todos admirados de tan prodigioso salto.

Un siglo despues señalaban aquel sitio los padres á los hijos y le llamaban el Salto del Cónsul.

Concluida la batalla, los gefes y capitanes rodearon con respeto y entusiasmo á Viriato: el mismo Entimio, olvidando su afrenta, le dió un sincero parabien. No es muy comun en los envidiosos confesarse inferiores á los envidiados.

La noche que siguió á este dia memorable era una de esas noches alegres y festivas en las que se vé un horizonte límpido y azul, sobre el que campea una luna pálida como una novia, y coqueta como una muchacha de 20 años. Las tropas españolas bailaban y reian al rededor de brillantes hogueras en buena union y compañía de sus mismos prisioneros. Las carnes chillaban sobre las ascuas y el vino se escanciaba profusamente en sendos jarros de pardo barro.

Todo era soláz y alegria.

El español es el peor de los enemigos en el combate y el mejor de los amigos en la mesa.

Lejos del punto que ocupaban las tropas habia un bosquecillo, de abetos y arrayanes. Dos hombres, retirados del bullicio, platicaban sosegadamente. Estos dos hombres eran Viriato y Tángel.

—Basta ya, esclamó Tángel; basta ya de batallas y de

prisioneros. Cuéntame cómo te hallaste tan á tiempo para salvarnos : voto al ángel Reduan que, sin tu llegada, ese miserable Entimio nos hace degollar como corderos.

—Venia de mi prision, contestó secamente Viriato.

—De tu prision! preguntó Tángel sorprendido.

—De mi prision, dijo Viriato. Escucha: tú me viste trepar por aquel cerro temiendo cada instante caer y hacerme pedazos. Llegué, cubierto de sangre y hechos girones mis vestidos, al lado de Emelina. No bien hube estrechado contra mi corazon á esa muger idolatrada, las primeras puertas que conducían á su habitacion se oian caer hechas astillas; el paso de los hombres, el ruido de las armas, el resplandor de las antorchas se aproximaba: no quedaba un momento que perder. Envolví á Emelina en la alfombra del pavimento y en mi capa, y me arrojé al despeñadero con esa dulcísima carga. Pude bajar un corto trecho, pero las piedras huyeron debajo de mis piés y pronto rodamos á lo mas profundo del barranco. El golpe que recibí privóme del sentido: cuando volví en mí me hallé en una prision: examiné á mis guardas; rompí una tabla de mi lecho, hícele punta frotándola contra el suelo y habilité un puñal; cuando fueron á darme el alimento y á gozarse en contemplar al hombre que destinaban al patíbulo, me arrojé sobre el primer soldado. dejé mi improvisado puñal hincado en su pecho, le arranqué su lanza, híceme paso, huí sin saber donde, pero por fin me encontré en el campo y en libertad. ¡Me parecia tan duro morir sin ver á Emelina! A las dos horas ví un ejército; era el de los romanos; le seguí, y pronto ví vuestra derrota, y pronto pude ocupar el puesto que, no los hombres, no, los dioses desde el cielo, me tienen reservado en la tierra!—Hubo momentos de silencio. Por fin, Tángel volvió á entablar el diálogo interrumpido.

—Y Emelina? preguntó; ¿qué fué de ella?

—Lo ignoro, contestó Viriato. Es preciso buscarla; pero antes necesito arreglar ese ejército...

—Por Alá, esclamó Tángel arrojando una bocanada de humo y colgando su pipa. Por Alá que no comprendo ese amor. Te dejas á tu amada en el fondo de un barranco liada como un fardo; ignoras donde has estado ni en qué poder ha caido, y te metes en arreglar ejércitos... ¡ah! amor español...! amor como el vino de Chio que chispea y no calienta...! ¡Kinska! ola... mi Kinska... aquí!

El animal llegó saltando hasta los piés del árabe. Este besó al noble bruto en la frente, saltó sobre él y dijo á Viriato:

—Una espada, un caballo, una querida y un amigo son las únicas delicias de la creacion. Voy á buscar á tu amada y te la traeré en la grupa de mi Kinska... Sí... sí, añadió con aquel entusiasmo salvage que tanto le distinguia; la traeré... Mi Kinska correrá como el houró del desierto y, rauda como el fuego del cielo, traerá á mi amigo la vida y la felicidad...! Sí... sí...!

Y entonando una cancion guerrera, puso su yegua al galope y desapareció.

Viriato contempló largo rato al árabe y no apartó los ojos de su amigo hasta que se perdió entre los árboles, y allí se confundió con el sonar del viento el ruido de las herraduras de la yegua de Tángel.

—Efectivamente, se decia Viriato; efectivamente, un amigo es un don de los dioses. Con ese amigo y sin este amor que corroe y consume mi existencia, yo seria feliz. Mis hazañas me han dado lugar entre los primeros generales del mundo. Yo he sabido arrancar de su cabeza á los cónsules romanos los laureles que ganaron en el Asia y en la Macedonia: yo he adornado con ellos mi frente. Necesario á mi patria, yo me haria su rey, su dictador,

su padre. Los pueblos me abririan sus puertas, los hombres besarian mis piés; la gloria me formaria un trono de plata y el suelo se cubriria de flores y de perlas..... Mas...! todavía mas...! Hollaria la púrpura de los cónsules, asaltaria los muros de Roma, el Capitolio se desplomaria á mi vista... Pero .. ¡ay! yo no pienso en mí. Yo no veo mas que á esa muger que avasalla mi razon: ella ocupa constantemente mi alma y mi pensamiento, y en vez de pensar en la gloria y en la fortuna; en vez de sacar mi nombre de este estrecho círculo en donde lo cercenan miserables envidiosos; en vez de ser el azote de los enemigos y el conquistador de nuestras libertades... ¡ay! tengo celos... celos... si, celos de hombres que valen menos que yo, y consumo mi tiempo en pensar en una muger...! ¡Maldicion...! ¡Cobardía...! ¡Miseria...!

Viriato cayó á los piés de su caballo confundido de dolor y de vergüenza.

La noche, señora del mundo, habia traido al campamento el sueño y el silencio. Vencedores y vencidos dormian acostados sobre sus capas. Las hogueras daban sus últimas llamaradas, y solo algunos perros, atraidos por el olor de los resíduos de la cena, olfateaban aquí y allá disputándose algun hueso y, cruzando por el rogizo resplandor del fuego, parecian otras tantas sombras ensangrentadas.

Los centinelas cabeceaban ridículamente sobre sus largas lanzas apoyados, y algunos ginetes, al lento paso de sus caballos fatigados, vigilaban el campo. La luna comenzó á oscurecerse: inmensos grupos de nubes, semejantes á una gran masa de negros montes, la eclipsaban de vez en cuando, y las nieblas de las montañas ascendian magestuosamente. Las estrellas iban perdiendo su luz, y pronto el horizonte se cubrió completamente con ese manto negro que predice la tempestad.

Viriato dormia : el cansancio y la fatiga le habian traido ese sueño molesto que es las treguas entre el dolor y la naturaleza. De repente, meciéndose en la esfera, como en nuestros dias, un globo aereostático, descendia pausadamente una nube teñida de un resplandor lívido que asemejaba al color de un tulipan seco y marchito. La nube tocó al suelo y un viejo, de divina faz y con firme planta, llegó hasta el dormido.

—Alza, Viriato, le dijo; traicion en tu mismo campamento!

Viriato se levantó y, en aquel momento mismo, cien trompetas hirieron sus oidos, el ruido de veinte mil espadas, el grito de cuarenta mil combatientes atronaba el espacio.

—¡Maldicion! esclamó el jóven montando velozmente á caballo; ¿quién sois vos? preguntó al anciano; ¿quién sois vos que venís á salvarme?

—¿No me conoces? esclamó el viejò.

—¡Padre mio! prorrumpió el jóven queriendo arrojarse del caballo.

—Hijo mio, le dijo el viejo reteniéndole en la silla con robusta mano; ¿oyes? Allí te llaman...!

Efectivamente, un agudo clamoreo sonó entonces; el combate estaba oculto en las sombras. Viriato se lanzó allí como el rayo, y la nube volvió á surcar la esfera magestuosamente.

Los asesinos de Viriato se dirigian á donde dormia. Encontraron un sitio vacío: sin el aviso del anciano Viriato hubiera perecido...!

Cien gritos de guerra, mil gritos de muerte se oian! Los hombres y los caballos luchaban sin órden y sin concierto.

Un hombre vigoroso y ágil mandaba á los prisioneros sublevados.

Este hombre era la Envidia... porque ese hombre era Entimio.

Distinguió á Viriato y Viriato se vió envuelto, rodeado, perdido.

La noche era cada momento mas oscura!

¡Infeliz Viriato...!

CAPITULO II.

—

EL BARDO.

En las grandes ciudades que florecian en los tiempos de esta verdadera historia, sucedia ni mas ni menos lo mismo que en las cortes y capitales de nuestros dias. El opulento se reia de la miseria del pobre, y el pobre codiciaba las riquezas del opulento. El grito desgarrador del hambre, de la enfermedad y de la muerte se confundia y se ahogaba entre el ruido de los festines y el bullicio de los saraos.

Doloroso es para el historiador tener que confesar que entre aquellos tiempos y estos no hay diferencia mas que en las costumbres; en cuanto á los vicios están lo mismo que los heredamos. Los viejos necios cuentan á sus nietos sus virtudes, pero los nietos suelen saber, ignoramos

como, las picardías de sus abuelos que procuran imitar perfectamente.

Itálica, como ya hemos dicho otras veces, era otra Roma: ciudad romana enclavada en España, en lo mejor y lo mas hermoso de ella, los enemigos la habian embellecido y fortificado de un modo portentoso. Sus leyes y sus derechos eran romanos; romanos sus circos y anfiteatros y romanas sus costumbres. El pueblo deseaba espectáculos, los magistrados oro y poder, y los magistrados y el pueblo estaban contentos mientras se engañaban recíprocamente.

Aquella república, si no tenia las virtudes de tal, tenia todos los vicios de un gobierno despótico. La afrentosa derrota de Metelio y su poderoso ejército, fué para Itálica un desvanecimiento fugaz y pasagero; los unos se encogian de hombros y los otros se contentaban con hacer un mal gesto. La noticia se recibió en el teatro.

—¡Qué dolor! esclamó el Edil.

—¡Venganza! respondió el pueblo.

Pero repentinamente comenzó á aplaudir, á reirse y á lanzar estrepitosos vítores. La bailarina griega que los entretenia, acababa de ahogar el dolor de la derrota de Metelio con una pirueta... Cuando salieron del espectácuculo, se ocupaban todos mas de la bailarina que de la guerra.

Tres dias habian pasado desde el de la derrota del ejército romano, cuando en las calles y plazas mas públicas de la ciudad, llamaba la atencion un bardo que, al compás de un instrumento músico, entonaba cantares orientales. No era el cantor un hombre comun; habia en su figura cierta elegancia, ciertas maneras que agradaban; no recibia ni limosnas ni donativos, y sus cántigas amorosas tenian un aire de tristeza que encantaba. Habituado el pueblo á esos charlatanes, adivinos y cantores que

venian diariamente de Roma, no habia al principio fijado su atencion en el estrangero, pero despues su canto parecióle escelente y su música superior á cuantas hasta entonces habia oido á esta clase de ambulantes cantores.

Era el bardo un jóven de corta edad, de color moreno, de negros y brillantes ojos y larga y rizada cabellera. Erguia su noble cabeza con cierto aire de imperio como si hubiera estado acostumbrado á mandar. Un ligero bozo, suave como la seda y negro como el ébano, cubria apenas la barba del mancebo.

Desdeñoso con todos, ni aun se dignaba mirar á aquel pueblo que le contemplaba curioso y que aplaudia con entusiasmo sus baladas. En medio de su filarmónica ecsaltacion, una arruga funesta surcaba la frente del bardo, como señal indeleble de amarga y profunda meditacion. Recorria velozmente las calles, examinaba con afán las casas como queriendo penetrar con su vista de lince el interior de ellas. Su vida era un contínuo paseo, y solo se paraba el momento que le bastaba para hacer su exámen de costumbre.

Uno de los dias, al recorrer con su vista una casa de elegante aspecto, en una baja ventana, observó á una muger que oia su voz con cierta emocion. Fijó en ella sus ojos el jóven y contuvo un grito de sorpresa y de alegría. De repente entonó un cántico guerrero con toda la fuerza de sus pulmones, se dirige por debajo de aquella ventana y, mirando á la muger con la mas decidida intencion, esclama:

— ¡Viriato!

En el rostro de la hermosa se pintó, á esta sola palabra, la impaciencia y la ansiedad. El cantor habia desaparecido.

Era la noche y el hombre de las baladas se acogia debajo del pórtico del templo de Marte. Embozado en una

fuerte capa, acomodaba sus miembros preparándose á dormir y, despues de haberse cubierto la cabeza con los pliegues de su capa, dijo:

—Ella hará lo que falta.

Y se durmió perfectamente. Cuando esto sucedia, un hombre alto, de faz morena, de negra y espesa barba rizada, y en cuyo continente habia cierto aire de perfidia, observaba al cantor con avidéz. Pegado á un esquinazo de la calle que desembocaba á la plaza en la que estaba el templo, miraba con inquietud los movimientos del cantor, hasta que se apercibió de que este se habia dormido. Entonces dió un ligero silvido y se le aproximó una muger envuelta en un manto de riquísima seda: por debajo de este manto se veian unos menudos piés metidos en sandalias sujetas con cintas bordadas de perlas. Imposible era juzgar de la belleza ni de la edad de esta muger, porque su capucha envolvía toda su cabeza.

Aproximáronse silenciosamente al dormido, y el hombre levantó suavemente la punta de la capa que cubria su rostro. Entonces dijo:

— Me parece que sí.

La muger miró atentamente aquel rostro iluminado por los rayos de la luna y lanzó un gemido; y con mano temblorosa aplicó á los labios del dormido un pomo de oro. Pero en el momento mismo en que el licor contenido en el pomo habia de caer en la boca del cantor, una mano robusta asió la de la muger y lanzó el pomo al aire con la velocidad del relámpago. La muger, rechazada por un brazo vigoroso, cayó en tierra: los dos hombres desenvainaron las espadas y comenzó un terribe combate. Al ruido de los aceros despertó el cantor asombrado y, con la mayor sangre fria, esperó el resultado de la lucha. No se hizo de esperar: su protector habia traspapasado el pecho de su adversario que cayó rodando á los

piés de la muger. Entonces el vencedor asió de la mano al músico y le dijo :

—Vén.

Ambos caminaron en silencio hasta una de las mas escondidas calles de la ciudad, y el misterioso conductor se acercó á una casita, abrió una puerta y desaparecieron.

La hermosa jóven en quien tal conmocion habia causado el nombre de Viriato, pronunciado al pasar por el ambulante cantor, no habia dormido en toda la noche. Su lecho era de espinas ; agitábase en él atormentada de funestas pesadillas, y contaba por minutos las largas horas de aquella funestísima noche.

Cuando la aurora se anunció iluminando con blanquecina luz las colgaduras azules de su lecho virginal, la jóven recogió sus cabellos, se envolvió en una ancha bata y abrió su ventana.

La calle estaba desierta.

Pasó las horas de la mañana como habia pasado las de la noche : el sol iluminaba las calles mas solitarias y estrechas; la gente caminaba de un punto á otro y el cantor no habia parecido todavía. La jóven envió á sus esclavos á buscarlo pero estos no dieron con él : sin duda habia dejado la ciudad. El dia entero pasó sin noticia alguna, y la noche dejó á la jóven en la mas terrible tristeza.

Entre tanto el músico habia seguido en silencio á su misterioso protector y entrado con él en una casa en la que nadie se veia. Allí habia una mesa con algunas viandas : el desconocido le dijo al músico :

—Come.

Este reusó comer pero bebió un vaso de vino. Su huesped le mostró una blanda cama y le dijo :

—Duerme.

El músico se acostó con placer sobre el mullido lecho

y se durmió. En la alta noche el jóven dormia plácidamente; ni lo presente ni lo futuro tenian en él ninguna importancia. Era de esos hombres que no tienen ni pasado ni porvenir; su presente era su Dios. Cuando venia la noche dormia sin reminiscencia del ayer y sin proyectos para el mañana. Si recordó un momento el suceso del pórtico del templo, lo olvidaba en gracia de que aquello le habia valido una regalada cama que valia diez veces mas que las duras piedras del vestíbulo de Marte. Soñaba y, sin duda, soñaba con placer, porque sus labios se contraian con una ligera sonrisa, y alguna vez su mano separaba de su abrasada frente una cascada de negros cabellos. En este momento un ligero ruido y una impresion de delicia despertaron al jóven.

Unos labios dulces y puros acababan de imprimir en los suyos un ardiente beso.

Volvió los ojos y vió junto á él una muger que con placer lo contemplaba. El trage de la dama era el de una asiática, pero costoso, rico y elegante: en su moreno rostro reian magníficas arracadas de diamantes: su coselete estaba cuajado de perlas y de rubíes y la corta falda de su vestido estaba sembrada de topacios. Tenia esta muger la belleza de los quince años con un aspecto grave y sereno. El jóven la miró un instante y se arrojó del lecho.

—Por el nombre de mi padre! esclamó; que las bellas os habeis empeñado en perseguirme esta noche. Una muger desmayada á mis piés en el pórtico y otra aquí guardándome el sueño. Tú, quien quiera que seas, ¿sabrás esplicarme estos misterios?

—Los ignoro, contestó la muger.

—Los ignoras...? Pues yo habia creido que me habia dispertado un beso de tus labios.

—Lo habrás soñado, dijo la dama ruborizandose.

—Podrá ser, contestó el músico; son tantas las veces que he soñado en dulces besos....! Pero esta vez no creo que he soñado y mucho mas viéndote al lado mio. A no ser, continuó, que tambien esto sea un sueño.

Y con toda su alma tomó una de las manos de la jóven que la retiró al momento.

Entonces la muger, levantándose con solemnidad, asió las manos del mancebo y, obligándole á sentar, le dijo así:

Escucha, jóven: Si hay una persona que vela por tus dias; si desvia de tu camino los enemigos que te buscan; si en el momento de envenenarte dormido aparta el tósigo fatal de tus labios; si te salva y sin lesion te trae á su lado y te guarda tu sueño, dime, ¿esa persona te ama?

—Sin duda, contestó el jóven.

—Bien! continuó la muger; y si esa persona te pregunta quién eres, cómo piensas y qué haces, ¿se lo dirás?

—Sí; dijo el músico; pero si esa persona guarda mis dias con ese cariño, forzoso será que sepa quién soy mejor que yo. Sin embargo, qué podria contestar el que nada sabe? Yo he nacido en Africa; los hombres que me rodeaban me honraban como príncipe; aquellos hombres me abandonaron, y una muger, que cuidaba de mí y que me llevaba á los brazos de otra hermosa señora que me colmaba de besos y de caricias, pronto dejó de estar á mi lado. Yo era tan niño entonces, que no recuerdo mas que imperfectamente esto mismo. Despues cuidaba de mí un viejo negro que me daba arroz y leché de camello. Un dia oí mucho ruido y este ruido duró todo el dia. Por la noche nada se oia ni se veia á nadie. Atrevíme á salir de mi casa, y en la oscuridad sentí los piés mojados: salí á los campos, y mis piernas estaban cubiertas de sangre.

Yo habia tropezado con muchos hombres dormidos en mi camino. Así lo creí, pero al ver la sangre conocí que eran cadáveres. Una caravana me recogió, híceme grande y me afilié en los ejércitos de España, porque siempre creí que los que tantos males me habian causado eran los romanos. Desde entonces he vivido errante como el árabe y no he debido á nadie ni una palabra de amistad ni un beso de amor...!

— Y no has pensado nunca en tus padres? preguntó la muger.

—Sí, replicó el músico; pero mis padres me abandonaron y el desierto me recogió. Mi padre es el desierto y mi patrimonio la creacion. Mi nombre es un nombre de guerra que yo he tomado, que yo he hecho temible. Son mios los frutos del campo, las flores de los montes y el agua de los arroyos. Mi Kinska salta los peñascos en pos del corzo: tiembla el oso á mi javalina y los romanos á mi espada. Cuando duermo debajo de un árbol silvestre que me acaricia con sus ramas, abro los ojos, veo el inmenso horizonte sobre la tierra que me sirve como un lecho colosal, y digo:

—«Esto es mio; el dia que viene me pertenece; el dia que no sea mio será porque no viviré.»

Entonces algun hombre que me haya merecido una buena cuchillada, dirá al saberlo: — «Aquí reposa el pobre Tángel.»

— ¡Tángel...! esclamó la muger. ¿Quién te ha enseñado ese nombre?

— Lo ignoro, contestó el jóven; el viejo que me cuidaba lo repetia muchas veces, y yo lo adopté como mi nombre de guerra.

—Jóven, dijo la dama; ese es el nombre de tu madre.

— ¡De mi madre! esclamó el mancebo; y, ¿dónde está mi madre?

—¿La deseas? preguntó la dama.

—Sí, dijo el jóven con amargura; sí: una madre seria el ídolo de mi corazon, porque mi corazon necesita amar y amar mucho. ¡Una madre...! La sangre daria por hallarla... pero ¡ah! no lo conseguiré...!

La dama tomó entonces con delirio la cabeza del jóven entre sus manos: le miró fijamente algunos instantes y, arrancando un grito de lo íntimo de su corazon, esclamó:

—¡Adel...! ¡Hijo mío...!

La madre y el hijo habian enmudecido. Sus labios estaban unidos y sus pechos sollozaban.

—Hijo mío, dijo la madre despues que se separó de los brazos de su hijo; Tu padre, Túncan, era del Asia y pertenecia á las familias de los Ádigas, nobles príncipes, cuyo señorío era inmenso. Cuestiones de familia, escitadas por la ambicion y por el mas refinado egoismo, hicieron á tu padre abandonar su pais y, arribando á las costas de África, no dudó llegar hasta Buda, en cuya ciudad vivia mi padre, el opulento Mehemet-Aben-Muley, hijo de Alí y de Abo y de Aben-Alfaje, descendiente de los antiguos Omiaditas. Mi padre recibió al asiático con afecto, y un dia nos lo presentó. El amor, hijo mío, se insinúa dulcemente al principio y despues es un tormento insufrible. El estrangero me miró y yo le devolví su mirada. Mi padre fué á la guerra con los otomanos y el estrangero le acompañó. Hizo prodigios de valor, y á su regreso le dijo á mi padre:

—Generoso Mehemet, tu hija, Tángel, es la flor que codicio, dámela: yo no puedo ofrecerla oro ni poder, pero sí un corazon leal.

—Qué el cielo os sea propicio! contestó mi padre.

Cuando naciste tú estábamos en el Asia porque, Túncan, tu padre, habia querido volver entre sus hermanos. Aquietados los ánimos, volvió tu padre en posesion

de cuanto le pertenecia. Masinisa, tu tio, hermano de Túncan, se habia aliado con los romanos y habia pasado á España á las órdenes de Scipion el africano. Masinisa habia abandonado todos sus derechos por pasar á España y hacer la guerra por los romanos, de cuya república habia recibido grandes donativos.

Pero aquella campaña fué funesta para Masinisa porque murió en ella pobre y desconocido. Dejó una hija que ha sido y es la causa de todos nuestros infortunios. Dominada por una ambicion sin límites, quiso hacer suyo lo que tu padre poseia, pretestando que este lo habia usurpado á su hermano. En aquel tiempo hubo en el Asia un levantamiento contra los romanos y, esta muger cruel y ambiciosa, fingiendo un amor, que no tenia, al gobernador Publio Metelio; hízole creer que tu padre, Túncan, era el motor de la sublevacion. Publio, que tal vez entraba en el plan de la hija de Masinisa, decretó una activa persecucion contra tu padre y, el infeliz, perseguido sin trégua ni descanso, fué bárbaramente asesinado. Entonces, hijo mio, tenias tú cuatro años, y por eso recuerdas apenas mis caricias. Pero aquella harpía necesitaba destruirte, aniquilarte, y así es que no omitió medio de conseguirlo. Los romanos asaltaron la casa. Mis esclavos, que habian jurado no reconocerla por señora mientras tú vivieras, defendieron el terreno palmo á palmo. ¡Ay! Yo recuerdo aquella noche fatal en que te hubiera perdido para siempre si no te hubiera abandonado! Conociendo yo que no podia penetrar en tu estancia, ó que si lo hacia seguirian mis pasos, arrebaté al hijo de una de mis esclavas que tendria tu misma edad, y estrechándolo en mis brazos y huyendo á los campos, conseguí lo que deseaba, porque habiéndome conocido y creyendo que eras tú el que yo llevaba conmigo, me alcanzaron, me arrancaron á la infeliz criatura y la hicieron morir á mi

presencia. ¡Ay! Yo ví con placer á aquel inocente hecho pedazos porque su muerte daba la vida á mi hijo! Ensangrentado y mutilado se lo presentaron á tu perseguidora y se gozó con tu muerte. Yo huí y te abandoné al cuidado de un viejo que murió poco despues. Corrieron los años buscándote, pero como tenia que ocultar de todos mis pesquisas, estas eran infructuosas. Un dia contaron que en el ejército lusitano militaba un árabe pariente de Masinisa. Aunque tú no eres del Oriente, no sé por qué quise averiguar quién era y, acompañada del único amigo que nos quedaba, vine aquí. Pero la fuga del general lusitano de su prision despues de haber sido preso sin sentido en el fondo de un barranco, dió lugar á muchas historias, en las que, un africano, llamado Tángel, tenia mucha parte. Pero en esta misma sospecha cayó tu perseguidora y, con su amante Publio, vino tambien aquí. Unos y otros te vimos por las calles y unos y otros te reconocimos. Ella te procuró la muerte; pero, mi fiel Abinio, que no te perdia de vista, te salvó, hirió á Publio y te ha traido á mis brazos.

La buena madre volvió á abrazar á su hijo. Tángel, porque así le llamaremos siempre, estaba absorto.

— Madre mía, le dijo; jamás habia sospechado tener una madre tan buena como tú. Pero dime; yo soy africano y, sin embargo, recuerdo allá haber visto, como en lontananza, un delicioso harém, magníficos jardines y hermosísimas mugeres. Esto bien podia suceder en Asia estando tú; pero jardines y harenes, con la bendicion del Oriente y solo del Oriente, madre mía.

— Verdad, hijo mío, contestó la madre; pero nosotros habíamos trasladado al Asia nuestras costumbres, y por eso teníamos cuanto el Oriente encierra de delicioso. Pero, dime, ¿qué has traido aquí en ese trage? y...

— He venido á buscar á una muger y tú, madre mía,

me lo recuerdas. Yo he prometido llevar una muger á mi amigo y lo cumpliré, si, lo cumpliré!

— Y ¿volverás al campo? Y ¿me dejarás? ¡Imposible, hijo mio! Cuando el cielo piadoso nos reune, seria un crímen el separarnos.

El jóven se levantó porque vió brillar el sol con toda su fuerza.

— Madre mía, cúmpleme ahora desempeñar un encargo sagrado para mí.

— ¡Hijo mío! gritó la madre; tal vez vas á morir. ¡Detente!

El jóven iba á salir, cuando un hombre, robusto como un atleta, se le puso delante.

— Jóven, le dijo; tengo que hablarte. Escucha.

Tángel se halló detenido por una mano de hierro y por las caricias de una madre. Se sentó.

CAPITULO IV.

—

EL CAMPO DE LOS MUERTOS.

Cumple ahora á nuestro propósito, narrar los mas notables acontecimientos de esta historia. Tal desconfiamos de nuestras propias fuerzas, que el Viriato habria dormido en un eterno olvido, si el quererlo así, quien nada pedirá que le neguemos, no lo hubiera sacado de él. Si con esto no adquirimos la nota de historiadores, estimaremos mas la de amigos complacientes.

Sobre un campo cubierto de cadáveres, inundado de charcas asquerosas de sangre y rodeado de heridos, mutilados y fatigados restos de un ejército, estaba un guerrero á caballo. Apoyábase en una larga lanza, cuyo regaton se asentaba en el duro suelo. Su noble frente, surcada por una arruga, sus ojos lánguidos y apagados, su

vestimenta sangrienta y enlodada, todo anunciaba que aquel hombre habia pasado por una terrible y reciente prueba de valor y de fatiga. Los soldados hacinaban enormes piras de leña, y en ellas arrojaban los cuerpos inertes de sus desventurados compañeros. El humo envolvia á aquellos guerreros cuya sangre habíase vertido gota á gota sobre el altar de la patria, y las llamas convertíanlos en ceniza... en ceniza... ¡ay! que un dia arrastraria el aquilon en raudos torbellinos...! Otros abrian hondas zanjas, y en ellas sepultaban á los amigos y á los enemigos. Profundos gemidos y amargos sollozos lanzaban aquellos improvisados sepultureros sobre los frios restos de sus camaradas; y esos gemidos y esos sollozos se confundian con los lamentos de los desventurados que lloraban sobre sus heridas. De otra parte se oia una música lúgubre, y sobre los hombros de cuatro robustos mancebos, venia un cadáver envuelto en ramas de siempre verde encina. Cuando el guerrero vió llegar el ataud, saltó de la silla y le salió al encuentro. Descubrió su cabeza y,

—¡Adios, dijo; valiente Leucas, adios! Has adquirido la gloria inmarcesible de los dioses. ¡Qué la tierra te sea ligera! Si un dia los hombres encuentran tu sepulcro, que honren contigo una púrpura que tus merecimientos te hubieran dado. ¡Adios, Leucas, adios! Viriato envidia tu suerte...!

Viriato vertió una lágrima y envolvió al capitan Leucas en su manto de general.

El campo habíase despejado; los soldados habian formado un nuevo campamento en la falda de una próxima eminencia. En medio de un bosquecillo veíase una anchísima tienda y, á distancia de veinte pasos de ella y sus entradas, centinelas que respetuosa y vigilantemente la guardaban. Viriato dirigia incesantemente ávidas miradas

á la entrada de aquella tienda misteriosa. Paseábase inquieto y sus oficiales lo contemplaban silenciosos apoyados en sus largas espadas. Por fin, los centinelas alzaron sus lanzas y se formaron precediendo á ocho ancianos vestidos con negras túnicas. Sus calvas cabezas y sus blancas barbas daban á su aspecto cierto aire de profunda melancolía pero de inflexible probidad. Detras de los ancianos, maniatado y guardado por cuatro robustos hombres, venia un mancebo con el rostro caido y el paso trémulo. La comitiva llegó delante de Viriato. El preso dirigió al general una mirada de terrible ódio. El presidente de los ancianos alzó la diestra y los cuatro hombres se apoderaron de la víctima.

— Padres, dijo Viriato; perdonadlo!

—General, contestó el anciano; los hombres pueden perdonar, pero la patria nunca. Si Éntimio hubiera sido traidor á Viriato y solo á Viriato, nosotros, los deputados de las ciudades, habríamos dejado al hombre la venganza del hombre. Pero nosotros, que representamos á la patria, hemos visto en ese hombre un traidor que ha querido venderla al enemigo, tal vez por satisfacer una mezquina pasion. General, la patria es la primera obligacion de todas las obligaciones del hombre. La patria no se venga pero castiga. Id...!

A este mandato los cuatro hombres acercaron al jóven á un árbol, y á los dos minutos azotaban el aire dos piernas que se retorcian con la congoja de la agonía. Viriato se cubrió el rostro con las manos y se dirigió á la tienda que habian dejado vacía los ancianos.

Deprisa hemos narrado lo que acaecia en este momento en el campo que, por muchos años despues, fué llamado El Campo de los Muertos. Pero, para anudar los dispersos hilos de este cuento histórico, es preciso retroceder.

Acuérdense nuestros lectores que Entimio fué depuesto de su mando en medio del combate con solo presentarse Viriato; acuérdense de que Viriato ganó la batalla; de que Metelio salvó el barranco con un salto de su caballo; acuérdense, en fin, de que Viriato fué avisado por la sombra de Envélico de la sublevacion de su campo y de que se arrojó en medio del combate dando á los suyos su grito de guerra, y que lo dejamos en aquel momento rodeado de enemigos y en el mas terrible conflicto.

Pues bien, despues del memorable combate, perdido por Entimio y ganado por Viriato, este acampó sus tropas en una llanura no lejos del sitio de la batalla. Los soldados españoles, tan bizarros y valientes en la accion como nobles y valientes despues de ella, cenaban y reian con sus mismos enemigos como si antes no se hubieran buscado con la espada en la mano. Viriato habíase retirado con Tángel y este habia dejado á su amigo por ir á buscar á Emelina. Entonces se apareció el viejo á Viriato. Viriato, efectivamente, se vió rodeado de enemigos poderosos porque Entimio estaba dispuesto á vengarse á toda costa. El cónsul Metelio, que habia huido de la muerte, merced á la ligereza de su caballo, se aproximó, sin saberlo, al campamento de Viriato. Hábil político, el general romano no habia ignorado ni desatendido la cuestion de los dos generales españoles y, á fuer de filósofo, quiso esplotar en beneficio suyo la ambicion de Entimio. Abandonó el cónsul su caballo y, favorecido por la oscuridad, se introdujo en el campamento y buscó á Entimio. Este, seducido por las brillantes ofertas del cónsul, halagado en su amor propio con el vencimiento de Viriato, aceptó como suya toda la responsabilidad. ¡Qué cierto es que los hombres nunca dejan de ser buenos si no se les obliga á ser malos!

Metelio y Entimio, con algunos de su confianza, fue-

ron desatando los prisioneros, retirando los centinelas y apagando las hogueras, y hecho esto se dirigian al sitio donde dormia Viriato. Gracias al viejo, protector del jóven general, este se habia arrojado al combate y no lo hallaron sus asesinos. Pero cuando estos volvian oyeron la voz de Viriato y el galope de su caballo. En el momento Entimio dió un grito y Viriato se encontró rodeado de miles de enemigos. El jóven general era fuerte y sereno en medio del peligro: no veia á sus contrarios y por consiguiente (discurrió) ellos tampoco podian verle. Envainó la espada, dejó el caballo y se mezcló impávidamente entre sus perseguidores que seguian rugiendo al rededor del abandonado corcel. Viriato salió de aquel ancho círculo y, creyendo que los últimos son siempre los mas juiciosos ó los mas cobardes, buscó los pelotones de dispersos. Allí encontró algunos oficiales y soldados que lo reconocieron y, acometiendo denodadamente con ellos por la espalda de los amotinados, introdujo el desórden en sus filas. Metelio volvió á huir y Entimio cayó prisionero en la primera acometida. A la voz de Viriato sus soldados entregaron las armas y, despues de un combate de dos horas, la mañana, con su rogiza luz, alumbró un campo lleno de sangre y de cadáveres.

Continuemos.

Viriato, despues del suplicio de Entimio, se retiró á la tienda en la que los ancianos habian celebrado su consejo. Estos, mientras tanto, recorrieron el campo, vieron los restos del combate y volvieron acompañados de los primeros oficiales del ejército, al lado de Viriato. El general se paseaba impaciente por la tienda y, tan embebido en una funesta idea, que apenas pudo apercibir la entrada de los deputados.

—General, le dijo el mas anciano, nada es comparable á vuestro valor: la patria os regala esta espada, ce-

ñidla y haced que brille sobre el enemigo, y dadnos con ella tantos triunfos como rayos despida su hoja brilladora herida por el sol...

Calló el anciano, y el jóven guerrero, con los brazos cruzados y ocultando malamente su profunda emocion que lo dominaba, contestó:

—Padres mios, nací pastor y la fortuna me ha elevado á un cargo superior á mis fuerzas. Tal vez hasta hoy el amor propio no me habia dejado conocer que estoy usurpando un puesto que otros mas dignos podrán ocupar. Permitidme que me retire dimitiendo en vuestras manos el mando que me habiais confiado.

El jóven calló y los ancianos comenzaron á mirarse unos á otros con indecible asombro. Hubo momentos de silencio, en los cuales los capitanes apoyados en sus largas espadas miraban con angustia á su general.

—Jóven, dijo el viejo adelantándose; la patria está satisfecha de vuestros altos servicios y os necesita: cuando la patria pide un sacrificio, la víctima debe presentarse contenta y engalanada.

—Perdonad, interrumpió Viriato; la patria no debe exigir víctimas forzosas. Me retiro.

Entonces oyóse un murmullo de indignacion, y la mal encubierta envidia comenzaba á ensañarse contra el envidiado que espontáneamente se retiraba. Nada hace tan valiente al cobarde como la retirada de su enemigo. Entre aquel susurro de mal agüero, y de entre los muchos oficiales y curiosos que á la puerta se habian apiñado, salió la funesta palabra *traidor*. No se pronunció tan bajo que no llegára á los deputados y al mismo Viriato. Aquellos fijaron sus escrutadoras miradas en el jóven y este contrajo su faz con una sonrisa de desdén, y alzando la voz, dijo:

—Ya lo escuchais, padres de la patria, me acusan de

traidor cuando las banderas de cien legiones romanas alfombran mi tienda de campaña; cuando mi caballo de batalla ha hollado la púrpura de diez cónsules y de treinta pretores; cuando acabo de salvar el último ejército y contener una sublevacion espantosa. ¡Plegue á los dioses que todos los traidores sean como yo...!

El general hizo una pausa y, en su animado semblante, se dibujaron mil colores á la vez que revelaban bien el estado de su alma. Luego, adelantándose con magestad, irguiendo su cabeza y procurando dominar la emocion que le combatia, prosiguió:

—Escuchad, padres de la patria, escuchad: Solo la sospecha de que la traicion pueda ser causa de mi retirada, me aflige. Mi corazon no puede sufrir ni por un momento la mancilla del deshonor. Soy hombre y, mas que otros, miserable y cobarde. Desde mi niñez los montes han sido mis palacios porque los montes han sido mi cuna; el sol del estío abrasaba mi frente, mis piés hollaban la arena caldeada y la luna alumbraba mi lecho. Cuando fuí mancebo la libertad estaba en mi corazon y mi voluntad era la suprema ley. Con todo este tesoro de fuerza y energía; con este corazon tan libre como el aire, amé á una muger: esa muger me amó sin mas diferencia que la que hay entre un hombre libre y una muger esclava. Surqué los mares, y ví el altar de los desposorios preparado: otro hombre tenia dispuesta la mano de mi querida y un ejército para aniquilaros: yo le arranqué la esposa y la púrpura porque hundí mi puñal en su corazon. Pero los hados funestos me volvieron á arrebatar á esa muger y me hicieron juguete de una pasion que aniquila mi existencia. Hé aquí mi secreto. Yo oigo la voz de la patria y le digo á mi corazon que se arroje al camino de gloria que los dioses le tienen preparado. Mi corazon contesta: —«Yo no puedo»— Él desfallece y con él

desfallece mi vigor, mi valor, mi energía. Amo con frenesí: ni la ausencia ni los imposibles pueden arrancarme ese amor funesto. Dejadme partir: el África me acogerá en sus bosques: yo encontraré allí un puñal amigo y un rincon ignorado en donde cave mi sepulcro.

El jóven calló y, aunque quiso contener su profunda emocion, una lágrima huyó de sus párpados, rodó por su megilla y cayó abrasando la mano del amante guerrero. Entonces alzó la diestra, los grupos se abrieron y avanzó hasta la puerta de la tienda: un trueno espantoso y un relámpago brillante y abrasador hizo parar al jóven estático. Los ancianos y los oficiales cayeron deslumbrados. La tienda se iluminó repentinamente, y en su dintel apareció un anciano. Viriato quiso arrojarse á sus brazos; pero el viejo, adelantándose, tomó la espada, y poniéndola en la mano del jóven, estendió la diestra señalando la puerta de la tienda.

—A Itálica, dijo.

El general dobló la rodilla, besó la diestra del anciano y la vision desapareció.

CAPITULO V.

EL JARDIN DE LOS CINAMOMOS.

No es raro en este mundo de contrastes trasladarse desde un entierro á una fiesta; así que nuestros lectores no tendrán inconveniente de acompañarnos desde el campo de los muertos al pais de las flores. Si han hollado con nosotros charcas de sangre, si han tropezado en su camino con cadáveres mutilados, ahora enjugarán sus piés en el menudo césped guarnecido de flores.

Ya saben lo que es un cinamomo: ese árbol que los asirios, los persas y los hebreos consideraban como el mejor adorno de la naturaleza y á quien los franceses llamaron *lila*, y al que nosotros llamamos *lila*, porque le llaman así nuestros amables vecinos de allende el Pirene. Como quiera que se llame, este es un árbol esbelto y

erguido, de corteza lisa y negruzca como el nogal, de hojas lisas de aguda punta, verdes como una manzana sin sazonar y enhiestas como el hierro de una lanza.

Entre sus oscuras y apiñadas hojas, se vén pender esos magníficos racimos de apretadas y menudas flores que semejan un floripondio morado. Cerradas en capullo, parecen esas lindas ubas de grano azul y ovalado que nacen en las rastreras vides de las campiñas de Chio. En fin, el cinamomo es uno de esos árboles que ha llegado hasta nosotros con toda su verdura primitiva y con su primitivo perfume.

Estamos, pues, en un jardin cuyas cercas son altos y esbeltos cinamomos y de los que ha tomado su nombre; entre ellos, solitaria y descarriada, irgue su frente alguna que otra adelfa venenosa, como una viuda abandonada y quejumbrosa. Alzanse soberbios andenes de rosales que tapizan el suelo con las hojas que arrancó el céfiro travieso ó el favonio inconstante. Un sin número de enredaderas, mezcladas con el blanco jazmin, forman multitud de cenadores; y las vides, con sus dorados racimos y sus verdes hojas, trepan por las pardas ramas de los aromáticos manzanos. Los tulipanes de los Alpes disputan sus colores á sus hermanos del Oriente; la dália y la anémona pelean por erguirse sobre el jacinto, el lirio y la azucena. El alelí y la violeta mueren humildes dejando solo sobre la tierra el rico perfume de su cáliz. La clavellina y la murta nacen al lado de la fuente bullidora que refresca sus raices. El peral, el manzano, el guindo y cuantos árboles produce la naturaleza, se elevan magestuosos cargados de sus frutos de mil colores, y por do quiera se confunden con las flores de una vegetacion robusta.

Era la noche y la luna pálida señoreaba las últimas nubes que una tempestad habia dejado en el horizonte. Bri-

llaba este con toda su limpidez y los rayos del astro nocturno dibujaban en el jardin las sombras múltiples y gigantescas de los árboles. Dos mugeres paseaban silenciosas y su paso, ahogado por el mullido césped, la soledad y el silencio, las hacia parecer á esas fantasmas que envia al lecho de los buenos Morfeo, dios del sueño. Una era jóven y apenas saludaba la entrada de la vida; la otra parecia que se despedia de ella; pero la jóven era una flor marchita: el paso del noto la habia ajado y el huracán habia abrasado su tallo. Envuelta en un ancho manto, solo se veia un menudo pié empaquetado en la ligera sandalia de seda y una cabeza que hubiera envidiado Peruquin para la mas bella de sus madonas. En el momento que hubieron llegado á uno de los estremos del jardin, sombreado por los robustos árboles, la jóven se dejó caer sobre un banco de césped, y dijo así:

—Ya lo ves, Andrómeda, valiera mas la muerte que esta vida. A las almas templadas, como la mia, la tiranía las exaspera, pero la indiferencia las mata. Yo recuerdo con horror aquella noche terrible.

Sepultada en el fondo del abismo, yo me encontré rodeada de armas y de luces y perdí el sentido: cuando volví en mi acuerdo estaba en mi cuarto; todas las puertas estaban abiertas; ningun criado velaba mi lecho. Me vestí y salí, nada: las habitaciones de mi padre estaban cerradas; volví á las mias y me senté á llorar. El golpe habíame contundido en términos de no poderme mover, y allí permanecí largas horas. Un esclavo dejó sobre una mesa varias viandas y se retiró: mi padre me habia maldecido. Lloré, y lloré hasta caer sin fuerzas y sin aliento: creí que aquella seria la última de mis noches, pero los dioses me las guardaban mas amargas y mas espantosas. Recobré los sentidos y, yerta é inanimada, volví los ojos á mi lecho y quise irme á él. Inútiles fueron mis

esfuerzos porque caí nuevamente. Sin embargo, este movimiento me aproximó á la mesa en la que ví un vaso de vino que lo apuré de una vez: tal fiebre me abrasaba. Esto me recobró y pude acostarme y pude volver á llorar. Así pasé no sé cuantos dias sin mas que un ligero alimento que tomaba de mano de un esclavo. Esta tarde se ha presentado mi padre y me ha dicho solo esta consoladora palabra: *¡Morir!* Tiene razon: no queda otro remedio; ¡morir...!

La jóven se levantó, dió algunos pasos y continuó:

—¡Morir...! Bien duro es morir y separarse de lo que se ama... pero... vale mas morir que vivir en una eterna agonía. Veia la muerte tan cerca de mí...! Me era tan doloroso esperar á mis verdugos en mi lecho...! No, no: ¡Qué vengan aquí; moriré entre mis flores, entre las únicas compañeras de mi infancia...! ¡Ah...! Viriato...! Si hubiéramos muerto los dos en el fondo del abismo...! ¡Morir sin verte...!

Las dos mugeres lloraban y permanecian en silencio... La jóven de repente se incorporó y dió un grito.

Dos hombres avanzaban silenciosos por una sombría calle de árboles: venia el uno embozado en una ancha capa y se paró en frente de la jóven: la vírgen bajó los ojos: era su padre. Este hizo una señal y la muger vieja se retiró llorando. Entonces el padre agarró de la mano á su hija y la llevó á otro estremo del jardin. La jóven, resignada, se dejó conducir. El otro hombre sacó una palanca, la apoyó en la tierra y alzó un peñon que despues retiró. Quedó abierta una ancha sima en cuyo fondo se escuchaba un ruido sordo como el rugido de un leon.

—Ahí, dijo el padre.

La jóven se arrodiló.

—¡Oh...! esa muerte es horrorosa, dijo; perdónadme, padre mio...!

El hombre volvió la espalda y el esclavo se apoderó de la víctima. Asióla con brutal fuerza... pero el instinto de la propia conservacion dá valor. La jóven resistia porfiadamente y, entre el verdugo y la víctima; habíase encendido una lucha feroz. El padre la contemplaba con impávida fiereza. Pero... ¿qué valian las fuerzas de una débil muger para las fuerzas de un gigante? La vírgen cedió y cayó postrada en los brazos de su verdugo. En aquel momento una negra nube cubrió la luz de los cielos. El esclavo impasible asió á la jóven, la arrastró á la boca de la sima y pronto se oyó un amargo grito y la caverna resonó con el estrépito de las aguas que recibian un cadáver...!

Un rayo de la luna iluminó la escena. La vírgen estaba desmayada en los brazos de un jóven... Un puñal sangriento se veia en el suelo: el esclavo habia desaparecido; pero otro hombre se adelantaba con la espada en la mano y con la ira en el semblante. El jóven dejó á la vírgen, saltó sobre su puñal y, antes que el nuevo asesino pudiera usar de su espada, esta habia saltado de su mano: el jóven esgrimió su cuchillo y ya iba á descargar el golpe, cuando la vírgen gritó desconsoladamente:

—¡No le hieras, es mi padre...!

El mancebo envainó su puñal, cruzó los brazos y, con una calma y una indiferencia asombrosas, miró la escena; asió á la muger de la mano y, conduciéndola á otra parte del jardin, la puso blandamente apoyada sobre sus hombros y salvó la cerca.

Este hombre era Tángel.

Retrocedamos.

Como habrán visto nuestros lectores, el africano habia quedado en la habitacion de su madre detenido por el generoso amigo que, en el vestíbulo del templo de Marte, le habia salvado la vida. El empeño de su madre consis-

tia en no separarse de su hijo. El amigo le habló así:

—Jóven, tú eres la esperanza de un pueblo y el consuelo de una madre; pero eres tambien el objeto de la ambicion de una muger que te persigue y que necesita su víctima. Como príncipe, tus pueblos te reclaman; como enemigo de los romanos, tus estados te recibirán por su general y los dioses no pueden consentir desde hoy la vida del aventurero. Partamos.

—Aguarda, contestó el jóven; aguarda, Abinio, y escúchame. El haber hallado una madre para mi corazon, una corona para mi cabeza y un amigo para mi consejo, es la felicidad mas soberana. Pero tengo un compromiso que me arrastra. Viriato confia en mí; Viriato espera y no debe esperar. Dadme ocho dias y soy con vosotros para siempre.

Ambos callaron: el mancebo les contó su empeño y, como conocieron su resolucion, quisieron perder algo mas bien que perderlo todo.

Tángel partió.

Con su hábito de músico penetró en la casa de Aboncio y, entonando dulces baladas, se colocó entre las esclavas alegres y bulliciosas. Por ellas sabia el estado de Emelina, por ellas supo su salida al jardin. Tángel no preguntaba, fingía no entender el idioma asiático y las esclavas hablaban entre sí con entera libertad.

Cuando supo que Emelina habia ido al jardin, arrojó su laud y fué á buscar á su Kinska y á su puñal. Rodeó el jardin y buscó un punto por donde la cerca estuviera mas abierta; desgarró algunas ramas y se hizo paso. Así es que, Tángel, de árbol en árbol, pudo ver cuanto en el jardin sucedia.

Cuando el esclavo iba á dejar caer su víctima en la sima el africano se lanzó sobre él, sepultó su puñal en el pecho del esclavo, lo empujó á la caverna y salvó á la vírgen.

Un momento despues de la escena que acabamos de referir, se oia el galope de un caballo...

Un jóven entonando una alegre cancion corria á buscar la puerta de la ciudad y llevaba en el arzon delantero una muger desmayada... Al ir á salir el jóven se paró.

—¡Esto no lo habia pensado! dijo; imposible es salir!

Un hombre asió las riendas de la bestia que resoplaba.

—Vén, príncipe, le dijo; estais salvados.

Este hombre era Abinio.

La puerta estaba cerrada.

CAPITULO VI.

Y CONTINUA EL AUTOR.

Cuando el hombre se deja poseer de la pasion, la pasion manda y el hombre obedece. ¿Acaso entonces hay sentimientos nobles y generosos que la recuerden lo que es y lo que se debe á sí mismo?

Por desgracia no.

Preocupado de un modo tal, mérito le parece el dejarse arrastrar por ese torbellino de ideas que le pinta tantos goces como venganzas: en donde hallaba el placer, puede hallar un dia el tormento; y en donde otra vez halló la desgracia encuentra mas tarde la ventura. Y, sin embargo, todo es una mentira del corazon que lo exagera todo, lo bueno y lo malo.

Hé aquí el vivo ejemplo de lo que decimos.

Aboncio, aquel hombre á quien ya conocen nuestros lectores, habia cifrado un tiempo toda su felicidad, toda su ventura en su hija; hoy esa hija era su tormento y su pesadilla. La ambicion dominaba á aquel hombre cobarde que no era capaz de hacerse mas fuerte que ese afecto tirano que avasallaba su razon. Si Aboncio, ambicioso, hubiera encontrado por casualidad otro medio de satisfacer su pasion, tal vez su hija habria sido feliz; pero la pretension de Cayo Frigio Numo escitó en el padre esa ambicion sin límites, ese afan de medrar y de hacerse poderoso y eso lo arrastró hasta el estremo de vender á su patria. La nota de traidor no le afligia mucho, mas le entristecia el ver que ni los romanos mismos, á favor de los que habia empleado sus traidoras estratagemas, hacian caso de él.

Consolábase, sin embargo, al ver la constancia con que Numo solicitaba la mano de su hija, y la alegria del padre llegó á su colmo cuando esta previno su boda para dentro de los quince dias. En ese espacio Aboncio soñó todo género de felicidades. Numo, esposo de su hija, habia sido nombrado cónsul y destinado á mandar los ejércitos que habian de aniquilar á la Lusitania. Aboncio creia ver á los lusitanos á sus plantas, á Viriato arrastrando el carro de triunfo del cónsul y, en su ambicioso delirio, se dibujaba en su mente atrevidos fantasmas de gloria y de poder.

El eje sobre el que rodaban estas felicidades, este poder, esta gloria, era Numo, ó mejor dicho; era Emelina. Pero cuando dentro de dos dias sus sueños iban á convertirse en realidades, le presentaron el cuerpo de Numo muerto de una puñalada, le presentaron el puñal de Viriato y un decreto del senado mandando su prision. Un rayo que á sus piés hubiera caido no habria producido el efecto que produjo tan terrible nueva. Hé aquí hundidos

sus castillos, perdida su gloria y aniquilado su poder. Y sin conocer este hombre que todo aquello no habia sido mas que un sueño, sin concebir cómo hacer frente á su desgracia y combatirla: solo le ocurrió una idea: Emelina. Su hija, en su entender, habia guiado el puñal de Viriato; Emelina habia hecho salir á Numo de su casa, Emelina habia pedido los quince dias para ensayar mejor su plan de libertad y de venganza.

Como Aboncio no habia recibido otra educacion que la reminiscencia de un nacimiento mas ó menos distinguido, habíale sobrado siempre un orgullo insoportable; y, como su razon no estaba ilustrada, era un cobarde orgulloso y nada mas. Convirtió, pues, la ternura de padre en la odiosidad de tirano, y cuando hubo de salir desterrado de Roma, hubiera ahogado á su hija cien veces si no hubiera pensado que solo podia ahogarla una. En Itálica ensayaba contra Emelina todo género de mal trato y de venganza; pero hubo una coincidencia que puso á Aboncio en la posicion mas ridícula del mundo, y que le hizo tomar contra su hija la bárbara determinacion que pudo frustrar nuestro amigo Tángel.

Tratábase de elegir un pro-pretor (gobernador militar y civil) y este cargo fué el objeto de la ambicion de Aboncia. Presentábanse varios candidatos, pero los dos en quienes habia mas probabilidades, eran Aboncio y Cayo Mario. El primero tenia un apellido ilustre y un tesoro; el segundo era un soldado de fama y un político de nota, pero pobre y de humilde alcurnia: el primero sabia intrigar; el segundo huia, no solo de la intriga, sino de la pretension de figurar.

Apoyado el primero por muchos hombres distinguidos y abandonado el segundo, sin contar con mas que con algun amigo de no gran prestigio, la victoria no podia ser dudosa.

Abrióse la discusion, y todos los senadores manifestaron tan buena acogida á las pretensiones de Aboncio, como frialdad é indiferencia á las de Mario. Los jurisconsultos alegaron los méritos de los candidatos. El defensor de Aboncio elogió las virtudes de su cliente, su alcurnia, sus riquezas, y el senado manifestaba con señales inequívocas su adhesion. El defensor de Mario era un jóven jurisconsulto de una energía poco comun y cuando le tocó hablar, dijo:

—Padres conscriptos, se ha dicho que Aboncio es de un ilustre nacimiento. Sea. ¿Tratais de mejorar vuestra alcurnia? Que Aboncio tiene riquezas. Sea. ¿Tratais de pedirle prestado? ¿Ó tratais de nombrar un pro-pretor valiente como soldado y hábil como político? Si es esto, ¿en dónde el valor de Aboncio? En ser el tirano de su familia. ¿En dònde está la política de Aboncio? En conducir á sus hermanos al sacrificio. Padres de la patria, os engañan. Dejais al bueno por el malo; dejais al leal por el traidor...

Un murmullo de curiosidad se escuchó en la augusta asamblea. Los lictores restablecieron el órden. El senado suspendió la sesion para la mañana siguiente. Llegado el momento, el abogado de Mario continuó:

—Padres de la patria, ¿qué novedad ha alterado vuestros semblantes desde ayer á hoy? ¿Por qué habeis reforzado las guardias? ¿Quién es ese hombre que se ha cogido esta noche robando á una muger? ¿Qué muger es esa? ¿Qué casa es la que asaltaron? Ese hombre es Viriato. Esa muger es la hija de Aboncio. Esa casa es la casa del traidor. Padres de la patria, pido que ese suceso pase al acusador público: la patria peligra.

Callò el abogado que con tanto talento habia sabido aprovechar las circunstancias; cerróse la sesion y, una hora despues, Mario era pro-pretor.

El lector recordará la noche de que hablamos.

Desde aquel momento Aboncio era el objeto de las conversaciones públicas: la huida de Viriato, mas tarde lo envolvió en una causa criminal, en la que, por solo sospechas, se le condenó en la enorme multa de veinte mil sextercios, suma exorbitante que dió el golpe de gracia á la ya bastante averiada fortuna de Aboncio.

Llorando su desventura olvidó, como causas de ella, su orgullo, su ambicion y sus traiciones; y solo encontró el motivo en su hija. La aborrecia mortalmente y esto no es estraño. La ambicion tiene siempre por base el egoismo y á la ambicion y al egoismo no hay sacrificio que baste. Hemos puesto á nuestros lectores en el caso de comprender los motivos de la proyectada muerte de Emelina.

Ahora continuemos.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas y guardadas por soldados romanos; esto no lo habia previsto Tángel, pero sí Abinio, que habia seguido los pasos de su protegido. Desde la puerta condujo Abinio á Tángel y á Emelina á la casa de la madre de este. Tángel bramaba de furor porque se presumió fácilmente lo que debia suceder, y sucedió en efecto.

Aboncio se levantó y dió cuenta al pretor. Esta autoridad mandó patrullar é inquirir, y apenas Emelina, merced á los cuidados de la escelente princesa madre de Tángel, volvia de su desmayo, ya las calles resonaban con el paso de los soldados y de los caballos. La jóven reposaba en su lecho; la princesa velaba sobre ella; Abinio iba y venia impaciente y Tángel, fatigado de su espedicion, cantaba, medio dormido, una cancion de su pais.

El rumor de las patrullas crecia, y Abinio abrió cautelosamente una ventana. En el momento de acercarse á mirar dió un grito y cerró precipitadamente.

—Estamos perdidos, dijo; ved.

La princesa se aproximó: una sombra negra y fatídica iba y venia entre los soldados.

—Es ella, esclamó la madre.

—¡Ella...! ¿Quién es ella? interpeló Tángel saltando de su silla.

Un minuto despues las puertas caian hechas astillas; cien antorchas iluminaban el aposento, y el pro-pretor Mario entraba en la estancia rodeado de soldados. Abinio miró á Tángel y Tángel comprendió perfectamente á su amigo: midió con los ojos la altura de la ventana, dió un salto y, como el hijo de las selvas, desapareció por la espesura de los jardines. Los soldados romanos, empaquetados en su férrea armadura, quisieron en vano seguir al jóven; fué imposible dar con él. Mario miró indignado aquella escena y sus soldados se apoderaron de Abinio.

Ya hemos tenido ocasion de mentar á este pro-pretor antes de ahora; pues añadiremos que, á su juicio y probidad, añadia un corazon lleno de bondad y de ternura. Vió á las dos mugeres y conoció perfectamente su estado: hizo venir dos literas y las condujo él mismo y sin escolta á la casa que habitaba.

Complicábanse los sucesos de una manera que no se escapaba á la penetracion de Abinio que yacia en la cárcel. La ciudad habia tomado un carácter de defensa muy decidido porque se aseguraba que el ejército de Viriato construia máquinas y hacia formidables aprestos. El senado se disponia á ocuparse de los graves acontecimientos de aquella noche y ya se prejuzgaba esta ruidosa causa. Se fulminaban por el vulgo, siempre ocioso, anatemas de maldicion contra los conspiradores, porque se creia que todas aquellas cosas nacian de los enemigos que querian vender la ciudad.

Los ánimos se acaloraban, y no faltó quien aseguró

que Aboncio era el autor de tamaños males. Habia contra este hombre una prevencion funesta : no se le creia ni honrado ni bueno; se juzgaba fingimiento todo lo que él hacia, y sus enemigos, que veian la ocasion de perderlo para siempre, no la dejaron pasar.

Se introdujeron en los grupos, sembraron algunas ideas que cundieron pronta y eléctricamente, y el pueblo acabó por pedir la cabeza de Aboncio. A los gritos de esta pretension, que venia acompañada de alaridos y de amenazas de desacato á la autoridad, el pretor Mario montó á caballo.

—¿Qué quereis? preguntó.

Pero la subversion habia llegado á su apogeo y la casa de Aboncio estaba ocupada por los revoltosos. Los muebles de su cámara fueron deshechos para encontrar un tesoro que no existia, porque Aboncio habia desaparecido sin olvidarlo. El pueblo, pues, quedó burlado y su furor no tuvo límites. Mario se retiró mandando que sus legiones obrasen militarmente, pero Itálica era un pueblo de soldados, y bien pronto el paisanage se convirtió en un ejército beligerante, y bien pronto una comision de este pueblo estaba fuera de la ley, obrando por sí, y presentándose al senado, dijo :

— «Padres conscriptos, Aboncio y su hija tienen relaciones con el enemigo : el uno ha huido ó se ha ocultado; la otra está bajo la proteccion del pretor y en su misma casa. El pueblo no dejará las armas si no se le entrega su víctima.»

Los senadores se consternaron : conocian á Emelina y veian que su muerte era infalible : tampoco estaba en su mano salvarla. El senado tembló por su seguridad y dió la órden de prision contra la vírgen. El pueblo se aprestó á cumplirla y se dirigió á la pretura. Emelina estaba moribunda : habia oido los gritos de muerte contra su pa-

dre y se habia refugiado en los brazos del generoso pretor. En estos momentos los gefes del pueblo se presentaron con la órden del senado. El pretor romano se estremeció y, del modo que otro pretor en Galilea hizo despues con una víctima mas ilustre, separó á la doncella de sus brazos y dijo al pueblo:

—Es inocente: caiga la sangre sobre vosotros: os la entrego.

El pueblo arrastró la víctima para entregarla á sus jueces; pero el pueblo que así obraba era una pequeña parte de ese vulgo que las costumbres habian hecho el mas bárbaro y exigente de todos los del mundo. Así es que en el momento que la doncella llegó á la gran plaza del Senado, se vió envuelta por esa turba feroz que pedia á gritos su muerte.

La muger volvió los ojos y no vió un rostro amigo ni una mano generosa: en los semblantes de todos vió pintados el furor y los deseos de saciar su ira: cien puñales se disponian á herirla á un tiempo, y la brutal mano de algunos mas atrevidos la arrastró á los piés de sus sacrificadores. Un hombre la agarró de los cabellos, alzó la diestra y, al descender el brazo armado de un puñal, se encontró detenido por un anciano.

—Dejad á la sacerdotisa de Diana, dijo.

La turba se paró.

—¡El sacerdote Cleon...! esclamó.

El anciano tomó la mano de la vírgen y se dirigió al templo de la Diosa.

CAPITULO VII.

LOS AMORES DE TANGEL.

Viriato esperaba á Tángel porque Tángel habia ofrecido salvar á Emelina. La aparicion de Endovélico, de ese Dios, protector del jóven guerrero, habia decidido á este á aceptar nuevamente el mando y á tomar con las armas en la mano á la orgullosa Itálica.

—¡A Itálica...! habia dicho el Dios.

Y á Itálica se dirigian las miras y las esperanzas de Viriato. Sabia bien que esta ciudad era fuerte y estaba bien custodiada: era preciso, pues, formalizar el sitio y empezar por construir máquinas. Los lusitanos no habian sabido jamás usarlas y Viriato no era el mas escogido maestro. Hizo, pues, venir á su campo artífices y hombres inteligentes que se dedicasen esclusivamente de es-

to. Entre tanto encargó á sus tenientes que escaramucease contra el enemigo; procurando cercenar sus fuerzas conservando las suyas, y no dejándolo reposar, y él se entregó decididamente á los preparativos del sitio.

Viriato hacia todo esto con ardor y entusiasmo; habia una cosa oculta que lo escitaba: la esperanza. La esperanza es el Dios, el ídolo de los amantes; mientras esperan gozan y, generalmente, esperan siempre; cuando concluyen de esperar, padecen en un momento mas que han gozado en un siglo.

—¡Siempre ella! decia Viriato. ¡Qué hasta las acciones mas indiferentes de mi vida lleven el sello, la idea, la existencia de esa muger...! ¡Años y años esperando...! Años y años deseando sin obtener...! La gloria me arroja sus palmas y sus laureles y el amor me niega la mas humilde de sus flores...!

Entre tanto la suerte habia salvado á Abuncio: al primer grito de los revoltosos, su oro y sus pocos amigos le habian ganado una puerta de la ciudad y, ya libre aunque pobre, vivia léjos de Itálica maldiciendo á su hija constantemente.

La madre de Tángel fué absuelta y lo mismo Abinio, aunque á ambos se les vigiló del modo mas inusitado. La ciudad se habia calmado y hacia sus preparativos de defensa, porque diariamente se sabia que el enemigo no cesaba un punto en los suyos.

Emelina, conducida por el sacerdote Cleon, habia desaparecido, y ni nadie habia preguntado por ella, ni este ministro de la Diosa pálida hubiera seguramente contestado. Pero una muger noble y tierna era la víctima espiatoria de todos estos acontecimientos: la madre de Tángel. Esta pobre madre no vivia; en su corazon habia una llaga viva y sangrienta: un secreto presentimiento le hacia creer el peligro de su hijo como si lo estuviera vien-

do. Lo mejor del caso es que; Tángel, si vivia en el peligro, vivia lo mas confiadamente del mundo. Si la afligida madre hubiera podido entonces mirar por uno de esos espejos mágicos de los cabalistas, habría visto á Tángel en los brazos de una muger; pero en los brazos de una harpía que le acariciaba para ahogarlo mejor.

Tángel, cuando se presentó el pretor Mario en la habitacion donde acababan de refugiarse él y Emelina, correspondió á la señal de Abinio, ó la entendió tal vez como mejor á su interés convenia; y, midiendo con la vista la altura de la ventana, saltó y se encontró en un vasto jardin. Sabido es que la Bética antigua (hoy Andalucia) estaba llena de jardines y que cada casa tenia el suyo: así es que el jóven prófugo, de uno en otro grupo de árboles, se alejó bastante de la casa cercada por los soldados del pretor, quienes tomaron su persecucion con la calma que les era peculiar.

Entre tanto Tángel, con esa indiferencia característica que ya le conocemos, se acomodó en un grupo de mirtos y se entregó al sueño mas dulce del mundo; porque él peleaba cuando se daba una batalla, comia cuando tenia hambre y dormia cuando tenia sueño; y cuando hacia una cosa seguro es que no pensaba en otra y se dedicaba á aquella con todo el entusiasmo de la fé. En fin, Tángel no tenia mas que presente; su vida se deslizaba insensiblemente sin recuerdos del pasado, sin ilusiones de lo porvenir: Tángel era el hombre como debe ser. Dormia blandamente y los rayos de la luna, quebrados en las lisas hojas de los vecinos arrayanes, se dibujaban en la animada faz del dormido mancebo. Tenia su cabeza apoyada sobre su brazo, dos cascadas de rizos negros se confundian con las húmedas y menudas flores del césped. Su frente serena y sin una arruga, manifestaba su valor y su tranquilidad.

Largo rato habia dormido y dormia todavía, cuando una muger, envuelta en un riquísimo caftán de cachemira, se deslizó al través de los altos árboles y se sentó al lado del jóven. Contemplólo largo rato y, asiendo una de sus manos,

—Levántate, jóven, le dijo; te persiguen y yo quiero salvarte.

Tángel se incorporó ligero como una gacela, y se puso á mirar á aquella muger que estaba cubierta con un velo.

—Por el cielo, señora, la dijo; qué es mi sino habérmelas con mugeres. ¿Quién eres?

—Vén, contestó la muger.

Y lo arrastró hácia otra parte del jardin. Tángel se dejó llevar con la mayor impasibilidad y sin pensar en otra cosa que si seria fea ó hermosa su generosa aparecida. Despues de haber pasado varias calles de árboles, la desconocida lo introdujo en un pabellon al piso de un jardin. El hombre del Asia se estremeció de placer. Las paredes, los techos y los adornos de aquellas misteriosas habitaciones eran de flores, pero tan desconocidas y variadas, que parecia que la naturaleza habia agotado todo su caprichoso poder. Pendian admirables grupos de alelíes al lado de elegantes jacintos que disputaban á las rosas los colores y el aroma. Millares de menudas florecillas se encaramaban por el erguido tallo del magestuoso floripondio, y el clavel, la dalia y otras mil magníficas dádivas de un suelo vírgen, se confundian con las plantas balsámicas y perfumadas del Oriente. El pavimento era de mármol de Paros, y el nácar y el marfil se mezclaban caprichosamente en bien entendidos embutidos. Algunos divanes, ricamente bordados, estaban esparcidos por dó quiera; varios pájaros, blancos como la nieve y pequeños como la mariposa, venian á posarse blandamente en los brazos de los huéspedes. Dos largas y magníficas pipas

de ámbar y de oro cincelado de Estambul, estaban cargadas de perfumado latakio. En las ramas de las flores habia trofeos de armas cuya riqueza asombraba, y respiraba el gusto y la inteligencia oriental; la trompa retorcida de la caza colgaba al lado del guerrero añafil; el venablo al lado de la lanza tunecina, y la ligera flecha cerca del envenenado dardo de tres puntas.

Tángel miraba y callaba.

Su conductora tocó un pito de oro y de entre las flores salieron dos esclavas y dos esclavos; las unas traian ricos mantos de muger, los otros blancos lienzos para hombre: quitaron á Tángel su jubon y lo envolvieron en un albo escampil bordado de perlas; las esclavas despojaron á su señora de la ropa esterior, la cubrieron con un largo manto coquetamente plegado, colocaron un magnífico turkí sobre su cabeza y quedó á la vista de Tángel como una diosa. Los esclavos sirvieron espumoso vino de Chipre, cebaron las pipas y, dejando una guzla de marfil en las manos de su señora, desaparecieron.

La habitacion estaba iluminada por una lámpara perfumada. La muger se dejó caer sobre un cogin, arrojó su manto sobre él y, fijando en el jóven una de esas miradas que tanto saben decir al son dulcísimo de la guzla, entonó esta balada:

—«Yo la hallé...! yo la hallé á mi flor querida, la de »hojas de perfume mas oloroso que el aroma de Visa»por...!

»La luna que alumbra las regiones del creyente; la lu»na querida de los amantes no ha alumbrado otro amor »como mi amor...!

»El arrullo de la tórtola que bebe las aguas santas de »Nicamur, no es tan dulce como la voz de mi amante...

»¡Oh...! ¡Vén...! ¡Vén...! Los amores de los hijos del »Oriente abrasan como las olas del mar de Mármara agi-

»tado por la borrasca...! ¡Oh...! ¡Vén...! ¡Vén...!»

La hermosa calló y se reclinó en el divan.

Tángel no habia menester tanto. Se acercó, tomó la guzla de las manos de su protectora, irguió la cabeza, alzó los ojos llenos de entusiasmo y de amor, y dijo:

—«Ninguna hermosa como mi hermosa; ninguna gala »como la gala del Oriente.

»Son tus ojos como los astros que preceden la venida »del sol que nace en el pais de los creyentes.

»Y tu boca es como la hoja aromosa de los valles de »Ceilan; y tu aliento como el aliento de Alhá sobre los »bienaventurados.

»¡Oh...! ¡Vén...! ¡Vén...! Eres la vida de la vida, la »gloria de la gloria... ¡Vén...! ¡Vén...!

»Las flores nos guardan un lecho de perfumes; los cie»los nos cobijan y el amor nos alienta... ¡Oh...! ¡Vén...! »¡Vén...!»

El árabe se habia ido aproximando arrebatado de entusiasmo... estaba cerca de la muger adorada... sentia su aliento... la suave impresion de sus cabellos abrasaba su alma... el jóven iba á reposar en el seno querido... una mano invisible mató en aquel momento la luz de la lámpara... Tángel estendió los brazos y cayó muellemente sobre..... un divan inerte que lo recibia compasivo...!

La muger habia desaparecido.

De repente la estancia se iluminó... un fuego rápido como un metéoro prendió en aquellas paredes... las mágicas flores se abrasaron... se comunicó el fuego á los techos... Aquella vestimenta de follage era artificial... Se quemó y dejó la estancia llena de un humo matador. El árabe conoció la traicion, dió un grito de furor y se sentó á esperar la muerte. Un momento despues su pecho se levantó, su garganta se secó, su respiracion se cortó, sus ojos se cerraron y su cuerpo cayó inanimado...

Un récio golpe de hacha resonó en un lado de la estancia... el jóven le oyó confusamente... la puerta cayó... apareció un hombre.........

Era Abinio...............

Va á salvar á su protegido; le busca y no le halla... la luz se apaga en aquella atmósfera de humo maleficiado... Abinio se sofoca... pierde el tino... desfallece... y cae sobre el mismo que salvar queria...! ....

Dos palabras bastarán para que nuestros lectores comprendan los sucesos que de narrar acabamos. Ya se dijo que Abinio al abrir la ventana cuando se presentó el pretor en su casa, habia advertido que una sombra vagaba entre las turbas revoltosas. Efectivamente, para este personage misterioso, la huida de Tángel no pasó desapercibida. Tenia preparado aquel artificio y, haciéndolo prevenir en el pabellon, condujo allí á Tángel valido del poderoso estímulo del amor. Pero esa muger apasionada era la misma que quiso envenenarlo, esa muger era la hermana de su padre, era la que solo con la muerte del jóven podia estar satisfecha. Abinio fué absuelto como hemos visto y solo pensó en seguir á Tángel: colocándose en el mismo sitio en donde lo vió saltar, siguió á la ventura y solo vió entrar dos sombras en el pabellon. Se ocultó detrás de unos árboles y desde allí vió entrar y salir y comenzó á sospechar. Felizmente adivinó... y entró; pero...: ¡ay...! difícil era ya remediar tamaña desventura...!

CAPITULO VIII.

UNA MUGER.

Nuestros lectores han recorrido con nosotros, sin saberlo, un período de treinta dias. En estos dias de dudas, de silencio, de incertidumbre, las personas interesadas en esta historia han ignorado absolutamente su suerte respectiva. La fortuna, constantemente ensañada contra ellos, habia hecho cada dia mas peligrosa su situacion.

¡La fortuna...! Necia deidad que el hombre se ha inventado en su orgullo y en su pretension de ciencia y de saber...! Disimulables son el *acaso* y el *fatalismo* entre los idólatras y entre los orientales, pero en el severo lenguage de la filosofía cristiana no hay fortuna buena como no hay fortuna mala. Nosotros encaminamos nuestras acciones al bien ó al mal y llamamos fortuna buena ó mala

al buen ó mal éxito de nuestros propios actos. ¡Necedad! Si cierto fuera que el bien y el mal dependen del capricho de ese ente ideal á quien pintan una muger colocada en una bola y sostenida sobre la punta de su pié, desventurados los mortales á quienes ese ente administrára justicia...! ¡Dios! El dedo del Eterno está señalando siempre, como un padre, el camino de sus hijos. ¡Guay de asustarse al aspecto de los abrojos que lastiman la planta del mortal! Las flores en el camino de la vida son siempre ponzoñosas; su perfume es deletéreo y destructor!

Si en la edad en que el juicio está maduro dirigimos una mirada retrospectiva; si examinamos concienzudamente nuestro pasado, ¿no encontraremos en él la causa de nuestro bien ó de nuestro mal presente? Si incautamente hemos acariciado las pasiones que se nos han presentado bajo las mas nobles y deleitables formas, ¿nos quejaremos de habernos dejado arrebatar de su brillo funesto y engañoso? ¿Llamaremos mala fortuna á lo que ha sido cobardía del corazon y olvido de las armas que Dios nos ha dado para combatir? ¡Aymé! los necios no conocen esto jamás y se encierran en su tumba guardando vírgen su ilusion: los sabios lo conocen cuando están desfallecidos para el combate, cuando solo les queda el triste recurso de avanzar silenciosamente hasta su hoya, envueltos en su sudario y devorando la realidad que los precipita á la muerte...! Y, sin embargo, la muerte del necio es la muerte del dolor; la del sabio es la muerte del arrepentimiento...!

Perdon, lectores, si, arrastrados tal vez aun de los fantasmas de una noche de insomnio, hemos tocado una cuerda sensible en demasía.

Desde que dejamos á Tángel y á Abinio asfixiados en el pabellon oriental, Viriato se consumia en la impaciencia de la incertidumbre, porque la incertidubre es la

muerte en las almas como la de Viriato. Esperaba á Tángel y sabia que Tángel no era capaz de hacerse esperar; alguna desgracia lo retenia.

Presidia el general la construccion de las máquinas que él creia habian de hacer pedazos los fuertes muros y las soberbias torres de la segunda Roma. Itálica se presentaba á sus piés como la viuda de un gran monarca desolada y vencida. Viriato lo veia esto en su ilusion, y en su ilusion hollaba el alto foro, cuyas bóvedas, tachonadas de oro, resonaban al compás de sus piés calzados con el acicate: las cien banderas de la orgullosa república eran holladas por las plantas de su caballo y, bajo su mano derecha estendida, se plegaban las inmaculadas togas de sus cien senadores...!

Cuando Viriato se encontraba bajo el influjo de esta ilusion, erguia su noble cabeza, alzaba la vista al cielo y nada tenia que pedirle porque habia llegado al apogeo de la felicidad; pero ¡ay! que al nombre de Itálica iba ligado, con una invisible cadena, el nombre de una muger... y, cuando esa idea se deslizaba en su mente, el guerrero se oprimia el corazon con su mano de hierro, doblaba la orgullosa cabeza y por su megilla huia una lágrima vergonzosa que dejaba un surco de fuego...!

Una noche, Viriato, paseaba bajo las altas copas de los viejos robles de un bosque secular. Los arroyuelos heridos por los rayos de la luna, semejaban cien culebras de plata que bullian en un pavimento de esmeraldas. Todo era soledad, todo silencio. Apoyando su espalda en el tronco de un árbol, el guerrero contemplaba la noche...

—¡Tantos años con este hierro que mata y con esta herida que me aniquila! ¡Bien hayan los dias de mis bosques...!

Viriato tocaba su armadura con sus manos vestidas con las fuertes manoplas; veia su robusta pierna empa-

quelada en la acerada greva, y su impertérrito pecho ahogado entre el espaldar y la cota. El jóven se desnudó las manos y arrojó en la yerba sus bruñidos guanteletes; se quitó el casco, y una montaña de apresados rizos cayó jugando con el frio hierro de la gola. Pasó muchas veces su mano por la frente, respiró libremente y quiso entonar una cancion de su vida de pastor...

»¿Qué se hicieron mi alegría
»y los placeres de un dia...?
»mis ensueños de ventura,
»de delicias y ternura,
»¿qué se hicieron...?

»Mis amores silenciosos
»y los ojos cariñosos
»que otros dias fortunados
»me miraban recatados,
»¿dónde fueron...?

»Mis prados de aroma rico,
»mi venablo, mi pellico,
»y la fuente cristalina
»donde yo via á Emelina,
»¿qué se hicieron...?

»Y del corazon la calma,
»y los placeres del alma;
»y mi bosque, y mi laguna,
»mi sol, mi luz y mi luna,
»¿dónde fueron...?

—¡Bah! dijo Viriato cayendo en un abatimiento profundo; para cantar es menester ser feliz, y para ser feliz es preciso vivir cerca de lo que se ama. El cielo me ha dado cierta superioridad sobre los hombres, don muy agradable si no me hubiera dado tambien muchos envidiosos que me acechan y me hieren traidoramente. El cie-

lo me ha dado un estado gratísimo si no me apartára de lo que mas amo en el mundo...

Despues de una larga pausa enjugó una lágrima y esclamó con desesperacion:

—¡Envidiosos...! ¿Queréis mi gloria, mi poder, mi saber y mi fortuna por una sola mirada de Emelina......?

Viriato habia ido á llorar á la soledad de su tienda.

La aurora venia: la aurora, el primer aliento del Criador abria las puertas de plata del oriente y derramaba su soplo virginal sobre la tierra manchada todavía con las tinieblas de la noche. En las cimas de los montes se dibujaban todos los colores del iris: las flores mecian su cáliz al son de una brisa regalada, y en ellas brillaban las redondas gotas del rocío como en la cabeza de una vírgen un cairel de perlas del Indo: á su luz se veia el campo de Viriato y los trabajadores encendian las hogueras que habian de caldear el hierro de los arietes: mas allá arrastraban enormes piezas de labrada madera: en el bosque se oia el golpe de la segur y, con un espantoso ruido, hendia el aire el pino que caia arrastrando las ramas de los árboles vecinos. No lejos los peones fabricaban las escalas para el asalto y los ginetes adiestraban á los indóciles potros á arrastrar las máquinas de guerra. Todo era movimiento, todo era entusiasmo y vida.

Sin embargo, la fama de estos preparativos habia llegado á Itálica é Itálica estaba gobernada por Mario. Hombre de guerra, Mario ponia la ciudad en un fuerte estado de defensa. Roma, herida tambien con el amago, enviaba un ejército al frente del que Lucio Sempronio Patro-Cino, griego de orígen, inspiraba terror. Pero Mario, no fiándose en agenos recursos, puso en práctica lo mejor de su política: llenó de espías el campo de Viriato.

Varias mugeres, con canastillos de viandas y vasijas de vino, iban y venian por los talleres. Como habitado-

ras de los lugares amigos, entraban y salían con libertad; pero realmente, por su conducto, Mario habia establecido una línea de espionage que le trasmitia las noticias prontas y seguras. Viriato no habia hecho mérito de esto, y solo habia pensado en saber de Tángel. Para esto habia mandado cuatro hombres disfrazados de leñeros y, á título de introducir leña en la ciudad, habian podido penetrar en ella. Mientras tanto Viriato devoraba su angustia porque la tardanza de Tángel indicaba una desgracia: aguardaba, pues, el regreso de sus esploradores con esa impaciencia propia de su impetuoso carácter. Entre tanto habian sorprendido los enemigos algunas de esas partidas encargadas de la conduccion de materiales, y sus gefes creyeron que aquellas sorpresas no podian realizarse sin estar el enemigo instruido de sus operaciones. Ocho dias contínuos, los celosos oficiales, se dedicaron á examinar estas sospechas, y pronto recayeron en las mugeres ó vivanderas que inundaban el campo. Confirmó esta opinion el que, apenas se esparció la sospecha, dejaron de acudir y desaparecieron á pesar de no haber tomado contra ellas ninguna medida. Con esto los ánimos se tranquilizaron, pero quedaron predispuestos á desconfiar de todas las mugeres que se presentáran.

Una noche, un oficial de Viriato, prestando un servicio de ronda, halló á una muger cubierta con un largo velo pero sin víveres ni bebidas. Examinada por el veterano, no supo contestar y fué llevada á la presencia del general.

En el momento ocuparon la tienda muchos oficiales y se formó una especie de consejo.

—¿Qué buscas en el campo? le preguntó Viriato.

—Señor, dijo la muger; busco á mi hijo que era soldado de vuestro ejército, y no le hallo.

—¿Cómo se llama?

La muger calló. Los oficiales alzaron un murmullo de indignacion.

—¿De dónde vienes? preguntó el general.

—De Itálica, contestó la muger.

—Enterradla, esclamó el concurso.

—Esperad, dijo el general; porque esa muger quiere hablar...

La muger, efectivamente, quiso hablar y ántes enseñó una órden de Mario para penetrar en el campo enemigo á buscar á su hijo, y regresar á Itálica. Entonces, todos, y el mismo Viriato, creyeron mas cierta su sospecha. El general volvió la espalda, los soldados se apoderaron de la víctima y, apenas hubieron salido de la tienda, cien puñales habian relucido sobre la cabeza de la víctima.

—Esperad, esclamó Viriato volviendo en sí.

Pero ya no era tiempo; solo halló un cadáver que se revolcaba en una charca de sangre. En su caida se habia desgarrado el velo y, á la luz de la hoguera, Viriato se paró á contemplar el hermoso rostro de aquella muger, cuyas facciones, graves y dulces, manifestaban otra cosa que lo que aparentaba.

En este momento el galope de un caballo llegó á los oidos del general. Alzó la cabeza y pronto el ginete de un salto dejó la silla y se precipitó en los brazos del gefe.

—¡Viriato...! ¡Tángel...!

Estas dos voces, acompañadas de sollozos, fueron las únicas que se oyeron.

Los dos amigos no sabian separarse, pero Viriato, impociente por saber de la que tanto le interesaba, obligó á Tángel á entrar en su tienda. Al pasar por el cadáver, preguntó el árabe:

—¿Qué es eso?

—Un espía; una muger, contestó Viriato.

Una rama se inflamó entonces en la hoguera é iluminó el rostro de la muerta...

Tángel soltó la mano de su amigo, acabó de rasgar el velo y, cayendo con la frente en el suelo, gritó desesperadamente:

—¡Asesino...! ¡Asesino...! ¡Asesino...! ¡Era mi madre...!!!

CAPITULO IX.

CONTINUACION.

Al amanecer, la tienda de Viriato, iluminada por la turbia luz de la naciente aurora y por el moribundo brillo de una lámpara que pendia de una rama del verde techo, parecia la triste y lóbrega mansion de las almas. En un lado de la tienda habia un lecho de pardas y velludas pieles, y sobre el lecho estaba tendido un jóven. Una blanca y delgada camisa de finísimo lienzo sin mangas ni cuello y un ligerísimo calzon de seda, dejaban descubiertos un pecho fuerte, una espalda robusta y un brazo y una pierna que podian competir con las de Hércules. Apoyaba su mano derecha una cabeza cubierta de negros rizos: la izquierda habíala abandonado entre las de otro jóven que sentado á la cabecera del lecho, le contemplaba ávida-

mente. Largas horas pasaron ámbos en este estado sin que se oyera ni una palabra ni un sollozo. Por fin, el del lecho, incorporándose repentinamente y dando una estrepitosa carcajada, fijó la vista en su compañero y, despues de un momento de contemplacion, dijo:

—Tú no podias saber que tenia madre, ¿no es verdad, Viriato?

—Amigo mio, contestó este; ignorábalo por cierto, y además, te juro por los dioses y por mi padre Envélico, que ni mi autoridad ha decretado ese asesinato ni mi mano se ha manchado con ese crímen.

—¡Fatalidad...! esclamó Tángel; los hombres nacidos bajo el sol abrasador del África estamos siempre bajo ese imperio... yo mas que nadie. Los primeros afectos de mi corazon llevan un síno de muerte. Sin duda nací ambicioso y los cielos me quitaron el trono que debia pisar; pero para quitármelo lo arruinaron. Tuve un padre y mi primera caricia fué el primer soplo de su agonía... Tuve una madre y cuando quise recibir su segundo abrazo... el segundo... sí... sí... ya lo ves, he abrazado un cadáver! Mi pecho se ha roto en mil pedazos..... mi corazon ha abierto todas sus llagas... mi alma ha perdido todo su vigor... y, sin embargo, yo no he podido llorar...! ¡Llorar...! ¡Oh...! Viriato...! Y tú no puedes enseñarme á llorar...!

El jóven se quedó sumido en una profunda meditacion. Despues su semblante se contrajo con una sonrisa de amargura y continuó:

—Lo mejor del mundo han sido mis primeros amores. Yo tenia delante una muger hermosa como el aliento de la mañana... yo veia su pecho levantarse con el fuego del amor... yo iba á abrasarme en ese fuego de delicias y de ternura... ¡Oh...! yo encontré allí la muerte con la máscara de la vida...! Escucha, Viriato; he resuelto mo-

rir. Cuando haya abrazado el cadáver de mi madre aspiraré un veneno dulce y aromático que tiene una planta que conozco y, al son de mi guzla, entonaré mi cántico de muerte. Tú lo escucharás y, cuando adviertas que mis dedos recorren errantes y flojos las aceradas cuerdas; cuando veas que mis ojos se cierran y que mi voz se debilita, ya no tendrá remedio, entonces... tú me evitarás el dolor de la agonía... porque la agonía siempre es cobarde y, sepultando tu puñal en mi corazon, no padeceré un momento... Así no te daré lástima, porque al verme morir no querrás que padezca... Ahora, viéndome bueno, no podrias y tu puñal encontraria la cota de la amistad... Viriato, ¿me lo prometes?

—¡Jamás...! contestó Viriato; no permitiré que mueras....! ¿Qué haria yo en un mundo que ha sazonado todos mis pesares con la gloria, como si la gloria fuera bastante para la felicidad? ¿Qué haria yo sin tí, sin el amigo de mi alma? ¿Crees tú que tus pesares son los únicos graves que hay sobre la tierra...? ¡Pobre amigo mio...! ¿Piensas que los que rien no sufren, que los que cantan no padecen...? No, no. En medio de los hombres y de sus fiestas; en el regalo de sus bullicios, yo... yo mismo aparento una alegria que no tengo, un sosiego que no poseo. Es mas tormentoso disimular la pena que tenerla; es mas difícil fingir alegria que estar alegre. Mientras se nutre el corazon de llanto amargo y escondido, se abre la hoya que nos ha de arrancar del mundo. Cuando en el corazon hay una llaga siempre viva, la imaginacion se contagia: á la realidad terrible se agregan sueños y fantasmas mas terribles todavía; el mal crece porque no se llora, porque entre los hombres no existe el respeto al mal del prógimo, porque ese mal, que no se esconde, es objeto de calumnias mas ó menos groseras; y porque, si el mal se oculta, se crea un padecimiento mas terrible

todavía que el mismo mal. La santa amistad templa el infortunio; amar y ser amado es la suprema felicidad. Tángel, amigo mio, alza la frente... tu porvenir es hermoso aun... Llora... sí... llora... yo te enseñaré á llorar! Yo que he visto, sin enternecerme siquiera, montones de cadáveres... Yo que he hollado, sin conmoverme, los restos de vida del herido moribundo; yo que he pisado charcas de sangre que ha salpicado mi rostro... Yo he llorado el mal de mi alma... Las lágrimas han surcado mis megillas...! ¡Oh! Vén... vén á mi pecho, cuéntame tus penas y las mias y lloremos ahora los dos como hombres y combatamos despues como leones. Los sollozos del alma preceden al ruido del combate... Vivamos hoy como amigos y muramos mañana como valientes...!

Tángel se arrojó en los brazos de Viriato, y ámbos amigos se miraron... el árabe lloraba... el árabe se habia salvado...

Los dos amigos, ya serenos y mas tranquilos, comenzaron á contarse sus penas: Tángel contó á Viriato toda su historia, que no referimos porque la saben nuestros lectores. Mientras esto sucedia, los tenientes de Viriato, sabedores por su general de la calidad de la interfecta, habian formado el ejército. Reunidos en una inmensa llanura, habian alzado una brillante pira de olorosos cedros. Guardábanla los sacerdotes de Envélico y una guardia de honor. Pronto se oyeron las trompas y atabales que tocaban una marcha lúgubre. Al son de esta marcha venia el ejército, á cuya cabeza iban los tenientes de Viriato á pié y cubiertos con el manto: venia despues la infantería con las lanzas arrastrando por tierra; la caballería desmontada trayendo los caballos por las bridas. En medio ocho centuriones venian cargados de unas parihuelas fabricadas de ramas de oloroso aloe y de flores silvestres. Allí estaban los restos de una víctima del amor ma-

ternal. Al pasar por la tienda la música sonó en los oidos de Tángel. Incorporóse y de un salto se puso en la puerta. Miró las andas, lloró y, volviéndose á Viriato, dijo:

—¡Era mi madre!

El general, con la cabeza descubierta, se colocó detrás del cadáver y, asiendo de la mano á su amigo, siguieron en silencio á la lúgubre comitiva hasta la pira. Cuando el cadáver estuvo sobre ella, Viriato puso una tea en manos de Tángel, este se arrodilló y, vertiendo una lágrima, dió fuego á los secos cedros, vió á su madre envuelta entre las llamas y volvió lentamente á la tienda seguido de Viriato.

Sin necesidad de mucha fatiga por nuestra parte, pondremos al corriente de los acontecimientos que no se saben. Dejamos á Tángel asfixiado y sin esperanzas de vida, y desde la noche de su desgracia en el pabellon hasta la en que se presentó en la tienda de Viriato ha corrido un mes. ¿Qué ha hecho en este mes? La puerta, rota por Abinio, fué bastante para que el aire esterior penetrára en aquella habitacion impregnada de humo. El aire estrajo poco á poco aquel gas matador y Tángel abrió los ojos á la vida cuando poco le faltaba para espirar. Tángel no era hombre para detenerse en hacer comentarios. Así como habia aceptado antes la muerte, así ahora aceptó la vida que le deparaba la casualidad.

Débil, pero animoso se levantó y, sin reparar en Abinio que estaba tendido y envuelto en las sombras de humo, salió del pabellon y el aire le hizo recobrar todo su conocimiento. Entonces miró el pabellon y el jardin y quiso recordar por qué sitios habia sido conducido allí. Creyó adivinarlo y se perdió: siguió á la ventura y, saltando las cercas, se encontró en la calle y en medio de la ciudad.

Despues de las mas vivas pesquisas dió con la casa de

20

su madre... Su madre no estaba allí; no estaba Abinio ni tampoco estaba Emelina, y Aboncio habia desaparecido y su casa habia sido saqueada. Tángel veia venir la noche y se sentó en un poyo. Comenzaban á rodar negros pensamientos por la mente del jóven y esto sucedia por la primera vez de su vida.

Sin embargo se acercaba la hora de dormir y Tángel no era hombre que se ocupára en pensar cuando tenia sueño: habia perdido su capa y en el pabellon se habian quedado sus armas. Como el jóven sabia hacer comparaciones muy exactas, se dijo á sí mismo.

—No faltaria alguno que hoy se creyera muy desgraciado... ¡Bah...! Yo estaba muerto y ahora estoy vivo; siempre es ganar.

Entonces se acurrucó en el poyo y esperó la noche para dormir. Llegó esta, mas lúgubre por cierto de lo que fuera menester, y cuando á los ojos de Tángel faltó la luz, ya se habia dormido profundamente. Sin embargo, se despertó muchas veces y cuando vino la aurora se encontró fatigadísimo y en términos de no poder dar un paso.

Fué la primera vez que se vió cobarde.

Sus piernas flaqueaban, su cabeza se abrasaba, rodaban todos los objetos que miraba y, este principio de una fiebre ardiente, le pareció comenzar á morir. Pronto sucedió el desmayo y cayó en tierra.

Habia trascurrido media hora, cuando un anciano venerable pasó por allí, lo vió y lo hizo conducir á su casa. Dos horas despues Tángel estaba en una magnífica casa y un hombre gordo, calvo y pequeño lo contemplaba ávidamente. Tángel deliraba: hablaba de un reino y de un trono, de una madre y de un amigo, y así pasó dos dias. El tercero los medicamentos obraron; el jóven arrojó mucha sangre por la boca y por la nariz y comen-

zó á recobrar el sentido; pero era tal su estado, que no hizo reparo ni aun de la habitacion. Por la noche el esclavo que lo velaba estaba dormido; la sala, alumbrada por una lámpara de pálida luz, apenas permitia á Tángel ver los objetos, pero el jóven habia recobrado perfectamente el sentido. Volvia sus débiles ojos, y despues de girarlos por el aposento, los fijó en un punto ocupado por una persona. Pasó suavemente su mano por la cara cubierta de sudor y dijo:

—¡Otra ilusion! ¡Otro encuentro misterioso! Mi vida es la vida de las ilusiones... pero ¡ay! se acabaron...

El jóven se volvió al lado opuesto y al mismo tiempo el dolor le arrancó un lamento.

—¿Qué teneis? le dijo una vocecita dulce como el sonido de una harpa. Volvió el jóven la vista y vió á una muger jóven y hermosa.

—Por el cielo, contestó, que no parece sino que en vuestro sexo he de hallar yo mi perdicion. Los dioses premien vuestra caridad pero no necesito nada.

—¡Nada...! esclamó la muger.

—Nada, volvió á decir el jóven; ó por lo menos necesito lo que vos no me dareis.

—Yo no os daré lo que necesitais...!

La jóven pronunció esto con tal dolor que Tángel se volvió y le tomó una mano. Un fuego rápido como el de una centella se apoderó del alma del mancebo. Aquella mano suave y blanca lo contagiaba: ya sabemos bien que Tángel no necesitaba muchos estímulos.

—Bien, le dijo; dadme amor y felicidad.

La jóven calló; él llevó su mano á su boca abrasada; en su exaltacion cayó su cabeza sobre el pecho de la vírgen... sus labios se juntaron y el mancebo cayó abrasado sobre su lecho porque su alma y su cuerpo estaban demasiadamente débiles para soportar impresiones tan vi-

vas. En este momento un anciano, el mismo que habia acogido á Tángel, entró silenciosamente, tomó á su hija por el brazo, la hizo salir del aposento, volvió al lecho del enfermo, lo miró y desapareció.

Tángel pasó varios dias entre la muerte y la vida; al fin su robusta complexion venció á la terrible enfermedad y, cuando pudo dejar el lecho, el anciano se le presentó.

—Jóven, le dijo; os encontré moribundo y os recogí. Yo no supe quien erais porque los dioses protegen la hospitalidad. Enfermo, he sabido que erais enemigo, pero se os busca y no he vendido vuestra cabeza. Venid.

Tomó á Tángel de la mano, bajó á la calle, montó á caballo y, haciendo cabalgar en otro á Tángel, lo puso en la puerta de la ciudad.

—Partid, le dijo; y decid á Viriato que lo esperamos: mi casa ha sido la salvacion del enfermo; mi espada será la muerte del enemigo.

Tángel arrimó los talones al animal que partió como una flecha y llevó al gineto á los brazos de su amigo y al cadáver de su madre.

CAPITULO X.

—

ESPIRITU Y MATERIA.

TÁNGEL, amigo mio, hétenos bajo nuestra magnífica tienda y sin temblar delante de los muros de la soberbia Itálica. Ya ha llegado el momento. Cuarenta mil hombres y quinientas máquinas esperan mis órdenes: á mi voz se arrojarán como bravos chacales: mil escalas se arrimarán por robustos brazos á la vírgen muralla; el sol se cubrirá con las flechas, mis soldados cabalgarán en las recortadas almenas de la segunda Roma, y sus puertas caerán hechas pedazos para darnos paso. Amigo mio, que nuestras espadas sean las primeras que brillen en lo alto del muro; acuérdate de que ese para todos es el camino de la gloria, para nosotros el del amor.

—¡El amor! Y piensas realmente ahora en el amor? Yo no comprenderé jamás á los españoles. Vais á comen-

zar un negocio y ya contais con lo que ha de suceder despues. Yo no pienso ahora mas que en que estoy fumando, en que platico contigo, y ni aun remotamente pienso en lo que sucederá dentro de dos minutos. ¡El amor! Pues vaya una ocurrencia! ¿De qué color son tus amores, Viriato? ¿Qué magia tiene para tí esa palabra que te anima, te fortifica y te consuela...? Amor, amor... y te dejas escapar las mejores hembras de la Lusitania por ese amor que es como los pájaros del Senegal que cantan y no se ven.

—Me lastimas, Tángel. Respeta un afecto que forma parte de mi existencia. Tus amores y los mios jamás se parecerán. Los mios son la perenne ilusion del alma; amar y ser amado y nada mas. Tú no comprendes así esa pasion; en tí no es mas que un goce material en el que se interesa mas el cuerpo que el espíritu: arrancas la planta por gozar de una vez su hermosura y su perfume, y los cielos te castigan porque la planta se marchita en tus manos, pierde su verdura y su aroma y se convierte en un haz de secas hojas que tienes que arrojar lejos de tí. No la toques, y esa planta te dará siempre auras perfumadas y célicas flores. Lo confieso, el amor ha formado en mí una segunda naturaleza. Yo pienso en la muger amada; se presenta á mi mente aérea, espiritual, fresca, pura, sonrosada, con su sonrisa virginal, con su amor mas virginal todavía... cuando me dice: «Te amo» en vez de arrojarme á sus brazos, me retiro, la contemplo, tiemblo tocarla porque me parece que el menor contacto de la impureza le ha de robar esa sonrisa, esa paz, esa dulzura, esa belleza, esa mirada santa, pura é inmaculada que forma en mi corazon ese ídolo de veneracion, ese venero de delicias. Si el cielo tiene destinado que no vuelva á oir de su boca una palabra de amor, la guardaré en mi pecho un altar de dulces recuerdos: si, por mi

fortuna, volviera á escuchar esa palabra, seria lo que he sido y... nada mas.

—Bien: cada uno piensa de ese afecto como quiere. Yo no tendria cachaza para amar así; y no por eso solo, sino porque realmente no lo comprendo: yo no guardo de mis amores la mas pequeña reminiscencia en saliendo de la presencia de la muger amada; y si encontrára una que pensára como tú, que no lo creo, la miraria de piés á cabeza como un animalito raro y esquisito. Qué bueno seria comer como tu amas; no tocando los manjares porque no pierdan su forma, ni las aguas su trasparencia ni las frutas su color...! Yo enciendo mi pipa y me huelgo viendo consumir su pefume á fuego lento; contemplo esa magnífica y juguetona espiral de humo azul que se difunde en el espacio; cuando el aire del tubo se refresca, la pipa no chispea y el humo se disipa... la realidad se ha concluido y arrojo la pipa como una cosa que me estorba.

—¡Maldito de los cielos, Tángel, cómo blasfemas!

—Blasfemo porque encuentro el mundo como es y tú te lo formas á tu capricho. Predica tus amores, forma de ellos una doctrina y los hombres te despreciarán.

—Eso no quiere decir otra cosa sino que los hombres no son como algun dia serán.

—Afortunadamente, Viriato, los hombres comprenderán que *el ser* de tus amores es el *no ser* de los hombres, y se reirian de tí.

—Y no te acuerdas, Tángel, de tu bella incógnita?

—Nó: me acordaba aquella noche; pasó y pasó tambien todo lo que habia de comun entre los dos. Mira, aquella jóven amaba á mi manera: por el cielo santo, Viriato, que si á aquella criatura la hubieras predicado tus amores de ilusion, te habria hecho la burla mas pesada del mundo.

—Es decir que tú has encontrado mugeres de tu laya?

—Sí, y por cierto que han sido bien mal empleadas. La primera se me convirtió en un cogin piadosísimo, y la segunda... ¡oh! la segunda... se llevó un solemne chasco... me desmayé como un salvage.

—Ja... ja... ja... deja que me ria, Tángel. ¿No lo ves? Y si hubieras seguido mi doctrina?

—Entonces aun estaria ahora desmayado.

—No te entiendo ni te entenderé jamás. ¿Qué diferencia podemos encontrar entre tí y un...

—Caballo? Ninguna... ¿Por qué no concluyes? ¿Crees que me ofendo? Mira, Viriato. La mayor parte de mi vida la he pasado en un torbellino de goces y de desgracias; pero ni yo los he buscado ni los he llorado. Yo hoy no soy lo que ayer: sin duda de tí me he contagiado. Ahora me acuerdo del pasado, pienso en el porvenir y hé aquí lo que sucede. El recuerdo de lo que *fué* y el pensar en lo que *será* me hacen olvidar lo que *es*: voy á entrar en ese mundo de ilusiones en las que tú vives y en las que yo no encuentro maldita la gracia. Mi Dios es del momento: amo cuando tengo delante á una muger que me gusta; cómo cuando tengo hambre; bebo cuando tengo sed; duermo cuando tengo sueño; veo al amigo y lo abrazo; veo al enemigo y lo acometo: los sollozos de efusion del uno y los gemidos del otro, ni me alegran ni me entristecen: cada cosa está en su lugar; ¿quisieras que gimiera de agonía el abrasado y sollozára de placer el herido? Eso no puede ser. Yo ahora no pienso en encontrar en Itálica á mi bella desconocida porque todavía no estamos allí y, antes de llegar, puedo encontrar la muerte, y entonces el cambio seria un poco duro: así como aceptaré una estocada que voy á buscar por otro tanto, así me gozaré si topo á aquella ú otra que no sea de tu escuela... si lo es, mas vale una estocada.

En este momento Viriato y Tángel se levantaron; el ejército habia comenzado sus operaciones. Un oficial se presentó á Viriato.

—General, tus órdenes se han cumplido.

—Bien, dijo Viriato.

Efectivamente, la ciudad quedaba bloqueada rigorosamente.

Los efectos son los mismos en toda ciudad ó plaza bloqueada: interceptar las comunicaciones esteriores; pero aunque Itálica sufre la rigorosa línea de bloqueo de Viriato, nosotros somos gente que nos metemos en cualquiera parte; costumbre que, sin duda, se nos ha pegado de nuestro pais natal, y así es que, por ahora, estamos dentro de la ciudad y en un vastísimo salon cuyos techos artesonados rematan en un elegantísimo cimborio, cuyas paredes están vestidas de telas de brocado y cuyo pavimento es de blanco mármol de Paros. Por dó quiera se vén trofeos venatorios, cabezas de javalíes, cornamentas de ciervo, pieles de panteras y guedejas de leones, arcos, flechas, dardos, javalinas y afilados chuzos están simétricamente colgados entre sonadores caracos y retorcidas trompetas. Varios pebeteros perfuman aquel escondido lugar y, sobre un altar de plata, oro y lapizlazulí, está gallardamente colocada la estatua de Diana la cazadora. En dos hileras hay hasta veinte vírgenes todas que apenas cuentan diez y ocho primaveras y cuya hermosura puede competir con las fantásticas pinturas del divino Apeles. Traen el cabello partido en dos cascadas de largos rizos. Una túnica de blanco lienzo, plegada desde el cuello, flotante y magestuosa cae hasta los piés calzados con una sandalia de seda. Un pesado cordon blanco ajusta bajamente su talle. Las mangas son anchas y cortas y los torneados brazos van guarnecidos de brazaletes de blancas perlas. Desde la cabeza al suelo envuelve á las

vírgenes un manto de gasa sujeto con una corona de rosas blancas. El sacerdote Cleon está en medio de ellas, con una modestia y compostura, que causa admiracion y respeto.

Cleon purificó el altar y preparó el cacrificio. Un ciervo, arrastrado por dos vigorosos mancebos, fué colocado á los piés del ministro. Entonces cuatro vírgenes se presentaron trayendo en medio á otra igualmente hermosa y del mismo modo vestida. La neófita llegó al altar y las vírgenes entonaron las alabanzas de la Diosa.

LAS VIRGENES.

Reina de Oriente,
pálida luna,
no hay en tu frente
mancha ninguna.
Diosa benéfica,
cándida Diosa,
oh, Diosa púdica!
vén jubilosa.

CLEON.

Y de la vírgen
el sacrificio
mira con rostro
ledo y propicio.

—Vírgen, dijo Cleon; vienes con libre voluntad á consagrarte á la casta Diosa?

—Sí, vengo, contestó ella.

—¿Sabes que desde hoy tu vestalidad te separa del mundo y que quedan rotos todos los lazos que á él podian unirte?

—Lo sé, contestó la doncella.

Entonces el sacerdote, con unas tigeras de plata, cortó un rizo de la magnífica cabellera de la jóven, hizo lo mis-

mo con algun mechon del testuz del animal y, uniéndolos, los arrojó al pebetero. Como si hubieran arrojado á la lumbre un cebo de pólvora, así se inflamaron repentinamente y, convertidos en denso humo, dejaron en el espacio un aire corruptor. El sacerdote frunció las cejas y miró á la vírgen. Entonces clavó el cuchillo en el testuz del ciervo que cayó á los piés del altar, abrió su vientre, examinó las entrañas de la víctima, y se volvió á la doncella.

—Vírgen, la dijo; ¿realmente no hay sobre la tierra una persona que tenga derecho á reclamar tu corazon?

—Si la hay, contestó una voz bronca que salia de un hombre alto y grave que estaba en la puerta.

—¿Quién eres tú que así te atreves á profanar el templo de las vírgenes y el altar de Diana?

—Te equivocas, sacerdote, yo no profano nada. Doncella, ¿recuerdas algun dia que te hace estremecer de alegria? ¿Tu corazon podrá ser de Diana? ¿La Diosa aceptará un sacrificio al que te conduce la desesperacion? Hija de Aboncio, vén, Viriato te espera.

La vírgen calló, asombrada, y se dejó conducir por aquel hombre cuya mirada aterraba y consolaba al mismo tiempo.

El templo se cerró detrás de Emelina.

CAPITULO XI.

LA BELLA DESCONOCIDA.

Viriato habia entre tanto formalizado el sitio de Itálica porque, acometida su línea de bloqueo por el ejército romano, tenia que distraer sus fuerzas para contenerlo. Con la vehemencia propia de su carácter intentó repetidos asaltos, pero Mario, el gobernador de la ciudad, se habia propuesto morir antes que rendirse. Sin embargo, escaseaban los víveres y, si Viriato hubiera sabido esta circunstancia, habria conquistado por hambre una ciudad difícil de conquistar por las armas.

Como quiera que sea, animado el ejército español con el ejemplo de su gefe, despues de muchos dias de constancia, llegó á poner á los sitiados en el mas terrible apuro. Mario, que habia hecho propósito de no escuchar ni

las capitulaciones mas ventajosas, viendo consumidos sus almacenes, dió órden para que abandonáran la ciudad los ancianos, niños y mugeres, pero antes de abrir las puertas mandó un mensage á Viriato. Este escuchólo y, aunque sus capitanes hiciéronle entender que esta licencia era quitar un estorbo al enemigo y por consiguiente facilitarle el triunfo, Viriato contestó *que él no peleaba ni con viejos ni con mugeres.* Salieron, pues, unos y otros con lágrimas de amargura, porque dentro de aquellos muros quedaban las prendas más amadas de su corazon. Desde aquel momento, sitiadores y sitiados hacian prodigios de valor.

La amable persona á quien nos atrevemos á dedicar este humilde ensayo, es mas digna, por cierto, de escuchar el dulce laud del trovador amante que la sonorosa trompa de Marte belicoso. Por eso pasaremos por alto los asaltos, embestidas, combates y escaramuzas que todos los dias y á todas las horas se daban delante de la ciudad sitiada. Si hemos, en otros capítulo, contado batallas y lides, pedíalo así la historia y no nuestra intencion.

Cuando venia la noche habia entre los sitiadores y sitiados la tregua necesaria para el descanso, y Viriato se retiraba á su tienda despues de haber corrido todo el dia á caballo de uno á otro cuerpo combatiente. Allí, mientras todos dormian, él se entregaba libremente á tristes pensamientos que aniquilaban su alma apesarada.

De un amor de tantos años ¿qué habia quedado? Nada. ¿Tal vez un rizo de rubios cabellos? ¿Tal vez un ramo seco de blancos jazmines? Eso es: una de esas galanterías que dan tan bien el amor como la compasion. Y hé aquí el premio de una pasion que él habia divinizado. Porfiado habia con su amor propio el guerrero lusitano; habia invocado, lleno de fé, su gloria, su poder, su for-

tuna para conjurar esa pasion que avasallaba su alma como un mal espíritu; pero todo habia sido en vano.

La imágen de la muger adorada venia á su mente á todas horas y siempre celestial, siempre hechicera. Nadie, mas que el que sufre, sabe lo que es desear sin obtener, apetecer sin conseguir. Cuando así se padece, es horrible estar solo... ¡Solo...! La soledad es la muerte cuando el alma padece...! Viriato estaba solo porque no tenia á su amigo: Tángel no estaba.

El hombre positivo habia desaparecido en pos de una ilusion. Tángel; aquel que, despojado de todas su armas y sin mas vestido que una delgada túnica, pasaba las noches durmiendo porque entonces no se combatia; aquel hombre, repetimos, no desataba las evillas de su coselete ni dejaba la lanza de la mano. Viriato estaba sorprendido; y así como de dia era disculpable ese ciego ardor con que se arrojaba al combate, de noche, ¿qué hacia? La mañana traia á Tángel á la tienda de su amigo: cada noche habia llevado un objeto: ó una sorpresa ó un descalabro al enemigo; pero en esto mismo encontraba Viriato el misterio. Tángel era opuesto á todos estos combates quo se buscan y se espian traidoramente. Tángel buscaba al enemigo leal y bizarramente y nunca con insidias.

Pues, ¿qué tenia nuestro amigo? Amor. A pesar de su filosofía... amor. La desconocida fatigaba su alma: su padre era viejo y ella era muger... debia de estar comprendida en el bando de Mario y debia, segun él, haber salido de la ciudad. Esto no admitia duda... á Tángel le quedaba concluir la obra que Mario habia emprendido: buscarla. Eso hacia cabalmente: los dias destinados al combate y las noches á esta inquisicion agitada, llevaban al africano al estremo en punto á salud, y Viriato temblaba por el estado de su amigo.

En el momento que describimos, el general estaba mas que nunca agitado: Tángel no habia aparecido en cuatro dias; ni se le veia en la batalla ni en la tienda ni nadie sabia dar razon de él. ¡Qué tormento para el corazon de Viriato!

Buscaba con afan á su amigo y lloraba ya sobre su memoria: sus capitanes no podian consolarlo, y apenas dejaba su tienda mas que los momentos precisos para dirigir las operaciones. En este estado de desasosiego mandaba esploradores por todas partes, pero nadie sabia el paradero de Tángel.

Una noche estaba Viriato á la puerta de su tienda; las nubes, antes apiñadas, habian ido estendiéndose y formando un manto negro que ocultaba la luz de las estrellas; el trueno sonaba en el espacio y las montañas repetian temblando el eco de la tempestad. En la oscuridad brillantes relámpagos surcaban el horizonte y dejaban, por un momento, una luz pálida y sepulcral. Los sitiados se habian guarecido en las murallas, los sitiadores en sus tiendas y barracas. El galope de un caballo sacó á Viriato de su distraccion, y un momento despues Tángel estaba en sus brazos. Pero el africano, desde el seno de su amigo, cayó sobre el lecho, diciendo á los escuderos de Viriato:

—Desarmadme.

Viriato, asustado, fué él mismo á desatar las evillas del coselete, pero cada pieza estaba destrozada y, en quitando las mallas, la túnica estaba pegada al cuerpo por endurecidos cuajones de sangre. Una herida manifestaba sus cárdenos labios... en ella se veia la punta rota de una lanza...

—¡Horror...! ¡Maldicion...! ¿Qué es esto? esclamó Viriato.

—¡La muerte...! contestó Tángel sin conmoverse.

El general hizo una señal y, seguido de uno de sus escuderos, se acercó un médico. Examinó la herida y, aplicando algunos medicamentos, le dijo á Viriato.

—General, las horas de tu amigo están contadas: el hierro de la lanza impide obrar sobre la herida: su estraccion podria salvarlo y pudiera matarlo tambien.

Tángel lo oyó.

—Dejadnos solos, dijo; en hablando con Viriato, mi mano sacará el hierro y moriré.

Los dos amigos quedaron solos.

—Amigo mio, comenzó Tángel; agitado por una pasion loca por aquella muger á quien apenas conocia pero que ejercia una influencia fatal en su corazon, creí que el bando de Mario la habria comprendido. Efectivamente fué así, pero yo ignoraba donde la encontraria. De dia combatia á tu lado; de noche inquiria, preguntaba y recorria el pais reventando los mejores caballos. Así pasé largos dias combatido por una pasion que mina y destruye mi existencia, cuando hoy hace cuatro que uno de mis esploradores me dijo:

—La muger que buscas está en el bosque de Diana.

Dejé mi caballo y, trepando los montes que circundan el bosque, pude, de noche, aproximarme al cuerpo de enemigos que custodian el templo sagrado. Como aquel punto no se vé jamás atacado por nuestras tropas, pude pasar en la oscuridad por uno de los soldados aventureros: algunas monedas á los camaradas me franquearon la entrada hasta los jardines reservados y allí esperé. Mi fortuna ó mi desgracia me trajo por la mañana á las plantas de la muger amada. Ella paseaba sola por las encubiertas filas de árboles y yo me arrojé á sus piés.

—Tángel, me dijo; los dioses han oido mis votos.

Yo la estreché contra mi corazon... el primer beso de sus labios fué el bálsamo que curó la honda herida de

mi alma. En aquel momento su padre nos sorprendió.

—Jóven, me dijo; ¿harias la ventura de mi hija?

—Sí, anciano, le contesté; yo lé daré un trono, yo le daré una alma y un amor eterno.

—Príncipe, me replicó el viejo; yo no quisiera que se uniera á tí, pero he visto cuanto ha padecido en tu ausencia y no quiero causarla la muerte... Tómala, tuya es... Los dioses os bendigan como yo...

El anciano calló, la vírgen se arrojó en mis brazos.

—Antes que brille dos veces el sol, continuó el viejo, el sacerdote Cleon te llevará á tu esposa á la tienda del general tu amigo y mis esclavos te llevarán su dote. Ahora parte... tu presencia es peligrosa en este sitio.

Me dió un caballo y partí; pero, al salir del bosque, un hombre, seguido de algunos otros, me asió las riendas y me dijo:

—¡Traidor! ¿Aun vienes á buscar á mi hija en su retiro...?

Este hombre era Aboncio; su hija está en el templo de Diana.

Tángel hizo una pausa, Viriato lanzó un suspiro, y dando una violenta patada, esclamó:

—Es mia; esta vez no me escapará.

Tángel calló y luego continuó así:

—Aquellos hombres me acometieron, me defendí hasta que pude y...

Tángel cayó sobre el lecho. Viriato se aproximó... todavía vivia... todavía, ayudado de su amigo, pudo incorporarse.

—Viriato, dijo; sufro dolores de muerte... ve á buscar á Emelina... cuida de la viuda de Tángel...

Entonces el dolor le arrancó un grito de desesperacion: con mano fuerte agarró el hierro de su herida, y pronto como el rayo lo arrojó al suelo...

La llaga se abrió y despidió una fuente de sangre... Tángel esclamó:

—¡Andrómeda...! ¡Viriato...!

En aquel momento una muger se precipitó en el lecho. Sus labios estaban pegados á los de un cadáver... La vírgen alzó la cabeza, miró á su esposo y fué á caer moribunda en los brazos de Viriato... Un sacerdote, severo como su ropa talar, y algunos esclavos y capitanes presenciaban mudamente esta escena de dolor... Un hombre alto y fornido, de faz severa y de grave continente rompió por entre las filas de espectadores y, acercándose al general...

—General, le dijo; Emelina te espera... Emelina peligra...

Viriato lloraba; Viriato acababa de recibir un golpe irreparable. Un trueno espantoso anunció la despedida de la tormenta. Una trompeta dió la señal de ataque.

CAPITULO XII.

LA MUERTE AL TOCAR LA DICHA.

Tres dias habian trascurrido. La escena que hemos referido ha dejado en el alma de Viriato una huella sangrienta. En su desesperacion juró aniquilar á Itálica y dió á ese fin las órdenes mas rigorosas. Temblaron los sitiados y comenzaron á pensar sériamente en una capitulacion.

El hombre que á Viriato se habia presentado no se movió del lado del general hasta que lo vió mas razonable. Se colocaron en otra tienda los recien venidos, que se volvieron al siguiente dia al templo de Diana vertiendo amargas lágrimas.

Estaba, pues, solo en aquella noche Viriato cerca de los restos de su amigo, todavía calientes. Allí estaba el hombre misterioso, en pié y con los brazos cruzados: Vi-

riato, con la mano en la megilla y el codo apoyado en el lecho donde estaba el cadáver, crispaba de cuando en cuando sus manos y acariciaba el pomo de su daga. Despues de un momento de silencio en el que fijó sus ojos sobre el desconocido, se levantó y, acercándose al hombre, le dijo:

—Me parece, estrangero, que me has hablado de Emelina; efectivamente, me interesa y quisiera saber...

—Cuando esteis mas tranquilo, general, os diré á qué he venido.

—Puedes hablar, contestó Viriato.

—Escuchad, dijo el estrangero; este jóven que veis en su lecho de muerte ha nacido en mis brazos: yo soy Abinio.

—Por cierto, dijo Viriato alargando su mano al estrangero; que te creia asfixiado en el pabellon encantado. Hasta ahí se tu historia porque Tángel me la contó.

—Pues bien, dijo Abinio; me restablecí y comencé por buscar á Tángel. Supe que su madre habia ido en su busca y habia salido de Itálica. Despues de muchos dias de indagar. paseábame un dia por el vestíbulo del templo de Vesta, cuando cayó á mis piés un lienzo: estaba escrito y decia así:

—Te he visto con el africano Tángel y Tángel es amigo de Viriato: soy Emelina, la prometida del general, me fuerzan á cumplir votos solemnes; sálvame.

Yo estaba en esos antecedentes por mi pobre amigo, y desde luego me decidí á procurar cuantos medios estuvieran á mi alcance. Creia que el mas sencillo era el de encomendarme á la generosidad del pretor. Hablé á Mario, díjele quién era y el viage que la princesa y yo habíamos hecho en busca de su hijo; y entonces ese hombre humano me facilitó, sin querer sonar él, los medios para la estraccion de Emelina. Me presenté en el templo

y la reclamé cuando iba á pronunciar sus votos. El mismo pretor me mandó salir de Itálica, y sabiendo que el bosque de Diana era respetado de todos, me acogí á él. Allí supe la muerte de la madre de Tángel y allí ví á Tángel, por casualidad, el dia antes de su muerte. Seguí sus huellas y le ví herir y conocí á sus asesinos: Aboncio, el padre de Emelina lo espiaba; pero tened en cuenta, general, que Aboncio no se contenta con ese crímen, Aboncio está aquí...!

Viriato lo oyó con indiferencia; y luego, tomando la mano de Abinio, le dijo.

—Amigo mio, de cuanto he padecido en el mundo, es todo una sombra para lo que sufro en este momento. Emelina está hoy á dos pasos de mí y me vé tal vez padecer y no viene y lo vé tal vez con impasibilidad... ¿Sabes lo que he aprendido á costa de mi vida? Que el amor es un juguete para las mugeres... nosotros tambien jugamos con él... pero, para nosotros, está emponzoñado.

—Os engañais, general, Emelina os ama.

—¿Me ama? Voy á buscarla... Ola, mis guardas...!

—No, general, no ha de ser así. Estrechad el cerco de Itálica; mañana haced que jueguen todas vuestras máquinas de guerra, y haced que un tercio de caballería se escalone en el camino de aquí al templo de Diana. A vuestro ataque el enemigo reunirá todas sus fuerzas; yo encontraré fácil entrada en compañía de la esposa ó viuda de Tangel y de su comitiva; sacaré á Emelina fácilmente... mas fácilmente que vos, porque de mí nadie sospecha; cabalgando conmigo me pondré sobre la tropa que guarde el camino... los toques de trompeta os avisarán así como avancemos. Dentro de dos dias Emelina estará en vuestros brazos.

Abinio habia desaparecido.

Esto sucedia la misma noche en que Tángel habia de-

jado de existir. Al siguiente dia, la cuitada esposa y su comitiva con Abinio, partieron, escoltados por la mas selecta caballería del ejército, al templo de Diana. Viriato lloró sobre el cadáver de su jóven amigo, que su esposa quiso llevar consigo para tener cerca de sí una tumba donde llorar...

¡Amor...! Solo tú, entre todas las pasiones de la tierra, dejas tan gratas, tan nobles reminiscencias!

Tan pronto como desaparecieron los viageros, Viriato montó á caballo y se puso al frente de su ejército.

—Soldados, les dijo; acabais de perder la mejor lanza del mundo y yo mi mejor amigo. Itálica ha de ser la víctima que hemos de inmolar á nuestra venganza. ¡Al ataque, mis amigos! No deis paz á la mano: el pendon lusitano ha de tremolar triunfante sobre las altas torres de la orgullosa ciudad, antes que el sol dore dos veces las riberas frondosas del Bétis...! ¡Al ataque, soldados, al ataque...!

Viriato calló. Los cuerpos avanzaron, comenzaron á jugar las máquinas y el general se retiró á su tienda para estar á la vista de todo. Así trascurrieron dos dias cuyos sucesos no quiero contarte, dulce amiga mia, porque fueron dos dias de sangre, de muerte, de desolacion. Hombres de mas valía, que el que estas líneas escribe, han legado á nuestra historia estas páginas de gloria sangrienta. Como yo escribo para tí, me acuerdo bien que las flores se contagian si se las riega con aguas inmundas. No querrá Dios que yo aflija tu alma con espantosas relaciones.

Era una tarde callada; el sol comenzaba á declinar al ocaso; sus rayos, que se apagaban, se veian envueltos en nubes vagarosas que le daban fantásticas tintas y mágicos colores. El plazo de Abinio se cumplia en aquel momento.

Viriato, solo en su tienda, con las cortinas descogidas del lado por donde debia venir Emelina, con los ojos fijos en el camino y con su mano izquierda apoyada en su robusta lanza, estaba en pié en medio de la estancia.

—Tarda, decia; ¡oh! ahora me acuerdo de los pronósticos de Envélico. Padre mio, tomad mi gloria, mi poder, mi fortuna, mi nombre; hacedme el mas pobre, el mas vil de los mortales; que mi nombre sea maldito; que mi cuerpo sea arrastrado si os place; reservadme todas las desgracias de vuestra ira, pero dadme á esa muger. No destruyais esa ilusion que hace mi felicidad; no aniquileis esa esperanza que aniquila mi existencia. Mientras creo que me ama, ninguna dicha iguala á mi dicha; cuando pienso en que me ha olvidado, ningun dolor iguala á mi dolor.

El guerrero calló: el sol se ocultaba mas y mas; las nubes tomaban negros colores; el trueno roncaba á lo lejos; los vendabales bramaban furiosos y los altos árboles doblaban sus erguidas copas. Oíase el agudo grito de los combatientes; el golpear de las máquinas guerreras; el clamor de los heridos se confundia con el fragor de la tempestad.

Una nube purpúrea coronó la tienda de Viriato y, desde su seno encendido, creyó Viriato oir esta voz:

—Hijo mio, tus preces han llegado á mi oido, pero hay un poder superior á mi poder: yo te reservo un nombre sin mancha, una gloria inmarcesible...

Viriato quedó petrificado de dolor. En pié, en medio de su tienda, apoyado en su lanza, los ojos fijos en el techo como si esperase la solucion de aquel enigma, no se atrevia á creer que aquella fuera su sentencia de muerte. En este momento parecióle oir el agudo sonido de una trompeta... se estremeció... alzó los ojos y los fijó en el camino... Nada se veia. Un sudor frio y congojoso corria

de la frente del mancebo. Continuó, sin embargo, en la misma inquietud y largo rato escuchó sin oir nada... Despues se oyó claro el esperado toque... Un rayo de inefable delicia brilló en la frente del jóven. Fijó ávidamente sus ojos en el camino... otra vez sonó la trompeta... oyóse el galope de los caballos que avanzaban... se veian los ginetes... Viriato lanzó un suspiro: su alma se inundó de celestial delicia...

De repente los caballos salen del bosque, entran en el camino... Sobre uno de ellos brilla un blanco manto... Viriato vé á Emelina... arroja la lanza... va á precipitarse á su encuentro... pero... ¡ay! antes de mover el pié silva una flecha... cruza la puerta... rompe las chapas del peto y se clava, hasta las plumas, en el corazon mas valiente y generoso que habia encerrado jamás pecho humano...!

Viriato bramó como un toro herido y, en su rápida agonía, vió desaparecer un hombre con un arco flojo en las manos y que desapiadadamente se reia...

Era Aboncio.

Emelina se precipitó en la tienda... Era su sino...!

Corramos un velo sobre esta escena de eterno dolor...!

CONCLUSION.

La muerte de Viriato esparció el susto en su ejército, que no solamente levantó el sitio de Itálica cuando ya la victoria era suya, sino qué pronto España fué presa de los romanos. Emelina, en el templo de Diana, sobrevivió poco á su último pesar. Aboncio desapareció y no se supo de él jamás. Abinio partió á Africa á llorar tantos dias de desventura.

He concluido un ensayo en el que no he tenido pretensiones de ningun género, ni como historiador ni como literato. Si, por mi desgracia, no soy ni lo uno ni lo otro, tampoco he escrito para la crítica..... He escrito para quien, al través de los defectos de mi obra, verá el alma de un amigo y el corazon de un hermano.

Fin.

POST-SCRIPTUM.

Como sois tan amables, amigos mios, no puedo negarme á escribiros estas líneas. Eso lo hacen todos al principio de la obra y yo lo hago al fin. Pero, ¿qué importa? Nunca pasará de ser una cuestion de si por delante ó si por detrás, y yo pongo por detrás lo que otros ponen por delante y punto concluido. ¡Qué tal fuera que este capricho mio produjera una innovacion y los prólogos quedáran á retaguardia! ¡Son tantas las cosas que se rezagan!

No faltará quien diga que es muy humilde mi persona para que nadie cuide de si va por detrás ó si va por delante; pero no tanto, porque ya os acordais de aquel matasiete, aquel paladin que cabalgó en su penco, empuñó el lanzon y se atravesó en el camino, diciendo que el Director de El Saldubense no debia haber dejado salir de casa al Viriato; que sin duda se le escapó sin verlo, porque el juicio y la ilustracion del director... etc., etc., etc., en fin, le arrimaba una incensada con un cuerno. Pues bien; ya veis si valemos: porque, ó valemos nosotros y no vale él, ó vale él y no valemos nosotros. Si valemos nosotros, no ha hecho mas que hacer una cosa mala para corregir una buena; y, si vale él, ha hecho una cosa mala para hechar á perder una cosa peor. ¡Tonto, tonto...! Pues, ¿no conocia que el Viriato era un cuento para dar quehacer á los necios y mal entretenidos? ¿Cómo habia uno de pensar que tal bizarro campeon alanceára

...carneros, como otro manchego...? ¡Bah...! Yo pensaba que ese **alto era** muy **alto**; pero, quiá...! Cuando se mete con chicos...! ¡Por vida de...! En donde Dumas y Sué y el otro... y el otro, alto, altos, altísimos, han hecho trizas la historia, y... y... y... y... Allí... allí el del penco y la lanza... pero no se estire vuesa merced, que no llega... Déjelo, que eso no es para vuesa merced... Conténtese con cazar con liga y agur.

Por eso el que piense que la humildad mia no es digna de introducir novedades, no lo entiende. Y si acaso, ahí está quien lo enderezará. Todavía no le ha quitado el aparejo al penco. La poda, ya sabeis, la poda de la vid fué el mayor descubrimiento del mundo: la vid hízose eterna y el vino bueno. Pues esa operacion la enseñó un borrico goloso. Con que ya ven que algo mas he de valer siquiera por cristiano. Si la crítica del VIRIATO hubiera sido justa, imparcial y, sobre todo, cortés, la hubiéramos contestado á nombre de LUCAS y, despues de hacer ver que el crítico ha malamente plagiado, le habríamos dicho que, cuando se escribió el VIRIATO, se hizo una fábula que no sirviera mas que de entretenimiento en una noche de invierno, pellizcando la historia como la pellizcan tantos otros, y que entonces creimos y quisimos, como ahora creemos y queremos, que el VIRIATO, muerto en el folletin de un periódico y sin mas pretensiones, vaya á parar al natural panteon de los malos papeles, á donde le acompañará la crítica del crítico con toda su orgullosa pedantería. Pero, para con la descortesía, no tenemos armas: si LUCAS ha de aprender historia para batirse con el crítico, el crítico debe aprender cortesía para batirse con LUCAS. Chille cuanto quiera, nos damos por vencidos y derrotados, y relegamos la crítica del crítico al mas soberano desprecio. Amen.

Una de las cosas que quereis saber es, si LUCAS se lla-

mó LUCAS. Se llamó así porque no se llamó de otro modo y eso quiere decir que el nombre no significa nada. Todos los santos son buenos. Habia de haber puesto por una... carrera de puntos. Pues bien, puso por Lucas porque todos los santos son buenos, y los puntos no son ni hombres ni santos; aunque en materia de hombres y de puntos y de puntos y de hombres, habria muchísimo que hablar.

Me decís que por qué se lee en la segunda parte «el ya difunto.» Os lo diré. Eso debia haber estado en la primera tambien, pero no lo está y ya no es cosa de ponerlo. LUCAS nunca creyó que solo se viviera con la vida material; porque eso de vivir para comer, para dormir y para criticar, lo hace cualquiera. Cuando él escribió esa y otras leyendas, que, con la voluntad de Dios, pienso regalaros para vuestro solaz y en prueba de arrepentimiento, vivia en los estudios entretenidos. ¡Quince años han pasado ya...! En esos quince años han venido los hijos y las canas, arrugas en la epidermis y en la bolsa; y las musas, que vieron guarismos, economía, chiquillos y arrugas, se fueron con la música á otra parte, menos prosaica, y, desde entonces... LUCAS murió; es decir, que desde entonces colgó la lira y colgó otras muchas cosas que ya no se descolgarán.

Con que, salud y hasta que Dios quiera.

EL OTRO.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

